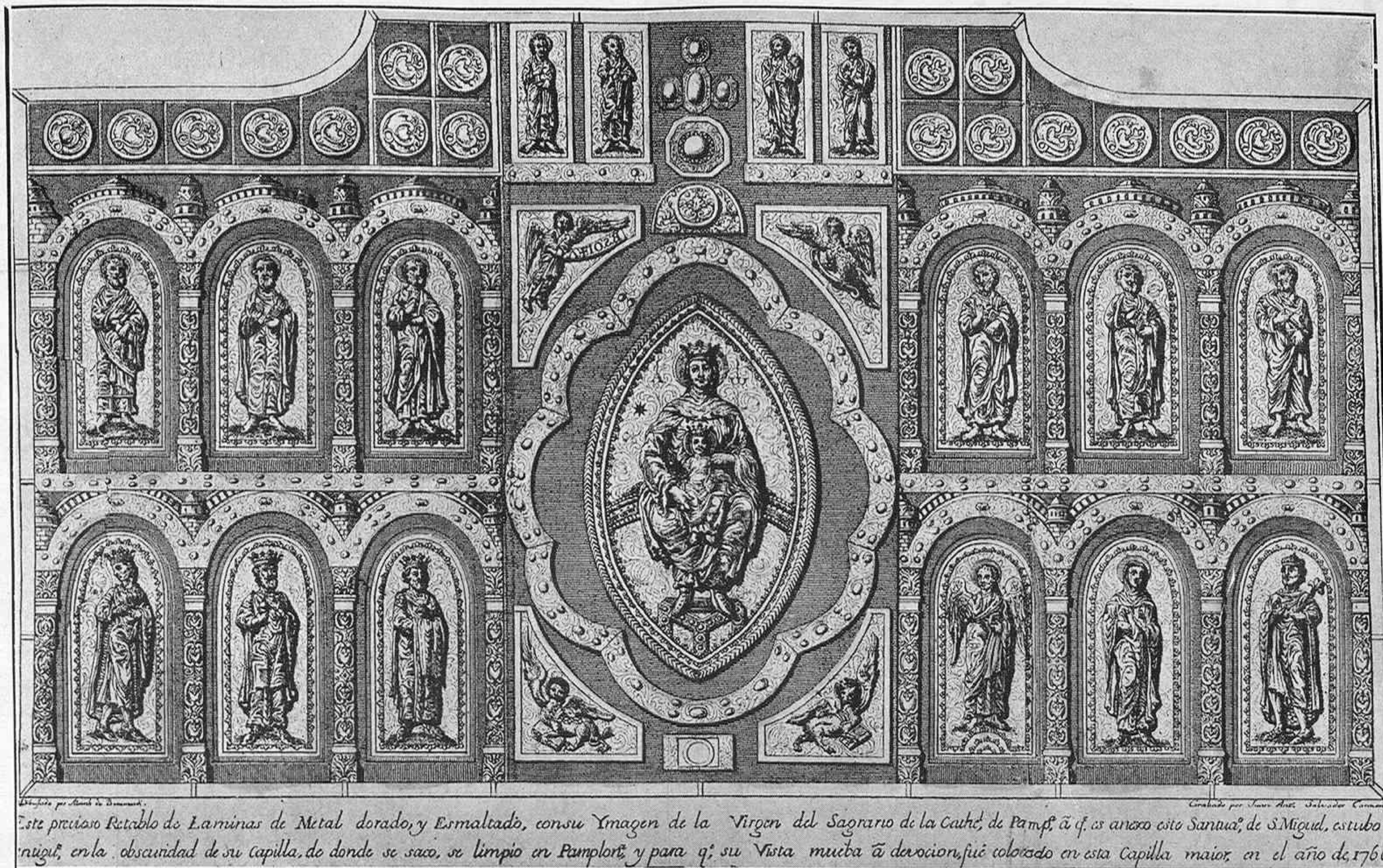




*Los Reyes en la Exposición  
Internacional de la Ciudad Condal*

■ Sus Majestades Don Alfonso y Doña Victoria saliendo de inaugurar el magnífico pabellón que la ciudad de Barcelona ha levantado en el recinto de la suntuosa Exposición (Fot. Gaspar)





## ANTE LA FIESTA ANUAL UN LIBRO MODELO

El Santuario de San Miguel de Excelsis (Navarra)

UN humorista inglés, excesivamente desdeñoso para nuestro país, ha dicho que la Fiesta del Libro en España es como la exaltación del peine en un país de calvos. Seguramente lanzó esa «salida» recordando nuestra elevada cifra de analfabetismo; pero, sin tenerle por más injusto que gracioso, no cabe suponer que lo dijera pensando en los lectores ni en los escritores españoles, cuyo pecado más grave consiste en leer y traducir demasíadamente autores extranjeros.

Que en España los que leen, pocos ó muchos, leen bien y se enteran de lo que leen es una verdad innegable que demuestran centenares de obras admirables de erudición, y, además, suelen enterarse de lo que leen. Un psicólogo francés de los más penetrantes preguntaba ante un grupo de sujetos de escasa comprensión á que algunos ilusos pretendían sacar de su lamentable analfabetismo: «¿Para qué enseñarlos á leer si no han de comprender lo que leen?»

El analfabetismo español es un analfabetismo formal; pero fuera de España hay muchísimos letrados que son intelectualmente analfabetos.



Un apóstol (San Pedro)

Este hecho demostrable quita, naturalmente, fuerza y gracia al dicho del humorista inglés.

De él es consecuencia otro igualmente importante, á saber: que en España los que escriben y editan libros, cuando no se trata de libros del montón de los que abundan más que en nuestra en todas las bibliografías, lo hacen bien y aun á veces intensamente muy bien. Tan bien, por lo menos, como los más acertados publicistas y editores extranjeros.

Ahora mismo, coincidiendo casi con la Fiesta del Libro, y como hecho de encargo para solemnizarla, aparece un libro ejemplar, un libro modelo por su fondo y por su forma, de los que revelan en sus autores y editores sólida ciencia y depurado arte; el que lleva por rótulo *El Santuario de San Miguel de Excelsis (Navarra) y su retablo esmaltado*, y firman, modestamente, S. Huici y V. Juaristi, un ingeniero de Caminos y un cirujano, eminentes en sus respectivas profesiones, y que en esa admirable producción se muestran, además, muy eminentísimos arqueólogos.

La obra y el acierto indiscutible que revela



tiene aún una importancia mayor porque rompe victoriosamente la costumbre de que los tesoros artísticos españoles se an descubiertos, á veces sin suficiente estudio ni afortunado análisis, por los arqueólogos extranjeros.

No culpemos, sin embargo, á los que en España cultivan la Arqueología; en el mismo libro que comentamos puede verse que naciones no siempre más cultas que España se preocupan por los problemas de historia del arte y envían á todas partes sabios investigadores, bien armados para su labor inquisitiva de datos que puedan servir para resolver las dudas suscitadas y, aunque el libro no lo dice, espléndidamente pagados.

Nosotros, sin duda, por la pobreza de nuestro erario, no podemos hacer tales investigaciones, y no ya fuera de casa, en nuestro hogar mismo, dejamos que nos descubran los extranjeros como si España fuese un remoto país salvaje que no hubiese sentido jamás la emoción artística.

Contra esa apatía han reaccionado recientemente los señores Huici y Juaristi, que, sintiendo el arte muy íntima é intensamente, sin que pueda alcanzarles el apóstrofe proclamador de que los artistas profesionales cometan pecado de simonía, han visto y sentido mejor que nadie el famoso retablo de San Miguel de Excelsis que habían estudiado, sin llegar á comprenderle por completo muchos sabios arqueólogos extranjeros.



Dos de los cuatro personajes menores del retablo de San Miguel

Tal vez Huici y Juaristi lograrán más, porque también al Arte es aplicable aquella sentencia de Cajal según la cual «en la ciencia, como en la vida, el fruto viene después del amor».

Los autores de *El santuario de San Miguel de Excelsis*, empleando su tiempo, su dinero, su buen gusto y su arte en lograr para sí la honda satisfacción estética de estudiar una admirable obra artística, han dado cima á una obra admirable también, en que el tema se agota, porque llegando á lo más íntimo del interesantísimo retablo, que se entrega rendido á su amor, deshacen los viejos errores y muestran á toda luz la maravilla mal conocida.

No se entienda, sin embargo, ya queda apuntado antes, que los Sres. Huici y Juaristi son descubridores intuitivos que han llegado á sus conclusiones por casualidad ó por sentimiento únicamente; muy al contrario, su magnífica obra demuestra que si han sentido y comprendido el santuario de San Miguel, ha sido porque, siguiendo el consejo del sabio, que decía: «Ensanchad vuestro espíritu en ideas y en sentimientos, y la obra vendrá», habían llegado ante el retablo bien nutridos de erudición positiva y directa, y con la amplia provisión de conocimientos técnicos que su empeño requería. Para llegar al capítulo final de su obra, al verdadero estudio del retablo esmaltado, se pasa por los documentados estudios formadores de un camino muy sólido, referentes á la historia del santuario, al estudio comparativo muy minucioso de otros frontales y de otros templos que para estudiarle bien era necesario conocer; y, finalmente, á la técnica y al examen directo de la fabricación de esmaltes y de las obras más admirables por ella producidas.

España, pues, tiene perfecto derecho á celebrar la fiesta del libro. Un país en que hay hombres y talleres capaces de producir obras tales, bien puede hombrearse con los que mejores las produzcan.

MUS LIBRORUM

Con todos estos antecedentes, documentados en la obra con admirables reproducciones, los juicios que finalmente emiten los autores adquieren una recia solidez de cosas incommovibles.

Aun los que no pueden tener esa base gráfica son igualmente sólidos: tal, sobre todo, el de interpretación de las letras que aparecen en el filacterio del ángel, para el cual sólo se aporta como documento gráfico la reproducción de un esmalte de Limoges, muy característico; pero se aducen muy atinadas razones.

Resulta así el libro completo y definitivo; pero no lo sería tanto si la interpretación editorial de la obra no correspondiere á ella. Un ejemplo dan los autores, y reproducimos nosotros, de cómo la mala interpretación de un copista puede falsear, para quien se conforme con la copia, para examinar una obra artística, el concepto fundamental de ella.

En el libro de los Sres. Huici y Juaristi, admirablemente editado en los talleres Espasa-Calpe, esos errores no pueden surgir. Las reproducciones son perfectamente conscientes, y, por tanto, perfectamente expresivas. Los detalles del retablo aparecen con toda verdad.



Un Rey Mago



El arcángel San Gabriel, del grupo de la Anunciación





## HISPANÓFILOS EN ESPAÑA

# El profesor Staca, alumno veraniego en la Residencia de Estudiantes

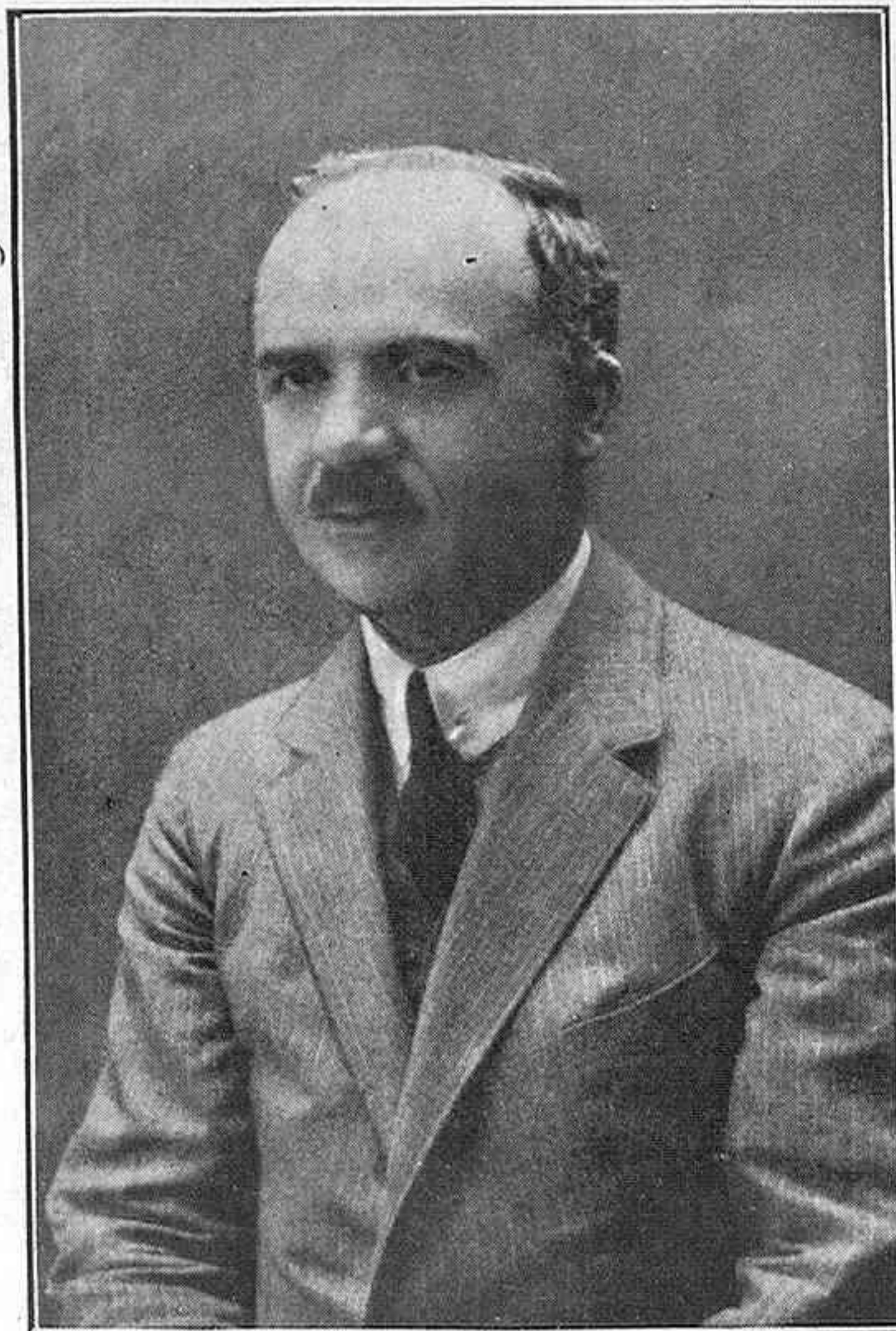
**T**OCA á su fin, por estos días, en la Residencia de Estudiantes, el curso de verano para extranjeros. Acuden á él, como es sabido, profesores y estudiantes de las naciones más cultas del mundo. Agradecidos á la hospitalidad española, á la perfecta organización de estas cátedras estivales, admirados ante el espectáculo, ante la realidad objetiva, incuestionable, de la España de ahora, tan distinta de la que ellos imaginaron á través de malas lecturas, henchidos de ese gozo inefable que se deduce de la consideración del esfuerzo no perdido, sino, por el contrario, compensado, colmadamente compensado por la cantidad y la calidad del fruto, sienten la imperiosa necesidad de comunicar sus admiraciones y entusiasmos.

Tuvimos ocasión de ser presentados á uno de los diversos profesores que hicieron estos cursos: el doctor George Staca, catedrático de la Universidad Mercantil, de Praga.

•••••

No tuvimos que pedirle sus impresiones sobre el curso y sobre España.

Fué él mismo, espontáneamente, el que se apresuró á expresarlas. Y nos halagan particularmente sus consideraciones, porque, como verá el lector amigo, no se trata esta vez de un extranjero sorprendido por la diferencia entre la España imaginada y la realidad comprobada.



El profesor checoslovaco Dr. George Staca

—No; en mi caso no ha habido sorpresa—nos dice—. Veo estos días de cerca la misma España que me habían hecho concebir mis últimas referencias verbales y mis últimas lecturas. Yo, señor, soy de un país recién nacido, á pesar de su existencia de siglos. Y digo esto, porque vivir en la esclavitud es como no vivir. Checoslovaquia, puede decirse, acaba de nacer. Nuestra vida anterior es como un sueño, como un mal sueño, una delirante pesadilla. Y nuestra firme voluntad de vivir, de mostrarnos dignos de la libertad de que hoy disfrutamos, nos impulsa á asomarnos al mundo, á estudiar otras culturas distintas de la nuestra secular, la germánica, y no porque depreciemos ésta en ningún sentido, sino porque nuestras ansias de saber no se dan por satisfechas con una cultura única.

CÁMARA-FIU

El profesor T. G. Masaryk, presidente de la República de Checoslovaquia

Verdaderamente, el fervor, el entusiasmo, la unción que pone en sus palabras mi ilustre interlocutor son atributos que corresponden exactamente al ejemplar humano á que se ha referido.

Sólo puede hablar con esa pasión—con esa pasión que no es parcialidad, sino exaltado amor á la nacionalidad jurídica recientemente conquistada—el hijo de una nación joven que quiere afirmarse como tal nación, que quiere probar, por cuantos medios estén á su alcance, que no hubo favor, sino justicia estricta, al concedérsele un puesto en el banquete de las naciones libres.

E insiste con nuevos datos en la explicación del verdadero sentido de esta curiosidad del pueblo checoslovaco por otras culturas distintas de la suya tradicional.

—Tiene su razón de ser en nuestra sed de horizontes. No es que reaccionemos contra la cultura germánica. Contra lo que sí reaccionamos es contra su influencia impar sobre nuestro pueblo. Si existe, por ejemplo, una cultura hispánica grandiosa, formidable, ¿cómo no estudiarla, cómo no impregnarnos de su espíritu, cómo desdeñar la enseñanza de sus experiencias ejemplares?

•••••

Después, cuando nos habla de Masaryk, del creador de Checoslovaquia como nación moderna, sus palabras dijérase que

se substraen definitivamente del modo dialogal, para autonomizarse, para independizarse, para liberarse del yugo de la charla, como una reafirmación del horror á toda forma de esclavitud.

Y una vez rota la cadena del verbo compartido, su voz se eleva como una densa columna de fervores... Es el triunfo de la vertical del himno sobre la quebrada de la locución bipartista.

Por eso la rápida nota biográfica pierde su sabor narrativo. Es un canto á los gozos y dolores del venerado patriarca. Desfilan las visiones primeras... Masaryk, en casa de los condes austríacos. Es un servidor humilde, de los más humildes. Gana su sustento trabajando en las cocheras. Malos tratos de todos: de los amos y de los jefes de la servidumbre. Como puede, robando horas al sueño, con libros prestados, Masaryk estudia... Pasan los años. El autodidacto portentoso gana una cátedra. Ya le obsesiona la idea de la libertad de su pueblo. Estalla la guerra, y el profesor, ya el profesor ilustre, viaja por Europa, informando á las grandes naciones de los dolores de su pueblo oprimido. Adviene, al fin, la victoria, la realización del gran sueño, con el desenlace de la espantosa guerra. Checoslovaquia se sacude el yugo secular, y todos los pueblos del mundo le reconocen, con su nacionalidad, su independencia.

•••••

—Perdóneme, señor... Me exalto al hablar de nuestro padre, de nuestro caudillo, del que supo anar nuestras voluntades dispersas.

Pero inmediatamente vuelve á exaltarse. Ahora por otro de sus grandes amores... Por España, por sus altos valores intelectuales y éticos.

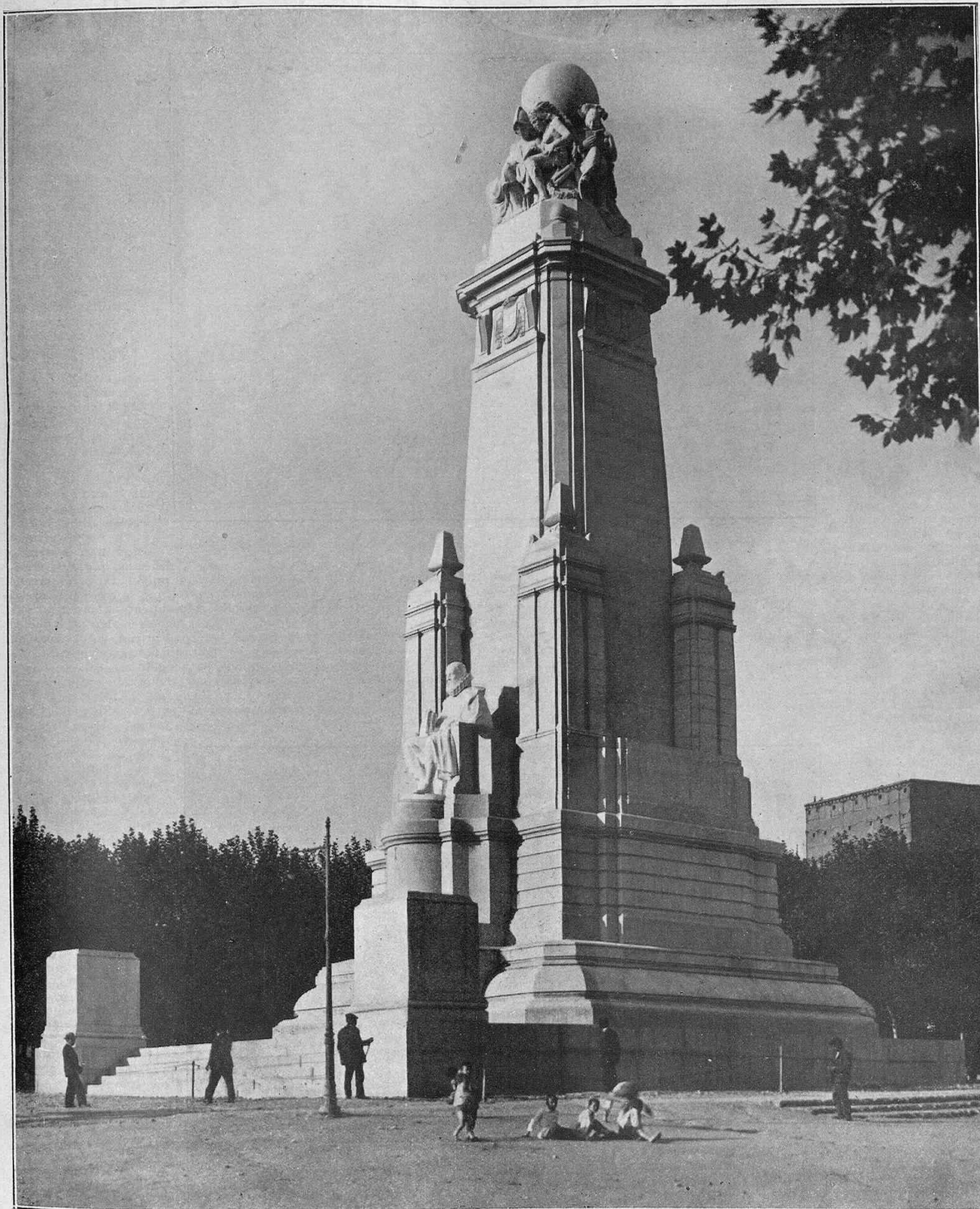
Y termina con este otro fervoroso canto de esperanza:

—España puede mirar tranquila al porvenir. Es madre de muchos pueblos, de tantos, que un inmenso amor filial le sostiene en todas sus luchas y en todos sus afanes.

JUSTO DE ESPAÑA



# LA FUENTE DEL IDIOMA ESPAÑOL



Monumento á Cervantes, que será inaugurado en la plaza de España, de Madrid, el 12 de Octubre  
(Obra maestra de Coullaut Valera, que fué premiada en Concurso nacional)

(Fot. Cortés)



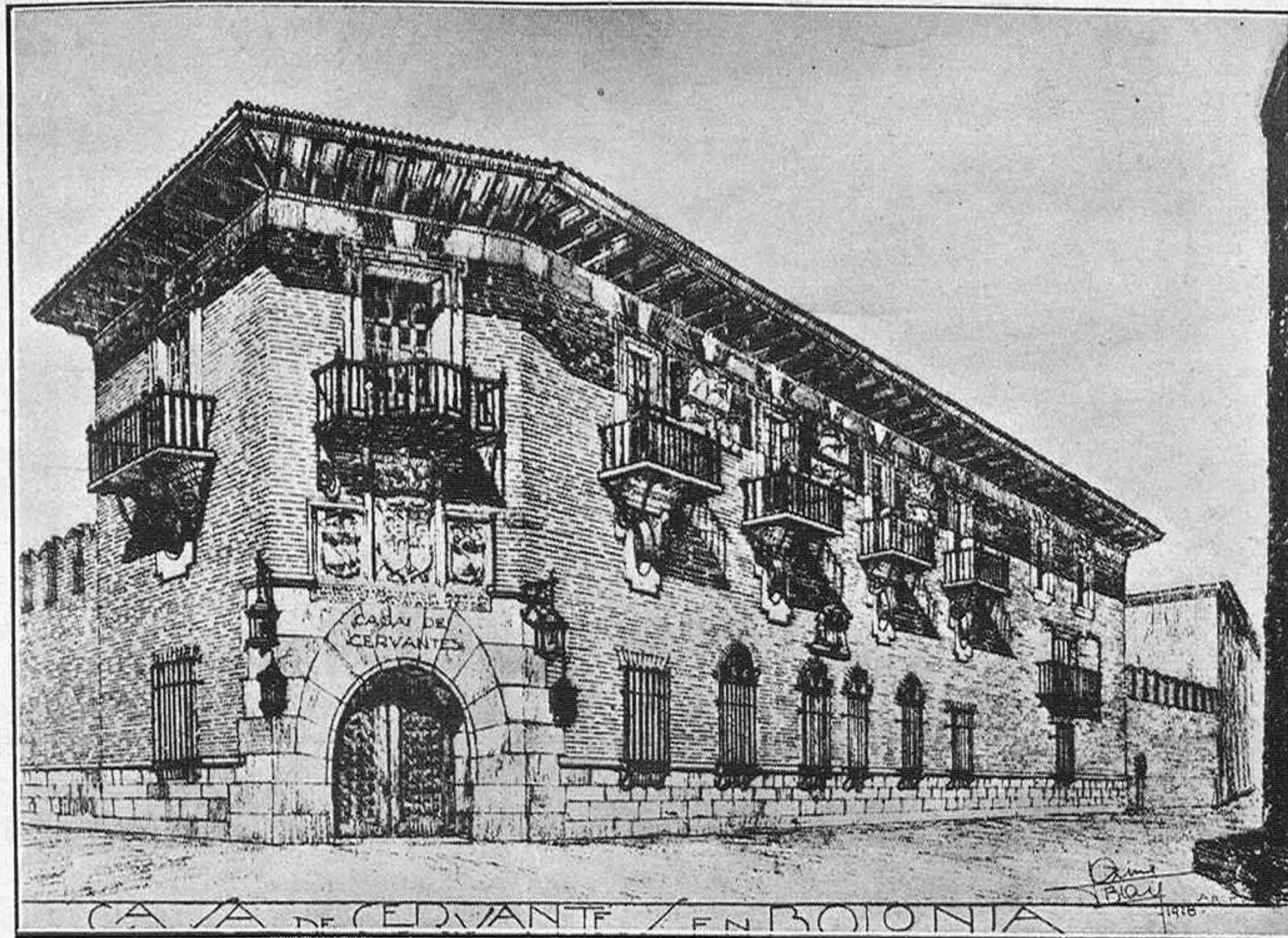
## BOLONIA

## LA CASA DE CERVANTES

CERVANTES CONOCE las calles porticadas, las basílicas, las pinacotecas, los palacios de terracota y las tumbas de los glosadores al aire libre de la gran ciudad de la Emilia. En una de sus novelas ejemplares, *La señora Cornelia*, deja Cervantes para siempre fijada la huella de estas impresiones. Y bebe en las hosterías el príncipe de nuestros ingenios el vino claro de Ozzano y conoce el «salume», el embutido boloñés. Cuando los dos estudiantes españoles del Colegio de San Clemente descubren en una plazuela «sustentada en mármoles».

No son estas influencias españolas las únicas que el observador descubre en Bolonia. El Colegio, fundado por el arzobispo de Toledo y enemigo de Don Pedro el Cruel, Rey de Castilla, influye notablemente sobre la marcha de las ciencias jurídicas en la Universidad boloñesa. Nebrija es colegial; y lo es Ramos del Manzano, salmantino; y San Pedro Arbúés, inquisidor. En nuestros mismos tiempos, Dorado Montero, el maestro salmantino del Derecho penal, estudia en Bolonia, y de sus estudios hallamos un eco en las *Notas de una vida*, cuyo segundo volumen acaba de publicar su discípulo el señor conde de Romanones.

Recientemente, el hoy rector del Colegio de San Clemente y doctor en Derecho, D. Manuel Carrasco, mozo granadino de gran provecho y de envidiable cultura, ha ideado la Casa de Cervantes que ya está levantada y construída en Bolonia, en la rinconada que hace el Colegio en la calle de Zaragoza. Con muy poco más de doscientas mil pesetas, y con el apoyo del duque del Infantado — patrono del Colegio, como heredero de los Albornoz—, y bajo los auspicios del Patronato de Relaciones Culturales que funciona en nuestro Ministerio de Estado, los antiguos



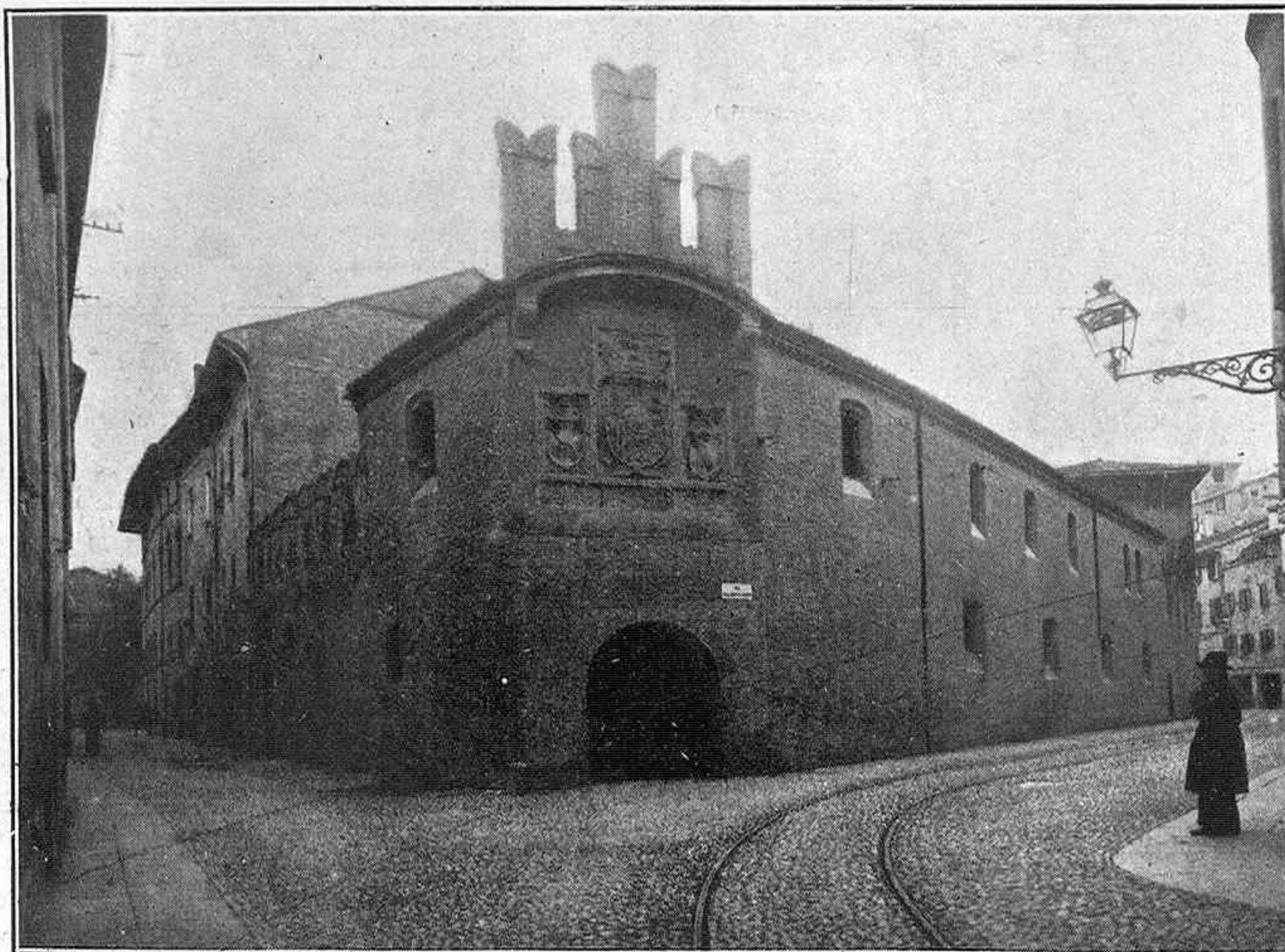
Primitivo proyecto de edificio para sede de la Casa de Cervantes en Bolonia, retocado y mejorado en sus detalles con posterioridad

graneros del Colegio—bodegas y paneras—se han transformado en la preciosa casa española que podéis contemplar en esta fotografía. Un ilustre arquitecto español ha dado, en menos de dos años, cima á la empresa. Se trata de una casa del Renacimiento, con balconaje castellano, influenciada, sin embargo, dichosamente por el ambiente boloñés que la circunda. Las almenas güelfas separan la casa cervantina del Colegio propiamente dicho por medio del jardín. Quiere el se-

el supremo galardón universitario, el premio Víctor Manuel, con el que se recompensan las tesis doctorales sobresalientes. Mas para este plan tan bello es menester algo más que el apoyo oficial, con su lentitud en el expediente y con su mezquindad característica. La prensa italiana ha acogido el proyecto con el máximo entusiasmo; Benito Mussolini, en ocasión reciente, ha dicho que el Colegio de España es el puente de unión entre los dos pueblos lati-

nos... Hace falta el apoyo privado, el calor de los Mecenas, que no faltan entre nosotros. Labor de la nación entera, y no del Estado solamente, debe ser la de dotar la Biblioteca de la Casa de Cervantes de un material completo y de subvencionar decorosamente á los embajadores que enviamos á la Bolonia de los pórticos y de la terracota, á la ciudad de las mujeres guapas.

*Bologna città delle belle donne*, como reza la vieja canción estudiantil, para mostrar la faz verdadera de nuestro pueblo á los italianos, que le conocen un poco anticuado, con cerca de sesenta y cinco años de retraso, en los relatos ingenuos de Edmundo de Amicis, el viajero inocente é infantil.



Antiguos graneros y depósitos de leñas y carbones del Colegio de Bolonia, transformados y adaptados para sede de la Casa de Cervantes

José  
SANCHEZ ROJAS





No he cultivado nunca esa debilidad estúpida de querer y respetar á los viejos por ser viejos; en el principio de su vigor, como en el ocaso de su existencia, el hombre no es sólo una fuerza material, es un espíritu, y una conciencia, y un valor de eternidad que se perpetúan á través de esas almas elegidas en las que la edad no cuenta. Respeto y amo, por tanto, á esos hombres que son en su dorado ocaso la llama que pugna por encender otras conciencias al presentir que su vida se funde en esa Nada misteriosa y sombría, y desprecio á esos viejos que al enterrar su edad creadora empiezan á mostrar, como una lepra, sus tardíos afanes eróticos; esas senectudes y la estéril mocedad de muchos jóvenes habrían de encerrarse en una ciudad muerta, lejos de la Vida, por economía y por respeto á la belleza; ese aspecto de agilidad fecunda que ha tomado el mundo moderno lo enturbian y lo afean esas vitalidades consuntas que no pueden ser respetadas sino á condición de vivirse con el máximo decoro.

Por ello mismo, aquel don Amadeo, viejo y todo, era una figura cautivadora. Todas las noches de aquel verano en que le conocí se le vió, triste y solitario, erguida su vieja figura de gigante vencido, frente á la rumorosa palpitación del mar. Parecía, por su quietud espectral, bajo aquella luna blanca, una estatua hecha de sales cristalizadas, y en el medroso silencio de la noche, su muda interrogación al Océano tenía la fuerza trágica de las cosas sobrenaturales. ¿Qué pedía á las divinidades del mar en aquella mirada angustiosa, en las que unas veces se reflejaba la ternura, y otras centelleaba la ira? Algunas veces, los trasnochadores del balneario fuimos á contemplar, á distancia, aquel espectáculo, y siempre volvimos profundamente impresionados. Aquella quietud de esfinge no la podía producir el capricho de un lunático: en la conciencia de aquel hombre vivía, de seguro, un monstruo que sólo se aplacaba ante la visión de las aguas tumultuarias.

Y un día, en la calma aplaciente de aquella terraza, en la que muchos veraneantes nos congregábamos á hacer la crónica de aquel pequeño mundo, supimos cómo la noche anterior don Amadeo había sido sorprendido por el

zaba á la Vida; ó tal vez las escribió á impulsos de ese afán de eternidad que reclama la conciencia al intuir que se disgrega, queriendo perpetuar el pensamiento que vivió en ella, única forma de vida que dejan los que mueren.

Ello es que de aquellas notas se sacaron estos fragmentos, por los que se aclaró el misterio de su muerte:

«Sí; ya sé que la vida es un dolor... para mí. He comprobado que existen en ella otros seres que gozan con todas sus potencias. Lo que no he podido comprender nunca es el porqué de esta irritante desigualdad. De los cincuenta años que tengo, cuarenta los he enterrado en un trabajo embrutecedor. Todo era poco para sacar adelante una familia en la que faltaba la madre. Así y todo, el tiempo restañó un poco aquella primera herida, y llegué á ratos á sentir cierta esperanza. Comprobé entonces que mi espíritu se alegró al convencerse de que la vida era triste. Era una alegría extraña, de la cual estaba ausente la risa, el placer, etc. Pero aun así y todo, este relativo bien duró muy poco. De las dos hijas que tuve, la primera era de una belleza extraordinaria; tan hermosa, que su hermosura no pudo soportar la fealdad de mi vida miserable, y se fué... Lo triste, lo irreparablemente triste para mi vergüenza y mi dignidad, es cómo y para qué se fué.

Pero un día me dije: paciencia y adelante; tendrá que ser así; y continué mi vida heroica trabajando en la calle, llorando en mi casa ante las lágrimas de la hija que no sé si lloraba, ¡Dios me perdone!, de vergüenza de su hermana ó de envidia. ¡Qué miedo pasé! Si callaba, se me antojaba que pensaba en la otra, y que tarde ó temprano abandonaría mi casa para seguir el camino... brillante de la ausente; si hablaba, toda palabra se me antojaba un reproche para mi pobreza, y mi angustia era infinita. Por fin, un día—única claridad en la sombra de mi existencia—supe que se casaba con un hombre honrado. Mentiría si dijera que aquel día no fui feliz: más feliz que nadie, porque lo era con la felicidad de mi hija buena, y nunca se contemplan á gusto la dicha como cuando va á parar á quien queremos con el alma. Y se casó, y pasa-

ron mis sueños malos; y mi vida es ella, y lo demás está enterrado bajo las montañas de mi dolor, mil veces más altas é incommovibles que las montañas verdaderas.

.....

Quando este sobrecogimiento que me produce la contemplación del mar se pasa, y vuelve á mí el albedrío, observo cómo me contemplan las gentes, como si yo fuera un espectáculo curioso. Forzosamente han de ser unos miserables desalmados, cuando no lloran al verme. ¿No ven la grandeza de mi dolor, que acalla el rumor de las aguas?; ¿no ven cómo las olas besan las plantas de mis pies con besos que me manda mi hija, la hija buena? No ven nada; estos hombres y estas mujeres que me contemplan pertenecen á la casta de los felices, y corazón sin dolor es como día sin luz. Pero ella volverá; me lo dicen esos susurros misteriosos que hasta mí llegan desde las azules profundidades de ese mar, en donde ella es feliz entre oceánidas y nereidas. La tempestad que hundió el barco en donde mi hija iba, fué el soplo divino de Tetis, que la quiso arrastrar á sus palacios de ensueño... Ella volverá; el mar la guarda, amoroso, y el azul de sus aguas es tan puro, porque en ellas se reflejan sus ojos; y la espuma es más blanca desde que acarició sus carnes, y tiene más tornasoles de corales y nácares desde que á través de las aguas se transparenta su boca.

.....

No puedo vivir sin ver el mar. Me ahoga el dolor, y sólo ante esa inmensa grandeza se acalla mi razón y se despiertan en mí todas las ilusiones buenas que me regala la Locura. Un día, cansado de esperar, avanzaré mar adentro, hasta que abraza el cuerpo de mi hija...

Y por si no volviera; por si mi corazón se deshace en la alegría de estrechar aquel cuerpo, que alguien transcriba este deseo que me obsede al abandonar el mundo:

.....

.....

.....

.....

.....



(Dibujos de Caballero)



## ENCUESTA DE «LA ESFERA»

## ¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

La opinión de  
D. Francisco  
Alcántara ★★

Don Francisco Alcántara está hundido en su butaca de mimbres. Su perfil caballeresco, arrancado de un cuadro de Tristán, se recorta sobre el fondo de una librería. El ilustre crítico de arte, convaleciente aún de una enfermedad, tiene la color pálida. Cuando levanta su mano durante el diálogo para rubricar un párrafo, tiembla un poquillo. Y al posarse en el soporte de la butaca, descansa. Pero la palabra de D. Francisco es cálida. La brasa arde en el rescaldo. El chorro verbal que va cayendo en las cuartillas denota la fecundidad de la fuente. El caballero es impetuoso, denodado, enérgico... No ha perdido su espíritu la fortaleza polémica. Y cuando pone el broche á su charla, me dice que se ha excitado y que las palabras han sacudido los hilos de sus nervios. Yo no he notado nada. Don Francisco ha cogido con su voluntad los corceles desbocados de los nervios y los ha hecho *marchar al paso* durante la conversación.

## LO QUE MENOS SE PARECE Á UNA CARRERA

—Las Bellas Artes—comienza diciéndonos el señor Alcántara—son de una necesidad apremiantísima. Aun los que no las profesan son artistas á su modo, y los profesionales tienen la misión de proveer de obras bellas á la sociedad, que no puede pasarse sin ellas. Como la profesión de artista es la que menos se parece á una carrera, el artista no puede aspirar á tener título, ni á que ese título le valga para ocupar puestos.

Por esto es necesario proveer á los artistas de medios de subsistencia. Hay algunos—estos son los menos—que consiguen dar á sus obras tal interés que las hacen deseables para todo el mundo; pero estos mismos artistas, si se agotan pronto, como suele ocurrir en los tiempos que corren, de la noche á la mañana se ven desamparados del favor del público; así es que ni aun para los artistas excepcionales es segura ni fácil la existencia. Y digo esto para demostrar la gravedad de la situación social de los artífices. Si las Exposiciones, tal como hoy se celebran, con sus Jurados y sus recompensas raquíticas, bastaran para resolver la situación económica y social de pintores y escultores, en buena hora que continuasen; pero si no son más que un medio deficientísimo para entretener el hambre, ¿por qué no prescindir de ellas buscando un sistema de protección, no «graciosa», como viene á ser la que proporcionan las mismas Exposiciones, sino de protección obligada para conseguir que el niño con aptitudes llegue á la perfección técnica, costeado por el Municipio de la ciudad donde nació, por la Diputación á que pertenece ese Municipio y por el Ministerio de Instrucción Pública, con el fin de que la sociedad pudiese obtener en obras bellas el mayor rendimiento posible de cada positivo é indudable talento artístico?

## EL DESAMPARO MÁS ATERRADOR

El artista plástico no puede esperar gran cosa de eso que se llama el público, porque en cuanto decae en su mérito artístico ese público le vuelve la espalda. Procurando poner en estos asuntos la atención que merecen, la multitud de los que se dedican á la pintura, escultura y sus derivados, ¿no deberían agruparse formando asociaciones mutualistas, de amparo mutuo, en las que el artista encontrase siempre un poco de calor pareci-

do al del hogar, para no verse como hoy en el desamparo más aterrador y en la soledad más negra?

Aunque unirlos para ningún fin social es punto menos que imposible, de tal manera van cambiando los tiempos que tal vez no resulte difícil dentro de poco el que los mismos artistas busquen por medio de Montepíos ú otras asociaciones eficaces una manera de defensa, que por imperfecta que fuese sería algo que en contraste con el desamparo en que hoy se ven constituiría una especie de consolación, de humanidad y de benignidad.

## LA «PLUS VALÍA» DE LAS OBRAS

Hace poco tiempo, D. Miguel Gómez Cano dió una conferencia en el Círculo de Bellas Artes en

curso que se llaman Exposiciones, hace ya lo menos seis lustros que es una especie de indignidad.

Las modas artísticas, ó sean los ideales artísticos, cambian tan rápidamente, que no es posible encontrar diez ó doce personas aptas para formar un juicio acerca de las obras que se exponen porque cada una de ellas necesitaría de un Jurado especial.

Por otra parte, los artistas que van á la cabeza, los que creen tocar con la punta de sus dedos el porvenir, ni saben adónde van, si no es á un futuro lleno de vaguedades é incertidumbres, ni se resignan á ser juzgados por nadie más que por sus cenáculos ó extremando las cosas por sus conciencias artísticas, pues hace ya tiempo que el verdadero artista no tolera la compañía ni aun durante su primera juventud.

En cuanto á los otros, á los que podríamos calificar de antiguos, de tradicionalistas en arte, esos no cuentan; esos ya no existen. Sólo existen para los encalmados, para esa parte de la sociedad tarda en moverse en la dirección del porvenir y falta de entusiasmos, aunque parezca que gusta del arte académico ó tradicional. ¿Siendo esta la situación de los espíritus, cómo han de tener valor ni eficacia las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

## UN ESPECTÁCULO BOCHORNOSO

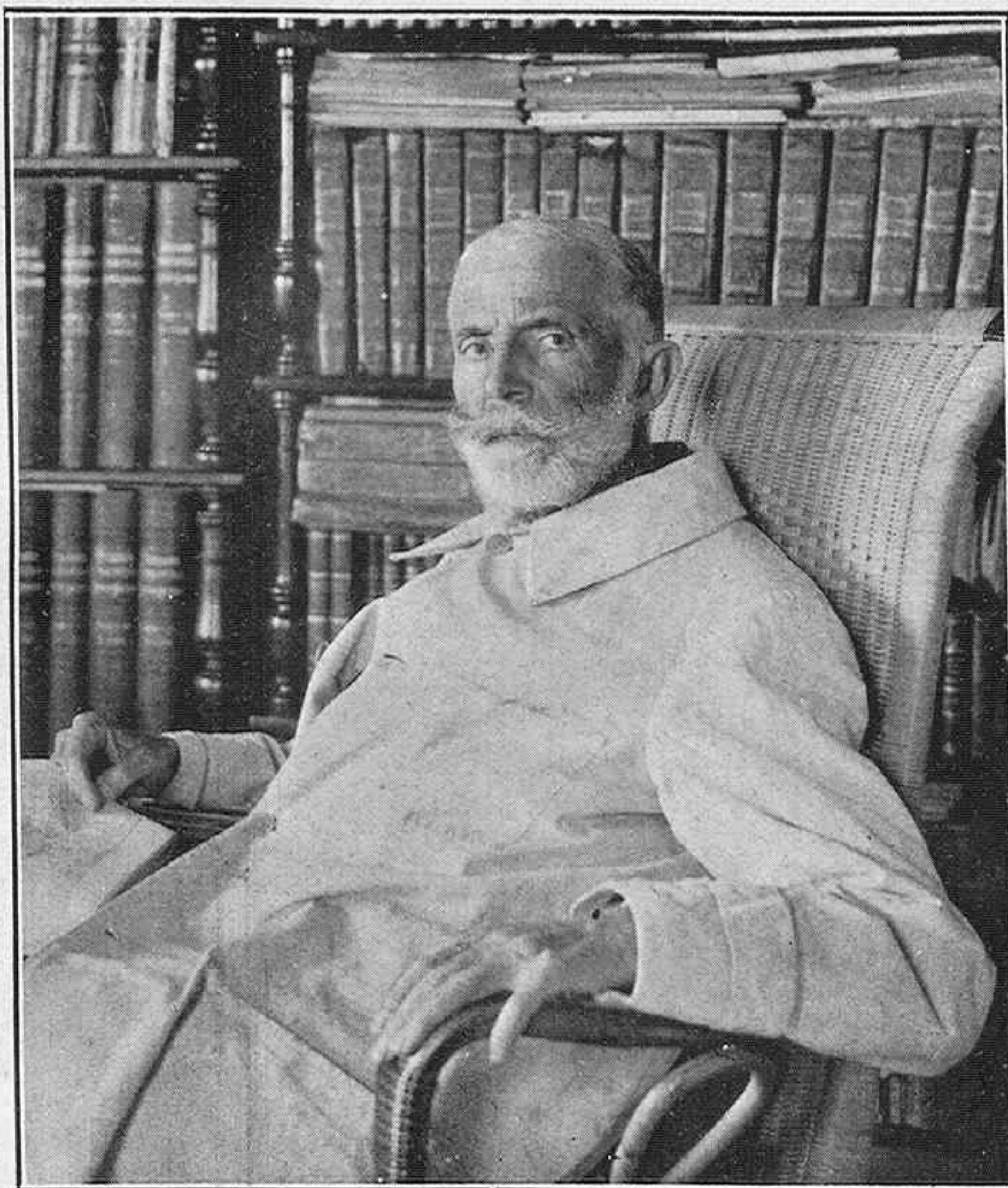
—Los vanguardistas—añade—son unos sublimes chiflados. Los tradicionalistas ó académicos, escasos de fe la mayor parte de las veces en su propio arte, son los que más defienden las Exposiciones, si bien el público mismo, que debiera aplaudirlos y recompensarlos, se abstiene de ambas cosas.

Existen actualmente algunos artistas—aunque escasos—que no son ni vanguardistas ni académicos; éstos se ponen «ante el natural» en actitud de absoluto respeto, de devota contemplación y de placer delicioso, al tener la fortuna de poder servir, entre la naturaleza y el público, de intérpretes, de explicadores y comentaristas de las bellezas del mundo, que con ser tan negro en muchas circunstancias de la vida, es en otras tan gloriosamente bello y tan acogedor de nuestras aptitudes para gozar de la belleza.

Esos pocos artistas son hoy más dignos de lástima porque suelen ser desconocidos tanto por los vanguardistas como por los académicos, así como también por el público de ambos bandos. Acepten el pobre homenaje de esta confesión de un viejo militante de las Bellas Artes que siempre se deleitó acusando en periódicos y revistas la existencia de estos afortunados cultivadores de la Belleza.

En cuanto al espectáculo que ofrecen las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, crea usted que es una cosa horrible. Para este cuadro hay que emplear los tonos negros. Una lucha infame para elegir los Jurados; el turno en el favor acordado anticipadísimo; las recompensas más absurdas á los amigos electoreros..., y todo esto á la vista del público. Pero donde los artistas alardean de un descaro inaudito para exhibir el cortejo abominable de la desvergüenza, suele ser en la votación del premio de honor. Nada hay más vergonzoso que esas votaciones. Tanta es la impudicia que probablemente no habrá en lo sucesivo un director general de Bellas Artes que autorice con su presencia un espectáculo tan bochornoso.

JULIO ROMANO



DON FRANCISCO ALCÁNTARA  
Ilustre crítico de Arte

(Fot. Cortés)

la que demandaba el reconocimiento de la *plus valía* de las obras artísticas en beneficio del mismo artista y de sus herederos. En esa conferencia hizo indicaciones que muy pronto han de tenerse en cuenta si ha de resolverse el problema de la vida de los artistas.

Mire usted—agrega después de una pausa—, yo hubiera preferido á toda cualquier otra ocupación la de pintor. Durante mi juventud estuve dos veces á punto de consagrarme al arte. Pero aun no siendo mal acogidos algunas veces por el público mis insignificantes trabajos, me encontré siempre con que el artista, después de poner toda su vida en la obra, lo que hace siempre con alegría, tiene que ponerla también, ¡ay!, en los medios para poder vivir, lo que ya no resulta agradable, ni mucho menos. Y digo esto para que se comprenda cómo yo, en los linderos de la vejez, trato los asuntos de los artistas como si fueran los míos propios.

## LA SITUACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

Y creo, sinceramente, que cualquier cosa es mejor como medio de vida para los artistas que las Exposiciones, según están hoy organizadas. El Jurado que hace cincuenta años pudo ser, y fué, un medio de dar valor á esos grandes con-





MADAME MATHIEU-LUTZ

Genial intérprete de «Carmen», sería taurófila de novilladas sin picadores

una exacta visión de la realidad, y exclama: «El espectáculo sólo está bien al comenzar: sol sobre la ciudad y la plaza, desfile..., hasta que se abre la puerta del toril. Después... Me es imposible no ser descorazonada por la insensibilidad colectiva de los espectadores, crueldad ó cobardía. Compadezco al toro, compadezco á los caballos y compadezco, más que admiro, á los toreros. Pueden evanescer después de la muerte...; me hacen el efecto de gimnastas en lo alto del circo, y me digo que piensan profesional-

mente: «De prisa..., que termine el número.»

Todos los elementos de belleza de ese espectáculo los tienen los *matches* de *rugby* y de *football*. Me dicen que en España algunos jugadores logran ya los beneficios y la popularidad de los matadores. ¡He ahí, tal vez, el derivativo!...»

Margarita Templay es más concluyente:

«... ¿Es posible encontrar un placer en la crueldad de las corridas?»

Sin contar con mi sensibilidad quise ver una en San Sebastián.

Pues bien; no obstante el esplendor de la fiesta, tan «color local», el mal recuerdo me estremece aún; no encuentro en él ni belleza, ni grandeza estética..., y compadezco hasta al desventurado toro.»

Como se ve, todas las distinguidas opinadoras han visto las corridas antes de la época feliz de las gabardinas y los petos; no saben, además, que el tiempo no pasa en vano.

Una hay, sin embargo, Mme J. Litvinne, de la Opera, que, más discretamente conocedora de la psicología femenina y de las bromas que Saturno juega á los humanos, escribe:

«Las sensaciones y los sentimientos se transforman con los años. Lo que yo soportaba á los treinta, admirando la *mise en scène* de la corrida, tan alegre, tan

valiente, pero al final tan trágico, me parece ahora imposible de ver. Enfermaría de pena si asistiera al espantoso combate. Compadezco á hombres y bestias; nuestros queridos hermanos iguales...»

¡Cuestión de edad! ¿Habrán pasado todas las preopinantes de los treinta años—«funesta edad, de amargos desencantos»—?

Si es así, la encuesta hecha por la Sociedad Protectora del Caballo no tiene valor, y es necesario completarla con otra en que opinen las

que no hayan llegado aún á ese terrible cabo de las tormentas sentimentales, ni, naturalmente, á esa fraternidad tan franciscana de Madame Litvinne. Una muchacha de quince Añiles, de las que sueñan aún con el príncipe enamorado de la Cenicienta, difícilmente dice, por mucha que sea su humildad, «Hermano toro..., hermano caballo...»

También sería curiosa una encuesta en que las bellas artistas galas nos dijese por qué han hecho al caballo blanco de su especial predilección y de los sufrimientos del equino el excitante desencadenador de la hipersensibilidad. Si cada animal que sufre para satisfacer no las necesidades, sino los caprichos gastronómicos ó suntuarios femeninos, hubiese de arrancar exclamaciones semejantes, las toaletas de damas y damiselas habrían ganado enormemente en sencillez, y los bolsillos, paternos ó maritales, que—¡ay!—también son sensibles, no padecerían tan rudos ataques.

Porque tampoco es justo decir, con un periodista francés, que comentaba no hace mucho la barbarie de un carretero: «¿Por qué sanciones haríamos comprender á los hombres que muchas veces las bestias merecen ser mejor tratadas que ellos?»

Si eso no es confundir la sensibilidad con la sensiblería, venga Dios y véalo.

Eso sin contar con que en Pa-



MARGARITA HERLEROY

Cantante de la Grand Opera, que dió un escándalo cuando presencié una corrida

rís, apenas se vuelve una esquina un poco lejos de los grandes bulevares, se corre el riesgo de perder el estómago ante uno de aquellos horribos establecimientos que tienen por enseña una áurea cabeza de caballo y por rótulo *Boucherie chevaline. Carnecería de caballo.*

Prueba evidente de que la sensibilidad hipófila de los franceses no reside precisamente ni en las pupilas del gusto ni en la mucosa digestiva.

S. H.



BLANCA MONTEL

Que encuentra las corridas de toros hórridas y sentimentalmente intolerables



MADAME LITVINNE

Cuyos gustos han evolucionado y da la clave de muchas opiniones





# CUENTOS DE LA ESFERA

## LOMBARDIA, EL VIEJO

No conocísteis á Lombardía, el Viejo? ¡Oh, magnífico tipo! Ya no queda nada semejante. Buen comedor, buen bebedor, buen narrador de cuentos pícaros, aunque él no fuese muy dado á mujeres, era el que mejor hacía que hacía. Cuando había que levantar un gran peso, él daba el grito del esfuerzo, aunque no arrimase el hombro.

Pero, sobre todo, era un hombre heroico, un valiente.

Alto, rubio, con un corpachón enorme, que llevaba de un lado á otro al andar; con unos largos bigotes caídos, que cubrían una boca sensual de grandes dientes de caballo, toda su expresión estaba en sus ojos. Os hablaba, unas veces, con sus ojos claros desmesuradamente abiertos, inocentes; otras, os guiñaba uno con reticencia, mientras el otro permanecía impassible, aunque lo más frecuente era que al hablaros, aun de la cosa más vulgar, lo hiciera en actitud beatífica, con los ojos cerrados, con la cabeza ligeramente erguida.

Antes de marchar á América se le llamaba familiarmente Claudino; pero de vuelta, como por tácito acuerdo, los aldeanos le concedieron graciosamente el Don.

Bien es verdad que Claudino de Lombardía era otro hombre, todo un caballero. Usaba un gran sombrero, que añadía gallardía á la figura, y unas polainas de cuero hasta la ingle.

Poco había traído consigo; pero su casa se gobernaba bien, y su mujer era hacendosa. Bastaba con que trajera la alegría de verle. De este modo pudo él gastarse aquellos pesos con los amigos, bebiendo vino por las tabernas, momentos aquellos de la mayor satisfacción y complacencia para él, porque eran aprovechados para contar sus hazañas, con un vaso de vino en la mano.

—Allá se apalea el oro, ché...

El había ganado no sabía cuánto; se arruinara; había vuelto á hacerse rico...

Era, entonces, al hablar de aquellas fabulosas cantidades, cuando lo hacía con los ojos abiertos é inmóviles.

Por el contrario, al recordar aquellos países lejanos, permanecía con los ojos cerrados, como ensimismado:

—Figurarvos un país llano como la palma de la mano, con una hierba así de alta, leguas y leguas. Sin un árbol ni una fuente. Vais á caballo dale, dale, dale, sin encontrar alma viviente, ¡y de pronto!

Como si despertase, abría los ojos y callaba un momento.

—¡Y de pronto!...

Los mozos que le rodeaban alargaban el cuello, como presintiendo el relato de emoción.

Entonces, para insinuar una cosa tremenda, para acentuar un detalle nimio, Lombardía guiñaba el ojo, de un modo expresivo, ayudando su relato con grandes movimientos de los brazos, como si fuesen dos aspas, con los distintos tonos de su voz pastosa ó meliflua, desde un tono de insinuación hasta la más levantada voz heroica.

Era un valiente, un valiente.

Pero creo que os he dicho que Claudino de Lombardía se había gastado alegremente

el dinero que había traído de América por las tabernas, y esto no es enteramente cierto.

A los pocos días de llegar, cuando ya había contado á los suyos cinco veces, por lo menos, sus heroicas hazañas, comprendió que debía buscar un auditorio más amplio y más entusiasta también, pues su mujer y sus hijos ya comenzaban á oírle con resignación. Dirigióse al trece de Aday y trajo de allá una magnífica yegua que le había costado tres mil reales.

Desde aquel día ya no se le vió nunca á pie, sino, como convenía á hombre tan valiente, galopando por los caminos en su yegua torda. Aun para ir á ver sus tierras, como estuviesen un poco distantes, para ir á misa los domingos, tenía que ir á caballo.

Iba de aldea en aldea, de feria en feria. Cuando se reunían á su alrededor unos cuantos aldeanos, él, con el más pequeño pretexto, comenzaba á contar su vida anterior y gloriosa.

Si alguien decía que hacía buen tiempo ó cómo venía la cosecha, él traía á colación el magnífico tiempo ó las abundantes cosechas de que allá se gozaba.

Si se hablaba de alguna valentía, de algún alarde de fuerza, nadie podía igualársele. Ya iba viejo; pero de joven, ¡cuántas estupendas hazañas llevara á cabo!

Su fama se fué extendiendo por todas las aldeas tanto como él podía galopar. Llegaba su fama hasta donde llegaba su yegua torda, y aun más allá.

Y él, siempre jinete en su caballo, galopando como un centauro, de aldea en aldea, de feria en feria, cuidaba de que no se apagase la lumbre de su gloria.

Diez, doce veces contaba al mismo aldeano que caminaba á la par de él, ó á la mujer que volvía de la fuente, sus hazañas, con el mismo entusiasmo que la primera vez.

Algunas veces dudaba:

—Tenía á mi cuidado mil cabezas de vacunos. No, no; me parece que eran diez mil... Sí; eran diez mil.

Otras veces comenzaba así:

—¡Ibamos cuatro gauchos por la Pampa. Uno pone la mano para quitarse el sol de los ojos, mira á lo lejos y dice: Una «punta» de indios viene hacia acá. ¡Tres hombres contra toda aquella gente! ¡Pim, pam! ¡Pim, pam! Matamos al cacique de ellos, y á galope tendido nos volvieron la espalda—. Hacía una transición de tono, y

luego preguntaba:—¿Cuántos gauchos éramos al principio?

—Cuatro—contestaba alguien.

—No; sólo éramos dos. Un italiano y yo.

Don Claudino vivía en un mundo de fantasía, que nadie turbaba.

Mas he aquí que aquel día... Fué una terrible realidad. Nunca tal le pasara.

Volvía de la feria del Cádabo. El no venía bien. Había estado bebiendo con el compadre de Cubilledo hasta la media noche. Cuando tomaron el último vaso de vino y se dieron la mano por última vez, era la media noche.

Don Claudino de Lombardía cogió la yegua y á paso ligero pronto estuvo en la Riveira de la Barrosa.

No sé qué diantre vió la yegua, que hincando las patas delanteras en el camino, se detuvo sin querer seguir, y al espolearle el jinete, dió un salto atrás.

Don Claudino, que iba medio dormido, fué á caer á un lado del camino, contra unas piedras.

Era un valiente, y un valiente no puede quejarse, aunque, á decir verdad, le dolía á rabiarse una pierna.

—¡Bah! Todo sea por Dios—se dijo—. Si no fuera porque un hombre como yo no debe lamentarse por una caída de caballo, aullaba igual que un lobo del dolor que me da esta pierna. Y máxime porque dirían que la primer condición del caballero es saber sostenerse en el caballo...

Estuvo unos momentos postrado, sufriendo calladamente, sin moverse, mordiéndose los labios para acallar el sufrimiento.

Hasta entonces había llovido una lluvia tan fina que parecía rocío; pero poco á poco fué aumentando. Levantó una mano y se la pasó por la ropa. La lluvia le había calado hasta los huesos.

—¡Ay, qué mal me va á hacer esto para el reuma! Si supieran que yo, ¡yo!, tengo reuma...

En un esfuerzo supremo, sin lograr contener un grito de dolor, quiso levantarse; pero, ¿qué notó en la espalda? No, no era nada.

Volvió á intentar levantarse muy despacio. Ahora, sí, notó que le detenían.

Aun volvió á iniciar otro movimiento. Nada, nada; no cabía duda. Alguien le tenía fuertemente sujeto.

Por la imaginación de Don Claudino de Lombardía pasó un cuadro de terror. En zarabanda se mezclaban todos los bandidos que habían andado por el valle en otros tiempos. Instantáneamente se recordó de todos los cuentos de miedo que había oído por las noches en las cocinas de los vecinos. Sobre todo, con más insistencia, pensó en la cuadrilla del Roso, que andaba merodeando ahora allá por Campo de Arbol. Bien pudiera ser.

Cuando se recobró un poco de la emoción primera, dijo en voz baja:

—¿Qué daño te hice? Mira, yo, á la verdad, traje unos cuartos, y me los gasté casi por entero en la yegua. Lo demás se fué en convidar á los amigos.

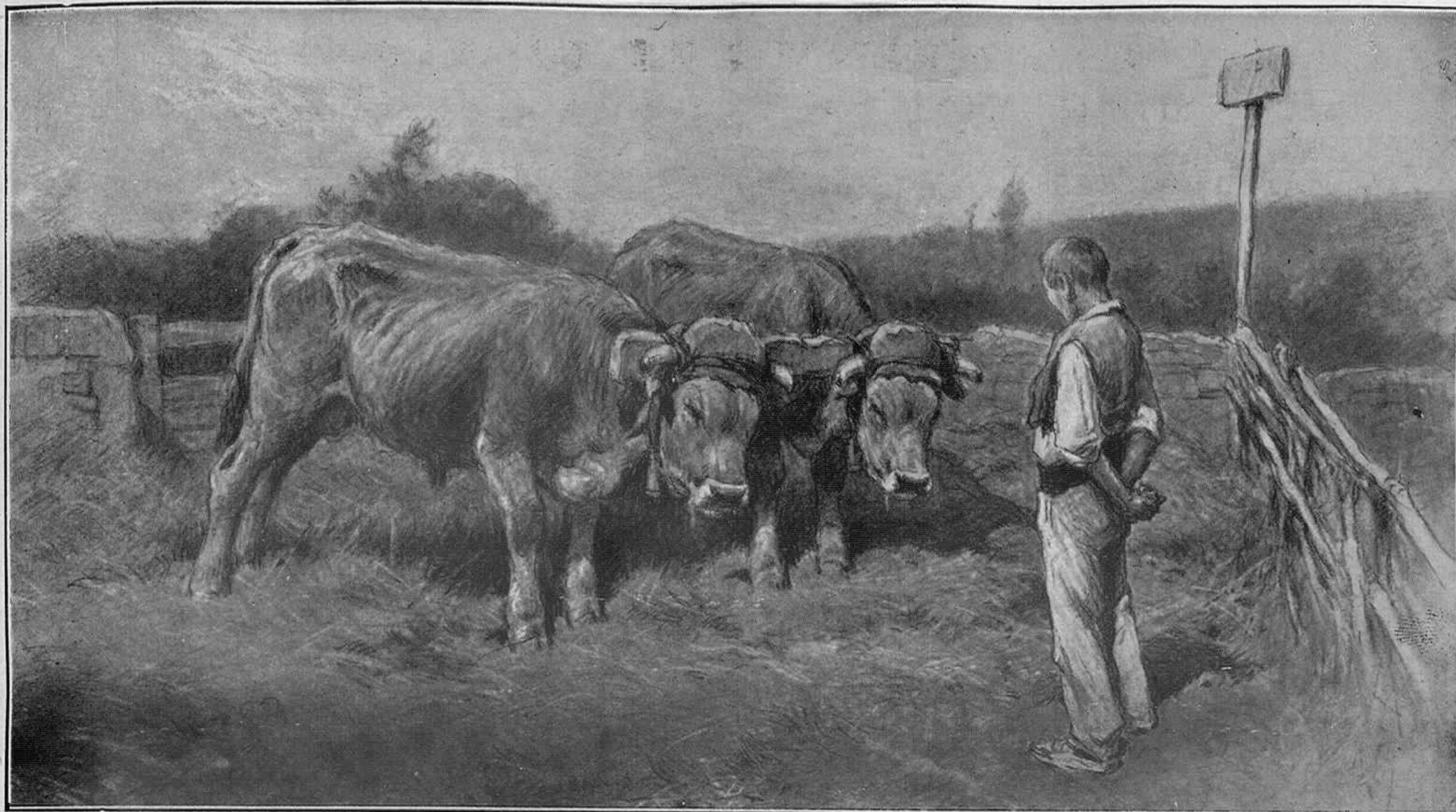
Don Claudino de Lombardía hablaba en tono suplicante.

—Aunque parezca un caballero cuando voy con los caballeros hacia la villa, aunque parezca uno de ellos,



Y él, siempre jinete en su caballo...





Concentró su vida heroica en la yunta de bueyes

(Dibujos de Regidor)

te soy un pobre. Déjame, que no tengo nada que darte.

Nadie contestaba. Tan sólo se oía allá abajo el rumor del río que se despeñaba á la par del camino.

Seguía lloviendo silenciosamente.

¿No sería engaño suyo? Quiso erguirse otra vez, despacio, pero nuevamente notó que le sujetaban.

Ya no se acordaba del dolor que le había producido la caída de la yegua, ni de lo mal que le haría para el reuma aquella condenada humedad que se le iba metiendo hasta los huesos.

Sólo una idea fija le obsesionaba: la del miedo. Bueno; esto es un decir, porque un hombre tan valiente no podía sentir miedo.

—Déjame marchar—decía humildemente—y pídemelo lo que quieras.

Nunca se había acordado de sus hijos; pero ahora sí. Quizá aquello conmoviese al ladrón.

—Soy un pobre padre con siete hijos. El mayor va á servir al Rey para hogaño. El pequeño ¡es más listo!

Pero nada: el ladrón tenebroso no se conmovía.

—Déjame marchar, y te prometo todo cuanto saque de la vaca de leche en la feria de Seijas; pero ahora déjame... Me hace mucho mal estar al rocío.

La noche negra, como la boca del lobo, iba por momentos aclarando, haciéndose azul. Había cesado de llover, y empezaba á correr una brisa ligera y agradable.

—Anda, déjame...

Don Claudino de Lombardía había apoyado la cabeza en una piedra. Viendo que de nada valían sus ruegos y súplicas, quedárase callado, y poco á poco se le fué aclarando la mente. Era raro que un ladrón se limitase á tenerlo cogido por la chaqueta, sin decidirse á robarle aquellas monedas de plata y de cobre que aún le quedaban, á pegarle un tiro y dejarlo allí muerto como á un perro.

Temiendo que si volvía la cabeza viera que un hombre de rostro fiero le estaba apuntando con un pistolón, no se atrevió al pronto á volver la vista. Estuvo un largo rato, sin decidirse. Muy despacio, con grandes cuidados, hizo girar la cabeza sobre el cuello. A su lado no había nadie. Fué volviendo más la cabeza. Detrás de él, tampoco. Respiró, sintiendo un gran alivio.

Entonces se levantó muy decidido, todo lo decidido que le permitió el dolor de la pierna.

¡Lo que le prendía la chaqueta era una zarza! Una de esas zarzas que en una noche atraviesan un camino, de tanto como crecen.

Se detuvo unos momentos á meditar. Comprendió que debía echar un taco, y lo echó. Sacó del bolsillo una navaja muy grande, de cinco muelles, que al abrirla produjo un ruido metálico y saltante como una carcajada.

Don Claudino, como si fuese á abrir el vientre á un enemigo, cortó la zarza con verdadera rabia.

—¡Lo mismo hacía si fueses un hombre!

Luego, ya sosegado, limpió con cuidado la hoja de la navaja, como si estuviese manchada de sangre, en la manga, y la cerró.

Miró hacia los lados. Ya se percibía el camino, las montañas, envueltas en la vaga niebla del río. Allá, en unos matorrales, mordisqueaba tranquilamente su yegua torda.

Al verlo, relinchó. La cogió del ramal, y se puso en camino á pie. Estaba mojado, y el andar le haría bien. Además, aquel dolor de la pierna no le dejaba montar á caballo.

Cerca ya de Queirugal, encontró á unos aldeanos que iban para las aradas.

—¿Y usted qué hace por aquí tan de mañana, Don Claudino?

—¡Ay, si vos contara! ¡Siete hombres del Roso me han salido al camino, y me apalearon después de quitarme dos mil reales! ¡Qué cobardía! ¡Nueve hombres contra uno! Tende cuidado, rapaces.

•••••

Cuando á los siete días se levantó de la cama, donde le había tenido agarrotado aquel condenado dolor de reuma, don Claudino de Lombardía era otro hombre.

Le rodeaban los hijos.

—¿Y el caballo?—preguntó.

—En la cuadra está.

—Si lo necesitas para ir pretender—dijo dirigiéndose al hijo mayorazgo—, déjalo en la casa.

—No; se le va bien á pie—le contestó el muchacho, humilde y sencillo y poco dado á la hidalguía.

—Entonces llévalo á la feria—. Y como si hiciese una dolorosa confesión:—Es muy espantadizo..., y yo..., yo... ya voy viejo.

A los pocos días, de vuelta de Monterroso, el primogénito le entregó en onzas el valor del caballo. Don Claudino palideció, y con la voz temblorosa, dijo:

—Sí; era algo espantadizo...

Había sido demasiado intensa su renuncia. ¿Qué sería de él sin caballo? Ya no podría ir á la villa cabalgando en compañía de los señores y de los hidalgos, ya no podría alejarse de la aldea, porque no era propio que un hombre como él no tuviese caballo cuando aún lo tenían los aldeanos más pobres del valle.

Durante muchos días anduvo triste y pensativo. Ya no era aquel hidalgo que hablaba con voz altiva.

Cuando el muchacho compró la pareja de bueyes rubios, tan semejantes que parecían uno mismo, se quedó mirándolos con la mayor complacencia.

Desde aquel día don Claudino de Lombardía concentró su vida heroica en la yunta de bueyes. Aquella nueva ilusión fué su lenitivo.

Ninguna yunta en el valle tenía tanto poder. No los había tan lucidos. ¿Y adornados? Iban uncidos con correas, cubierta la testuz con pieles de perro. De los anchos collares colgaban alegres campanas.

Sólo se recordaba de su vida anterior, cuando algún hidalgo, al pasar por delante de su casa, le decía:

—¿Vienes, Claudino? No se te ve nada.

Era cuando él tenía que confesar penosamente:

—Hay que atender la casa, no hay más remedio.

Pero pronto olvidaba la tristeza de su renuncia, al verse ante su pareja de bueyes rubios.

Y por ver con qué perfección trazaban el recto surco, se aficionó á arar, y por probar su potencia fué con su yunta á todos los *carretos* de losa ó de piedra.

Como la labor del buen labrador suele ser silenciosa ó se reduce á animar con las mismas palabras á su yunta, don Claudino empezó á hablar poco, y en tono sencillo.

Al ver que hacía una vida semejante á la suya, los campesinos, poco á poco, empezaron á tratarle lisa y llanamente, sin anteponerle el Don que graciosamente le habían concedido.

CORREA-CALDERON



## ARTISTAS CUBANOS

# CONRADO W. MASSAGUER

**D**OBLADO el árido cabo de los cuarenta años, famoso ya y luego de haber creado tres de las revistas mejor orientadas e impresas de habla española—*Social*, *Carteles* y *Habana*—, viene por primera vez á Europa Conrado W. Massaguer, el caricaturista habanero. Un gran triunfo personal le aguarda en los centros artísticos, donde su nombre es, desde hace tiempo, el índice de una obra fuerte y jovial, clara, aguda, y de continuo viva bajo el signo de la simpatía, llave sin estridencias con que los dioses permiten á sus elegidos penetrar en el recinto cordial de las almas.

Si existe un americano cien por cien, según la fórmula puesta de moda, helo aquí. Lo reconoceréis por igual en su conducta y en su rostro rasurado, ancho y siempre sonriente; en el optimismo activo con que acomete y lleva á puerto próspero sus empresas, y en el dejo de sentido práctico que sabe imprimir á sus ensueños. Criollo de rica cepa, después de una incursión infantil y juvenil en tierra mexicana, así como otros hacen á París ó de Madrid su meridiano, este dibujante de gracia alegre, este caricaturista ajeno á toda acerbidad, halagador casi sin nada tampoco de adulatorio, se puso á mirar á Nueva York. Desde La Habana, Nueva York parece un Himalaya urbano, y los núcleos estéticos que, á favor de un reiterado abono crematístico, van cuajándose tras varios años de cultivo, brindan á los artistas, sobre todo á aquellos para quienes el idioma no constituye barrera inexpugnable, campo de batalla, en el cual, con el triunfo, vienen el bienestar material y el logro de una notoriedad que cada día se eleva más sobre el localismo.

Sin duda, la lucha es allí dura; pero, ¿dónde, por cada cabeza visible, no hay cien cuerpos anónimos por tierra? A hombre capaz de crear, en

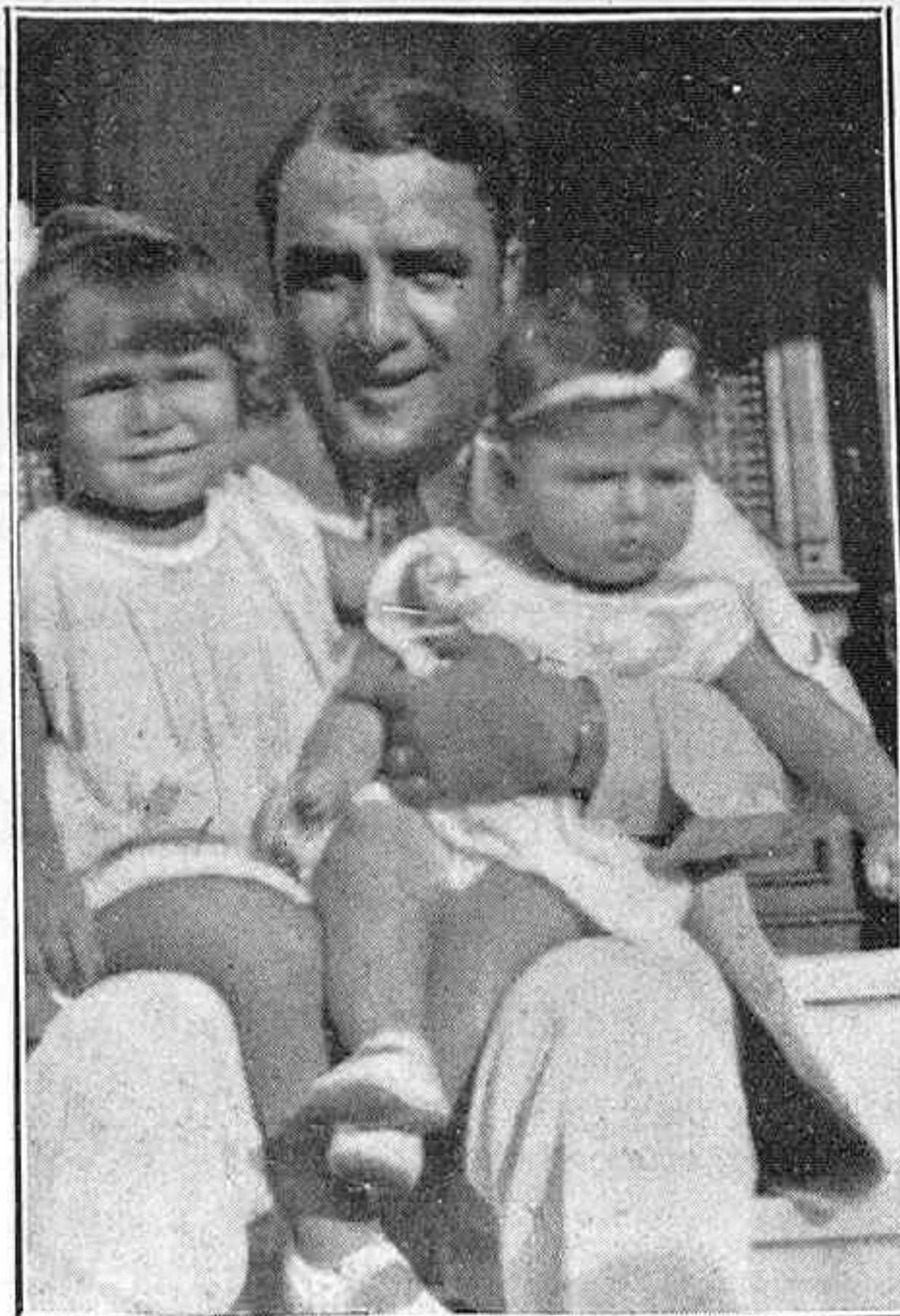
un medio no menos difícil, un Instituto de Artes Gráficas y tres revistas, dos de las cuales cuentan con más de un decenio de existencia, las dificultades no podrían arredrarle. De un salto ágil, Massaguer se trasladó, de las orillas del Caribe, á la quinta avenida, y en pocos meses dió nueva vida á la frase de César. Este éxito retrasó, sin duda, su viaje á Europa, y fortificó ese americanismo, exento de recelos, que le hace sentirse americano desde Alaska al Cabo de Hornos. Massaguer se hubiese quedado para siempre en Nueva York, sin el imán de su tierra, de sus hijas espirituales. Si en pocos meses convivía ya de igual á igual con señeros de todas las artes y era amigo real de los Frank, de los Dreiser, de los Mencken y de los Nazan, en pocos años su conocimiento del inglés habría pasado á ser otro más fundido en el gran crisol que pusieron en tierra de América los emigrantes del *Maizyflower*. Por fortuna, no ha sido así. ¡Y quién sabe si porque, á pesar de tantas apariencias, Massaguer no es tan americano como él creía!

Al verlo con su ancho traje tropical ó con su frac, llevado con la elegancia difícil de los gordos; la mejilla apurada por la navaja hasta lo azul; la ancha y clara corbata, ó el breve suspiro de la lazada blanca ante el cuello fuerte; las pupilas en audaz y cándido juego con la boca, jamás rebelde á la sonrisa, el buen conocedor de películas de Hollywood no podrá menos de exclamar: este tipo me recuerda á alguien. Banquero ó director de escena; jefe de manufactura ó heredero joven de uno de esos reinos prácticos cuyos ukases, al par absolutistas y sin riesgo, son los libros de cheques, Massaguer, hombre representativo del continente nuevo, se estará acercando al viejo cabo del continente asiático, donde se fraguó la civilización que todavía domina hoy al orbe, con una inquietud patética que sólo quien, como yo, lo conoce muy á fondo podrá identificar tras la inalterabilidad de la sonrisa.

Y es que en este cubano, que nada se halló hecho y que ha sabido hacérselo todo sin perder el ritmo semideportivo con que los elegidos trabajan, dos fuerzas familiares entreabrirán, á su contacto con Europa, esa puerta secreta de los tronques que guarda la emoción pura en las almas bien nacidas. La familia de su sangre y la familia de su espíritu. Por su nombre, él, que si



El gran caricaturista cubano Conrado W. Massaguer, director de «Social» y «Carteles»



Massaguer con sus dos mejores obras

escribiese la historia de sus abuelos haría de ellos, como Vigny, sus descendientes, reconocerá en Hispania ancestrales huellas; por su arte, hallará en Europa la fuente prístina de la aspiración á la belleza, sin la cual no habría sido posible la civilización americana. Y estoy seguro de que á los primeros pasos, diferencias accidentales y prejuicios se borrarán en esa fusión superior que aúna cuanto hay de ideal común en espíritus que en la vida cotidiana suponíanse separados por distancias irreducibles. El viaje á Europa constituirá, para el gran artista, una lección jubilar. Y cuando vuelva, al sentirse de nuevo americano cien por cien, y al criticar con ingenio benévolo los atrasos mecánicos de este continente, algo habrá cambiado y mejorado su alma.

Porque Massaguer es una antena viva de extraordinaria sensibilidad. No es el suyo uno de esos artes bárbaros hechos de arbitrariedad divina y de ignorancia. Buscador y educador del gran público en sus revistas, ha tenido que otear mucho y que ir hilando las masas difusas de las modas en el huso de un gusto personal cada día más nutrido y depurado.

Sin duda, su arte es americano; pero americano de hoy, surgido á virtud de un mestizaje ya constituido en raza, en función de cultura, de viajes, de falsos desdenes á toda fuerza tradicional y hasta del dinamismo de una vida casi por completo regida por Mercurio. Su esfuerzo, como el de tantos otros *pioneers* del nuevo estado espiritual de América, ha consistido en rea-



## LA ACTUALIDAD DE PASO

## La novelista norteamericana Edith Wharton

lizar la operación quirúrgica de un injerto: las alas de Ariel en el cuerpo de Calibán. Según las religiones antiguas, buscaron el apoyo maravilloso del arte para captar espíritus, así la nueva religión del Comercio busca hoy, para todas sus manifestaciones, la cooperación del artista. De este modo, á la santa Publicidad rezan las revistas más puras. En esa modalidad difícil, tanto como en su específica función de caricaturista, nadie en parte alguna supera el talento, la gracia, la invención que en cada número de sus publicaciones sabe desplegar Massaguer. Quien ha visto un número cualquiera de *Social* ó de *Carteles*, no los olvida. Siendo tan de ahora, atesoran un sello individual que los diferencia de todas las revistas de Europa y de América.

Al milagro de ser editor, propietario, presidente de Empresas y artista sin claudicaciones, une este hombre excepcional otro: el de ser un caricaturista de quien sus modelos no guardan jamás resquemor. Se ha dicho por un gran filósofo que el arte del caricaturista revela la fuerza angélica que vence al designio demoníaco, descubriendo un instante lo que la Naturaleza hubiese sido, de no librarse esta batalla entre el espíritu maligno y el del bien. Caricaturistas existen que nos hacen exclamar: «¡Cuán desgraciado debe de ser un hombre que ve el mundo así!» Claro es que esa suerte de ferocidad, de necesidad de convertirse en etrupador de facciones, son compatibles con el talento y aun con el genio. A tal estirpe pertenece el caricaturista cubano paralelo, por contemporaneidad, á Massaguer: Rafael Blanco. Pero en Massaguer los dictados de hombre de mundo, del optimista, del posibilista, en el mejor sentido de esta palabra, no florecieron merced á cálculo ni á instinto, sino por imperativo de su esqueleto moral. Todo en él propende á la benevolencia. Su ironía no es la del perro que no pudiendo morder enseña los dientes, ni la de la hiel cristalizada en agujas. Corregir, riendo, las costumbres; sacar de los modelos humanos el fondo de animalidad, las fealdades grotescas, exige una tendencia de castigo que casi siempre desniva la balanza de la justicia hacia el lado de la crueldad. Y Massaguer, hijo ejemplar, amigo ejemplar, ciudadano y compañero ejemplar, no hubiese podido llevar sobre sus hombros tan sólidos ni una brizna siquiera de remordimiento. Por eso el concepto filosófico de la caricatura se ha dulcificado en él con la sonrisa y con la elegancia.

*Selfmade man*, autodidacto, hombre que ha tenido que fraguar con horas de trabajo cada hora de estudio superior y de recreo, Massaguer puede ser, sin hipérbole, presentado como arquetipo de buen luchador. Hace poco menos de un cuarto de siglo—¡ay!—lo vimos llegar de Yucatán á La Habana, con su primera carpeta de dibujos, y los dos del brazo nos fuimos á solicitar colaboración en los periódicos y revistas habaneros.

De aquella época á acá, una amistad fraterna nos ha unido, y puedo decir que en las mil peripecias de la vida áspera jamás he descubierto en él una de esas fallas que revelan cómo los hombres habrían podido caer, de no sostenerlos las alas del éxito. Ni desfallecimiento en las horas adversas, ni infatuación en las gloriosas.

Lo que queda deniño bueno en su carota, queda, por fortuna, también en su alma. Espumoso, perspicaz, tierno que juega á parecer extraño á la emoción, buceador que se finge frívolo, su polo opuesto es la pedantería. Que caricaturice á un monarca ó ponga pie á una fotografía, su ingenio brilla por igual, que á cualquier faena lo acomoda. Dijérase que ignora su fama y que cada día se dispone á empezar otra vez, con ilusión inédita. Pronto su rostro atezado y su alegría contagiosa engendrarán en muchos que hasta hoy eran admiradores, esa categoría superior del conocimiento que es la amistad y la confianza.

Y antes de que llegue, yo, que no hablo de él por ser su amigo, sino que soy su amigo porque puedo hablar de él así, me honro anticipándole la bienvenida desde estas páginas.

A. HERNANDEZ-CATA

LA Academia norteamericana ha celebrado este año sus bodas de plata. Es decir, que sólo cuenta veinticinco años de existencia. En ese corto lapso de tiempo ella ha prosperado espléndidamente. Espera, sin duda, que uno de esos multimillonarios que en aquel país tanto abundan establezca premios á la manera de Nobel en Suecia. Por lo pronto, la Academia norteamericana no concede premios en dinero: sólo otorga medallas como honrosa distinción al mérito. Este año, la medalla de Literatura

ha sido concedida á la ilustre novelista, tan admirada del público norteamericano como del público europeo—ella escribe en francés también de un modo sorprendente—Edith Wharton.

Su obra más famosa, la que ha sido traducida á casi todos los idiomas—me parece que también hay una versión española—, es la novela que lleva por título *En el país de los dichosos del mundo*. En ella se retrata la psicología y el carácter de esa aristocracia improvisada en los Estados Unidos, en que figuran «las Princesas del *dollar*», que han servido para tantas burlas de los escritores un tanto satíricos de las naciones europeas, especialmente de Francia.

¿Es que una fisonomía moral, bien típica, distingue, entre todas las aristocracias modernas, á las aristocracias norteamericanas? ¿Puede decirse que los vicios y las virtudes de esos «dichosos» de Ultramar revelan matices, singularidades, un tono que no tienen equivalente entre *l'élite* en el gran mundo de la vieja Europa? En verdad, no puede afirmarse que exista una especie de bajeza, de brutalidad ó de histrionismo que sean especiales en la alta categoría de los opulentos neoyorquinos. La frivolidad, el egoísmo, el desenfado de algunas de las heroínas que nos ha presentado en sus novelas Edith Wharton no son excepcionales, privativas de la alta sociedad norteamericana. También adolecen de igual frivolidad, egoísmo y desenfado las damas de la sociedad europea de nuestros días. En general, el conjunto de esos *gentlemen* y de esas señoras preocupadas exclusivamente del lujo en el país trasatlántico, según vemos en sus novelistas de Henry James á Edith Wharton, tiene una extraña semejanza con la masa de elegantes que pueblan las novelas de los autores europeos, poniendo en primer término á Marcel Prevost, por lo que se refiere á Francia.

Edith Wharton se complace en hacer desfilar los más variados tipos masculinos. Sin embargo, todos tienen una especie de parentesco común: su ociosidad. Por lo general, son hombres apopléticos de lento pensar, enfermos de dispepsia, un tanto entenebrecidos de espíritu, abúlicos á quienes desorienta la más leve contrariedad, todos elegantes, supremamente elegantes, con culto fervoroso de los ritos mundanos. En vano, entre tantas figuras masculinas, se busca una que ofrezca un carácter típico ó un tempera-



EDITH WHARTON

mento original. Acaso la originalidad, en ese famoso libro de Edith Wharton, *En el país de los dichosos del mundo*, estribe en que no aparecen ninguno de esos reyes á la norteamericana—como el famoso *Kins Coal*, que da nombre y título á la novela de Upton Sinclair—, reyes de la banca, del petróleo, de los aceros, pintorescos ó truculentos, según el *parti-pus* de los escritores. Estos millonarios de Edith Wharton forman una colección de seres grises, sin relieve; destacándose únicamente, por su porte elegante, por

sus maneras correctas, en quienes el Universo entero aprobaría la absoluta perfección de la vanidad distinguida. Se parecen tanto á sus similares en todo el mundo, que en ellos se puede reconocer, en éste y en el otro país de aquende el mar, gente que nos es sobradamente conocida en el gran mundo europeo.

Edith Wharton se complace más en sondear las almas, que en describir los seres y las cosas. Es decir, que atiende más al elemento psicológico, que al elemento objetivo. Apenas si traza la silueta de sus personajes con unos cuantos rasgos, con unos cuantos gestos. Descripciones, pocas. Algunas fiestas mundanas evocadas á la ligera. Por esta sobriedad, Bourget la elogia con estas palabras: «La viva y ágil artista que es Mrs. Wharton no comete la falta, con frecuencia y tan justamente censurada en los autores de novelas aristocráticas, por afanarse en disertar, á pretexto de turquesas y de las *toilettes*, de la madre de Lily y de sus congéneres...» Y es que Edith Wharton no admira ciegamente á esos «dichosos» del mundo; ella no se extasia ante el espectáculo deslumbrador de tanto lujo.

Poca originalidad, ya lo hemos dicho, ofrecen esos millonarios que viven en la ociosidad y en el placer, como si todo el encanto de la vida estuviera en el disfrute de la riqueza y del esplendor social. Pero no pasan de ser modestos imitadores. Sus palacios suntuosos son copias vulgares de las viejas casas señoriales europeas. Sus modistas son las modistas de París. Poco tienen, por tanto, de típicamente norteamericanos. Porque si sus viviendas son á la europea, y europeos son los cuadros, las esculturas y todos los objetos de arte con que embellecen sus palacios, hay quien asegura también que sus almas se han moldeado también á la europea, copiando las ideas, las costumbres, como han copiado y siguen copiando las modas en el vestir y en el modo de vivir.

No sabemos qué haya querido premiar la Academia norteamericana al otorgar la medalla de Literatura á Edith Wharton. ¿Su acierto al interpretar la sociedad neoyorquina? ¿Sus méritos literarios como escritora que domina el arte de componer novelas? ¿Es el propósito de reconocer y confirmar su celebridad casi mundial? Acaso esto último, que va en gloria del país norteamericano.

ANGEL GUERRA







**LOS GRANDES CONCURSOS  
MARITIMOS EN INGLATERRA**

Una vista del «schooner» «Tomás S. Gorton», uno de los que han tomado parte en el concurso anual de pesca celebrado en Gloucester



# AL MARGEN DE UN CONGRESO

## LA SOCIEDAD UNIVERSAL DEL TEATRO

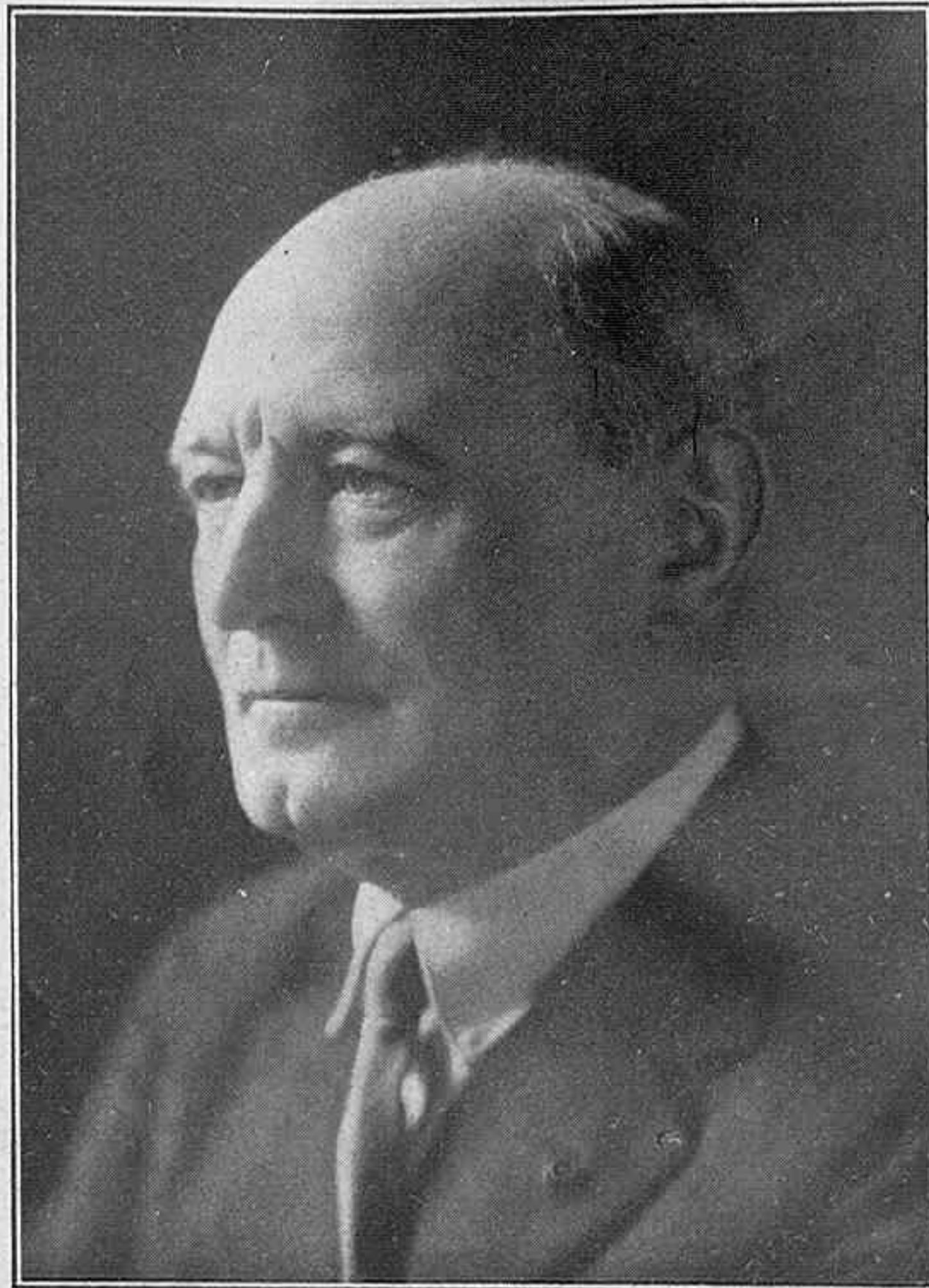
QUEREMOS que sea un lazo fuerte entre los hombres que en todas partes viven del teatro y para el teatro», ha dicho su fundador, Fermín Gemier. Y ha concretado más aún el propósito: «Queremos, desde luego, agrupar en cada nación todas las profesiones que gravitan en redor del arte dramático y lírico: autores, compositores, intérpretes, críticos, técnicos de la escena.»

En suma; una federación universal de cuantos sienten preocupaciones por el arte teatral en sus diversas manifestaciones y expresividades. Pero, ¿para qué?

El anhelo es un poco vago é incierto; demasiado romántico ó demasiado escondido. Es cierto que el teatro por naturaleza es unión y cooperativismo amplio; es un arte suma y compendio de otras artes diferentes que al cabo se identifican y confunden en un todo armónico que es el arte teatral. El teatro mismo en esencia y potencia nos marca el ejemplo de la unión, de la sociabilidad, de la mutua comprensión.

«El teatro—ha dicho el gran actor y director del Odeón de París—no es la obra de hombres aislados. Es el trabajo común de muchas inteligencias, de muchas buenas voluntades, de todas suertes. Es el haz, fruto de todas las artes, poesía, color, música, danza. Es la aproximación de artistas y público. Es también la fusión de las categorías sociales; desde el filósofo hasta el artesano; desde el jefe del Estado hasta el más humilde ciudadano...»

Por esto no debe extrañarse el empeño de insospechada tenacidad de Fermín Gemier de aunar y agrupar voluntades que tienen una misma vocación en sus diferentes características. Pero en mi concepto, le falta á la Sociedad Universal algo muy importante que ya se echaba de menos en el III Congreso realizado en Barcelona últimamente. Le falta concretar. Como todas estas grandes agrupaciones internacionales surgidas á raíz de la termina-



FERMIN GEMIER  
Presidente de la Sociedad Universal del Teatro

ción de la guerra, estas sociedades, como de ese pimpante organismo costoso y abrumador que se llama «Sociedad de Naciones», tienen mucha fachada y poco fondo.

•••••

Claro está que los tiempos actuales son propi-

cios á los grandes intercambios internacionales, á las uniones amplias de los que tienen intereses y afectos comunes; y así, pese á la vaguedad de los propósitos, la Sociedad Universal del Teatro muestra hoy un empuje y una solidaridad insospechadas.

Ya esto es mucho, porque poco á poco se van delimitando los puros contornos de la Sociedad, y la amplitud de propósitos. *Casa del Teatro, Teatro Internacional, Intercambios, Derechos, Traducciones* en cada capital, va adquiriendo un carácter más fácil y hacedero al reducirse á términos posibles al alcance de las disponibilidades humanas y materiales.

Señálase la época actual por su desvío del teatro.

Las quejas amplias y frecuentes por ello se producen en todas partes con rara unanimidad, y por eso cuanto sea motivo de agrupación para una defensa legítima nos parecerá poco.

La Sociedad Universal del Teatro, organizada por la Unión Francesa, no tenía similar en España. Gemier, que recorriera casi todos los países europeos propagando su idea, se había dejado España, sin que sepamos por qué. Mas, al cabo...

Diez Canedo, en la sesión de clausura del Congreso de Barcelona, anunció haberse constituido la ponencia para crear la sección española, que integra los siguientes congresistas: Eduardo Marquina, Joaquín Montaner, Adrián Gual, Francisco Viñas, Enrique Borrás, Antonio Robert, Enrique Giménez, Josefina Tapias, Mercedes Nicoláu, Carlos Soldevilla, P. Bohigas Tarragó, conde de Santa María de Pomés, María Luz Morales, E. Díez Canedo, Luis Masriera, Margarita Xirgu, Jesús Bertrán, Bernat y Durán y nosotros; dando así una gran satisfacción á Gemier, que no quería abandonar España sin dejar una filial constituida.

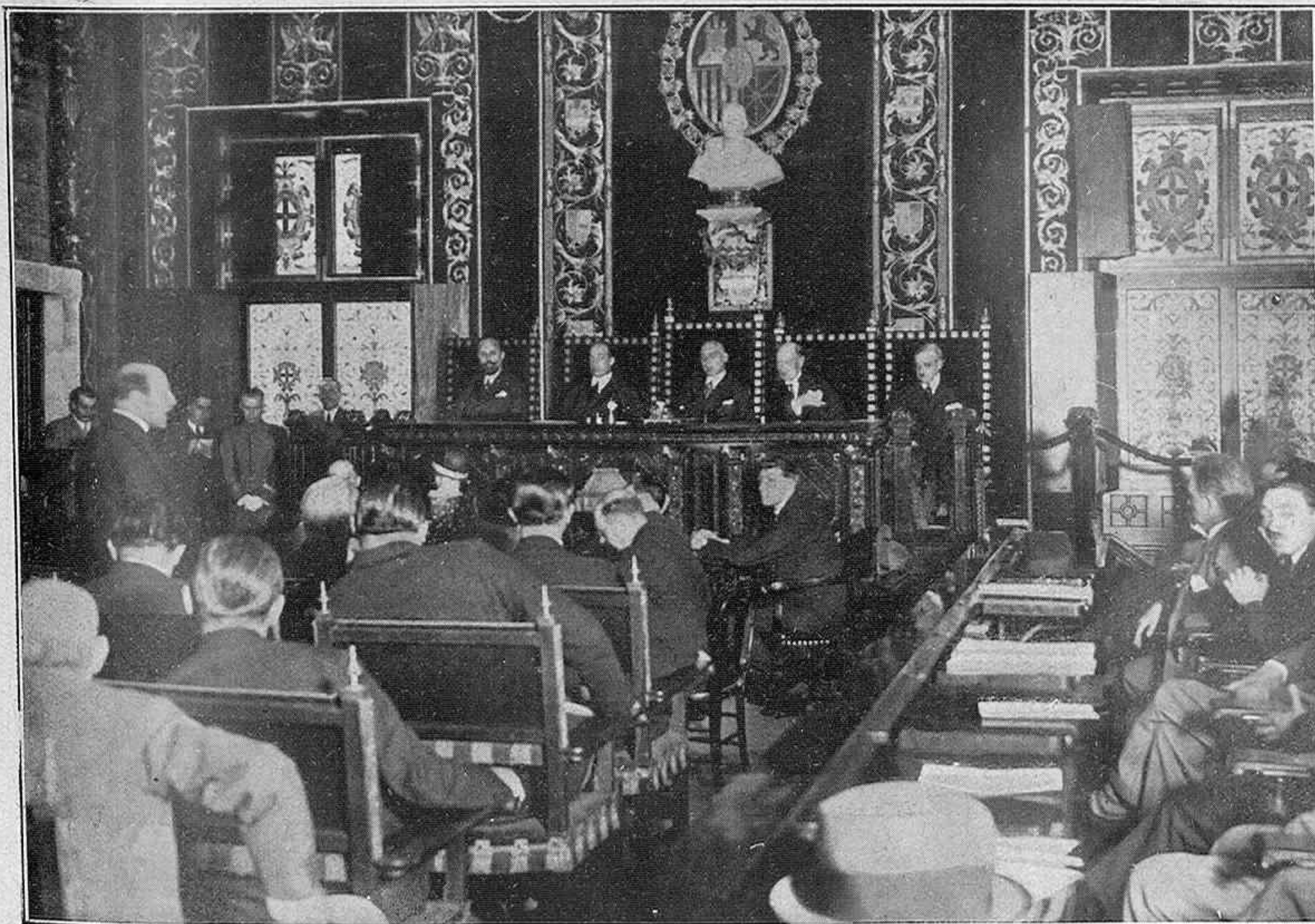
Naturalmente que no hemos de ser todos nosotros los únicos. Siguiendo el espíritu de la Sociedad Universal, se espera que entren todos los hombres de buena voluntad que tienen alguna relación con el teatro: autores, actores, empresarios, *metteurs*, músicos, etc.

No hay duda que es necesario y conveniente la agrupación de cuantos se ocupan de asuntos teatrales; sobre todo, porque hasta ahora otras parecidas asociaciones tenían muy limitados cometidos, y las integraban individuos de una misma sola condición: Sociedad de Autores, Sindicato de Actores, Sociedades de Empresarios, de Profesores de orquesta..., etc.

La Sociedad Universal tiene más ancha puerta. Ahora bien: esto, que es una ventaja, es un inconveniente también. Porque no siempre son comunes los intereses...

Por eso su vida, su desarrollo, su prestigio depende de la flexibilidad que tenga; de que no roce materias ó intereses de otras sociedades más ó menos internacionales, ya constituidas, y de que no se pronuncie en uno ú otro sentido, de lado de autores ó de empresarios, de *metteurs* ó de actores; que tenga, en fin, un difícil eclecticismo.

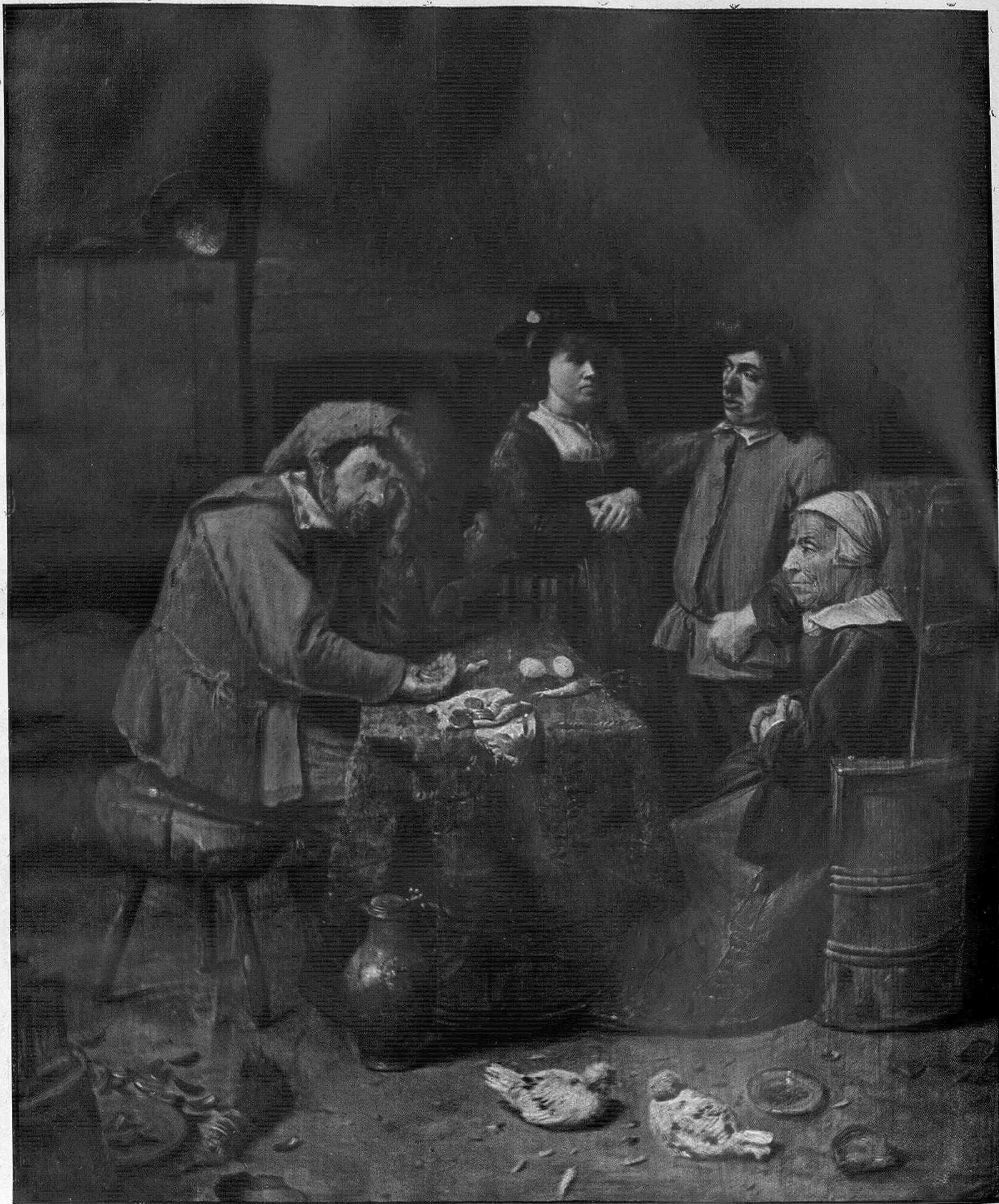
Y, sobre todo, que aclare, explique, concrete y reglamente sus aspiraciones...



Una de las sesiones del Tercer Congreso Internacional del Teatro, celebrado en el Salón dorado de la Diputación de Barcelona

E. ESTEVEZ-ORTEGA





«El contrato matrimonial», cuadro original de Van Craesbeeck, que se conserva en el Museo del Prado



LIENZOS IMPRESIONANTES

LA ANGSTIOSA  
SENSACIÓN DE LA SED

NINGUNA sensación desagradable nos aflige y nos angustia tanto como la de la sed. Ni el frío, ni el calor, ni el hambre atormentaron tanto nuestro ánimo, ni abatieron con tanto dolor nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Ella irrita nuestras fauces, seca nuestros labios y produce un malestar tan hondo en todo nuestro ser, que nos llevaría á la desesperación y á la muerte, si no lográsemos satisfacerla.

En los éxodos más dolorosos de los pueblos que registra la Historia, ninguno llegó á impresionarnos tan profundamente como aquel del pueblo hebreo en el trágico momento en que sufrió sed, lográndola apagar con el agua milagrosa que brota de las peñas por la magia de la vara del caudillo.

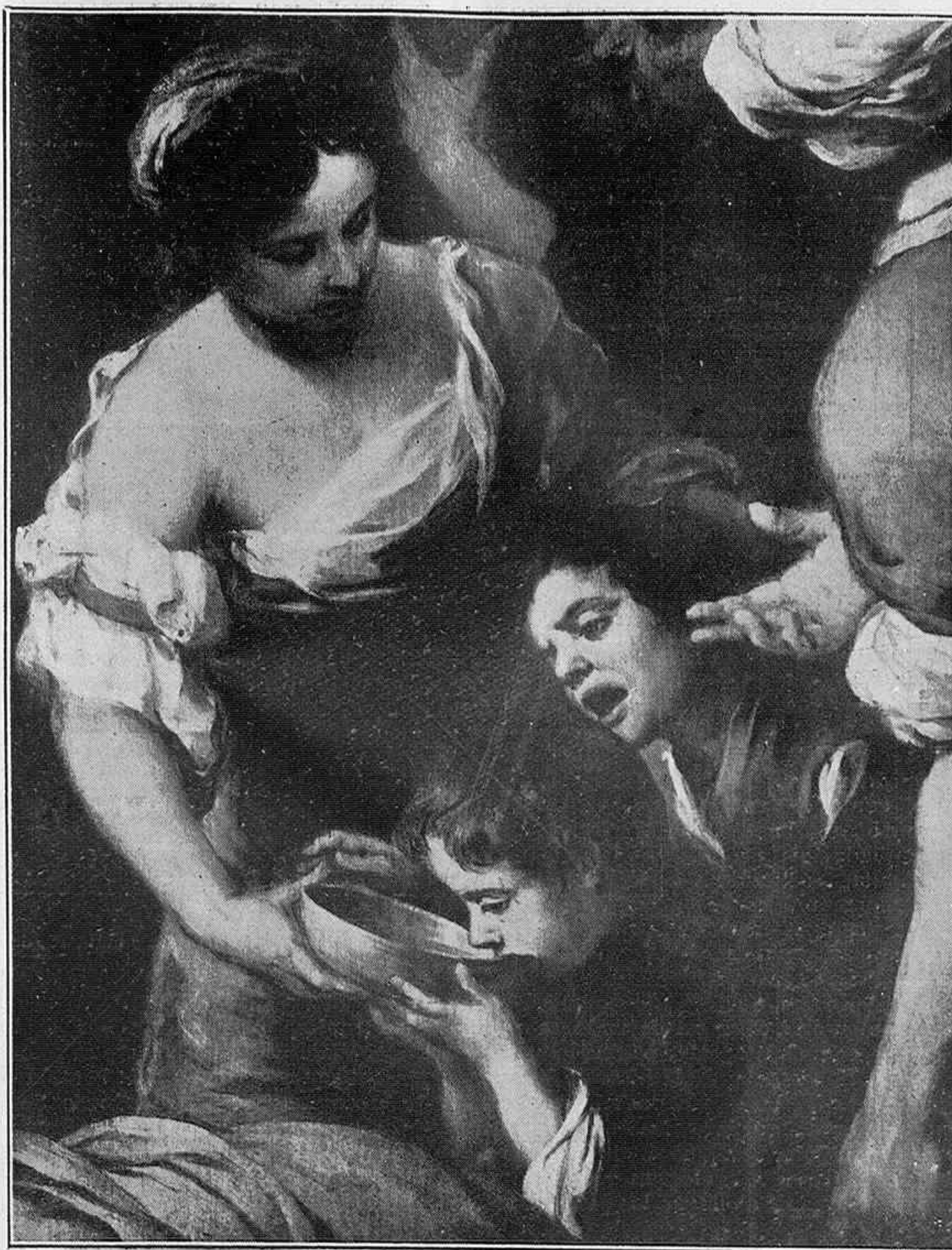
Y pocos lienzos más felices de expresión y de realismo que el de la interpretación de ese milagro por Murillo, que se atesora en la iglesia de la Santa Caridad, de Sevilla. Hay en él figuras que expresan de tal manera el tormento y la angustia de la sed, que llegan á impresionarnos con la más intensa sensación de amargura. Tal es la avidez que se refleja en sus atormentados rostros, de labios sedientos, de ojos tristes y de aflicción infinita.

¡Y cuánta placidez nos comunica, en cambio, el de Rebeca dando de beber á Lázaro, viendo cómo está de pronta y fácil el agua clara dándose á los sedientos caminantes! Nuestra vista se sosiega y nuestro ánimo se encalma en presencia de aquellas nobles figuras que logran satisfacer la sed que las venía agobiando tras un largo y penoso andar por los campos, sin fuentes ni arroyos.

Y cómo, por otra parte, desagrada á nuestro espíritu el recuerdo del desierto, torturante en su inmensidad, de arenas calcinadas bajo el fuego de un sol deslumbrador. Sólo la memoria de un oasis en que una vena de agua cristalina nos promete salvar de la sed á quienes se acercan, devuelve á nuestra alma el bien de la tranquilidad apetecida.

Ningún momento, también, de la Pasión dolorosa de Cristo, que más nos abata y desconsuele, como aquel en que, clavado en la cruz y al tiempo de expirar, exclama que tiene sed, y le dan, para apagarla, hiel y vinagre. ¡Cómo, considerando ese cruelísimo padecer de Jesús, nuestro corazón sufre y se atormenta!

¶ Mas no sólo la sed en nosotros mismos y en nuestros semejantes nos impresiona de aflictiva manera; también la sed en los animales, en las plantas y en la tierra misma nos impre-



Detalle del cuadro de Murillo «La peña milagrosa», en la iglesia de la Santa Caridad, de Sevilla



«Rebeca dando de beber á Lázaro», cuadro de Murillo

siona dolorosamente y nos conmueve. Recordamos á los pajarillos que en los días estivales desfallecen de sed, encontrando la muerte sobre los cálidos campos; hacemos memoria de las plantas, de ramas abatidas, que perecen de sed, y nuestra alma se llena de una angustia dolorosa. ¡Qué acierto más peregrino el de Jorge Gardet en su grupo escultórico de *La sed!* ¡Con qué realismo están en él expresados la tortura y el afán en aquellos animalejos sedientos al borde de una fuente de agua escasa!

Y hasta en presencia de una tierra sedienta, una sensación de amargura nos conmueve. Pocos espectáculos más desconsoladores que el del terral, duro y seco, polvoroso y sediento, desprovisto de la gracia del verdor y del agua fresca y pura. Campos son estos atormentadores y tristes, aunque un cielo sereno los cobije y un sol resplandeciente los inunde de su esplendor. Nuestros ojos los contemplan con la desazón de encontrarlos en la más penosa desgracia.

¡Angustia de la sed, cuán honda y desconsoladora!

J. MUÑOZ SAN ROMAN



CÁMARA-F.14



## VISITANDO UN PALACIO

## EL ESPIRITU DE LAS COSAS

RÍTMICAMENTE, cada diez minutos un guía abre la puerta vestibular y entra en el palacio un grupo de profanadores de estancias augustas...

*D'abord la chapelle.*

Un oído sutil, hiperestesiado por los recuerdos, percibiría, tenue, rápido rumor de gentes en huida...

*Frou, frou,* grave y tenaz, como un pedal de órgano, de sedas pesadas en faldas amplísimas; chasquidos tenues que son choques de los espadines de corte con los áureos recamados...

¿Queda un olor mínimo, como de vaho húmedo de bodega desalquilada?

El guía, recitando mecánicamente, fonógrafo con apariencia humana, su prédica, es como un *pion* de liceo provinciano, que, pensando en otra cosa, va dejando caer, plomo derretido, sobre sus oyentes páginas y páginas de la historia de Francia, de la historia de Navarra, alguna de la historia de España... San Luis, Enrique II, Francisco I, María Antonieta..., el EMPERADOR..., Josefina..., nombres y fechas, palabras y cifras que no logran evocar a los espíritus que huyeron al llegar los intrusos...

AQUÍ SE CASARON...

Otra lista seca y dura. Enlaces regios. Sacriligos concubinatos de ambiciones en que sonó como una armonía hórridamente discordante la epístola de San Pablo que habla de amor.

EN EL FONDO, LA TRIBUNA OFICIAL DEL REY...

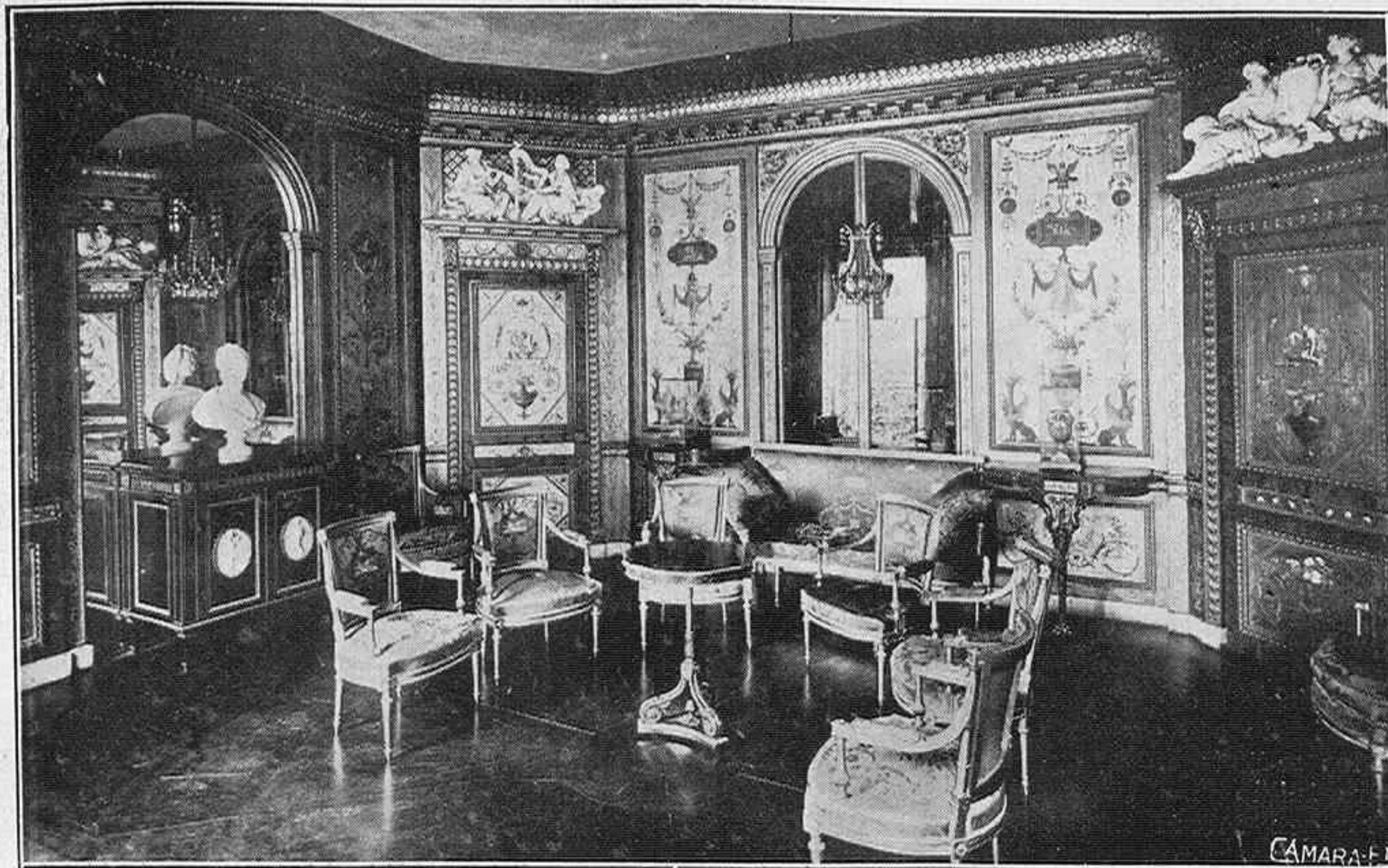
Demasiado grande para instalar un jazz.

¿Un cine? El altar de la Santísima Trinidad quedaría bien cubierto por la pantalla. La tribuna podría ser una «Primera galería»; pero el local es demasiado pequeño. Allí donde cupo tan gran parte de la Historia de Francia, no cabe un negocio moderno bien financiado.

ET MAINTENANT, VOILA LE CHAPEAU DE L'EMPEREUR

El sombrero del Emperador. Alfredo de Vigny lo dijo: «Si no podemos poseer la cosa sustituyámosla por el símbolo.»

Cuando José I no lograba afirmar su trono en Madrid, el sombrero y las botas de su hermano llegaron, fra-



«Boudoir de María Antonieta y más tarde de la emperatriz Josefina.

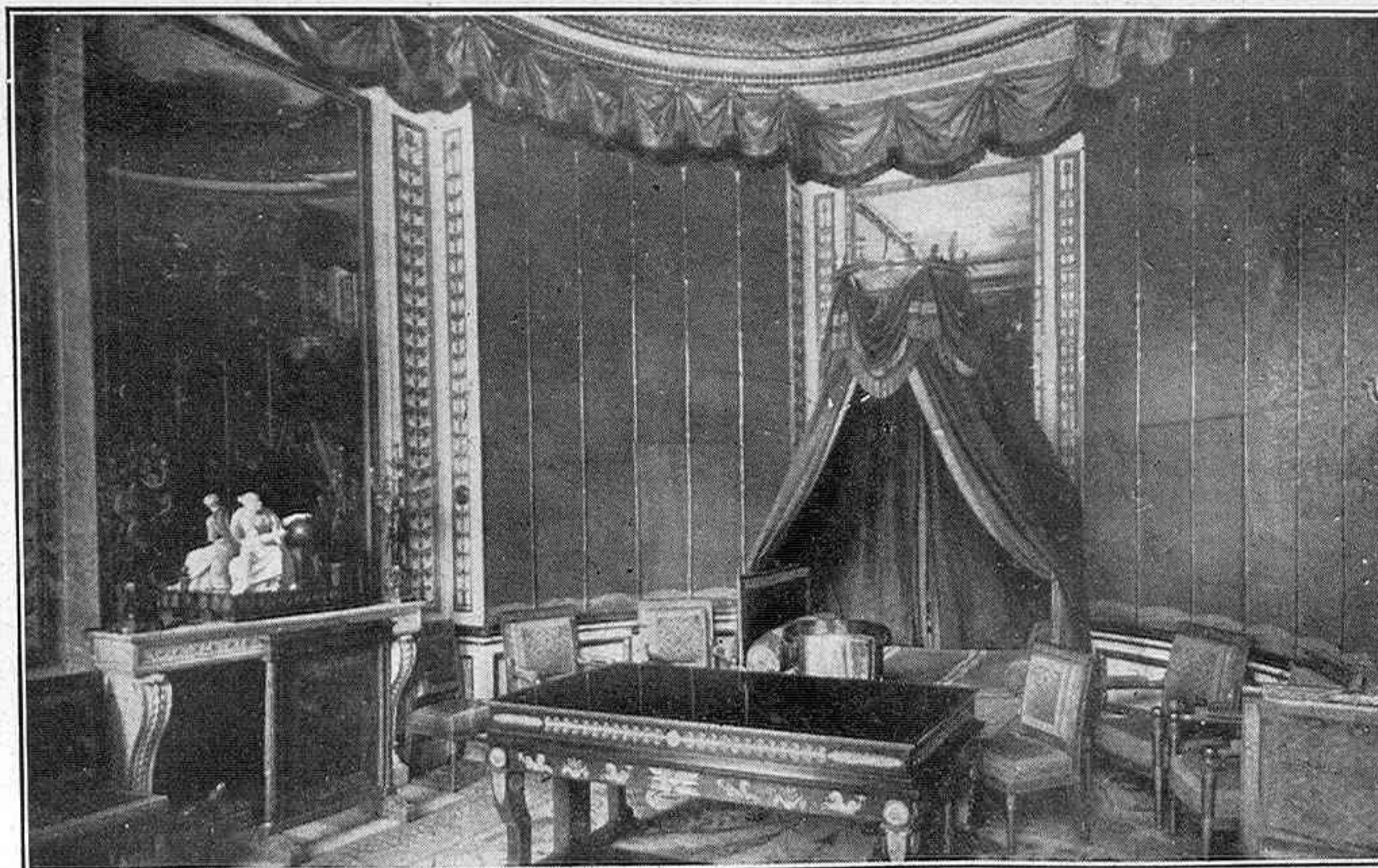
ternales, para convencer a los madrileños.

Viaje inútil. ¿Fue este mismo sombrero? Probablemente, no; el guía le sitúa en el tiempo un poco más tarde..., después de Santa Elena... ¿Queda algo de los pensamientos humanos en el sombrero que los cobijó? Napoleón creía en las videntes, y tenía a su servicio una sonámbula profesional. ¿Por qué no creer que una bruja efectiva podría arrancar su misterio al enorme y característico cubrecabeza?

Entretanto, si nada nos dice de la mente de Napoleón, oigamos lo que nos hace saber de la mentalidad media del pueblo francés...

GABINETE DE TRABAJO DE «EL EMPERADOR»

Paradoja de las paradojas; el mueble dominan-



Gabinete de trabajo de «El Emperador»

te en el gabinete de trabajo es el minúsculo lecho de campaña; un lecho paradójico también que habla de insomnios más que de reposos.

La Historia nos lo había dicho ya: Napoleón no dormía.

El gabinete de trabajo, con su lecho incómodo, a dos pasos del lecho suntuario y suntuoso que se alza, como un enorme catafalco, a la vieja usanza en la alcoba inmediata, es también un símbolo. Tal vez la razón de que Francia republicana y a veces con veleidades comunistas siga siendo napoleónica. En el continuo desvelo heroico, el EMPERADOR iba plantando la bandera francesa cada vez más lejos en los ámbitos del mundo representados en la carta, y el pueblo francés sigue

amando por gratitud... A menos que las naciones, como las mujeres, se rindan, aparentemente volubles, al dolor como a la gloria y la fortuna.

¿Está tan cerca del gabinete de trabajo el gabinete de la abdicación en que pone una nota escalofriante el velador en que el gran corso firmó su primera renuncia!

ET VOICI LA CHAMBRE DE L'EMPEREUR

A un lado, la cuna ostentosa del Rey de Roma. A otro, el enorme lecho, constantemente vacío, del coloso.

Lecho de rey que contrasta reciamente con el lecho de soldado caviloso é insomne. Para subir a él, una gradilla de tres peldaños con tapicería *assoyti* a la del lecho mismo.

La cama de campaña, precursoramente enana, como un lecho moderno, parece hecha para que el cuerpo fatigado, sin fuerzas, caiga materialmente en ella cuando el espíritu deje de imponerse a la materia.

El lecho suntuario en aquellas estancias que fueron tantas veces propicias al amor, es como un monumento arcaico a una molición mal comprendida. ¿Quiere decir su escalierilla que para reposar hay que elevarse?

Con menos pompa, sin pompa en absoluto, Napoleón estaba mucho más alto cuando, insomne y fatigado, pretendía descansar en el lecho enano de campaña.



## GABINETE DE LA ABDICACIÓN...

Si fuese cierto que los espíritus hablan por boca de los veladores, ninguno podría ser más elocuente que aquel en que el EMPERADOR firmó su renuncia del trono tan trabajosamente logrado y sostenido.

El espíritu, en el momento supremo, imprimió seguramente á la mano vibraciones intensas que el velador, como esos aparatos de precisión que usan los psicólogos, debió registrar.

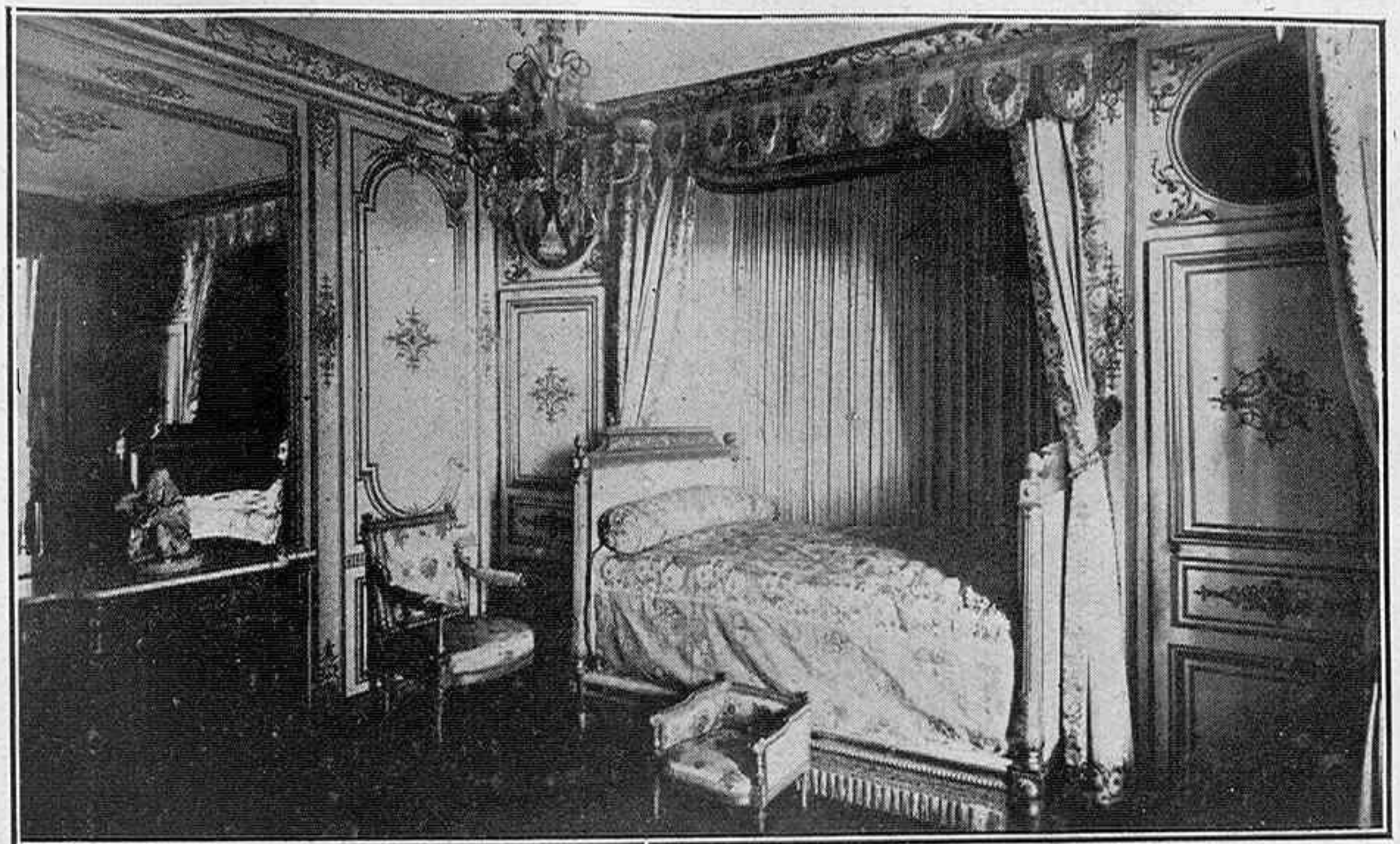
Se siente el deseo de poner sobre él la aguja fonográfica y hacerle que gire.

Oiríamos entonces el tremendo drama de las pasiones en conflicto en el coloso vencido. Algo tan intensamente real y tan dolorosamente humano que eclipsaría á las más trágicas ficciones de Lope, de Calderón y de Shakespeare. Si vale recordar, para variarle el viejo tópic, diré que las grandes tragedias son mudas.

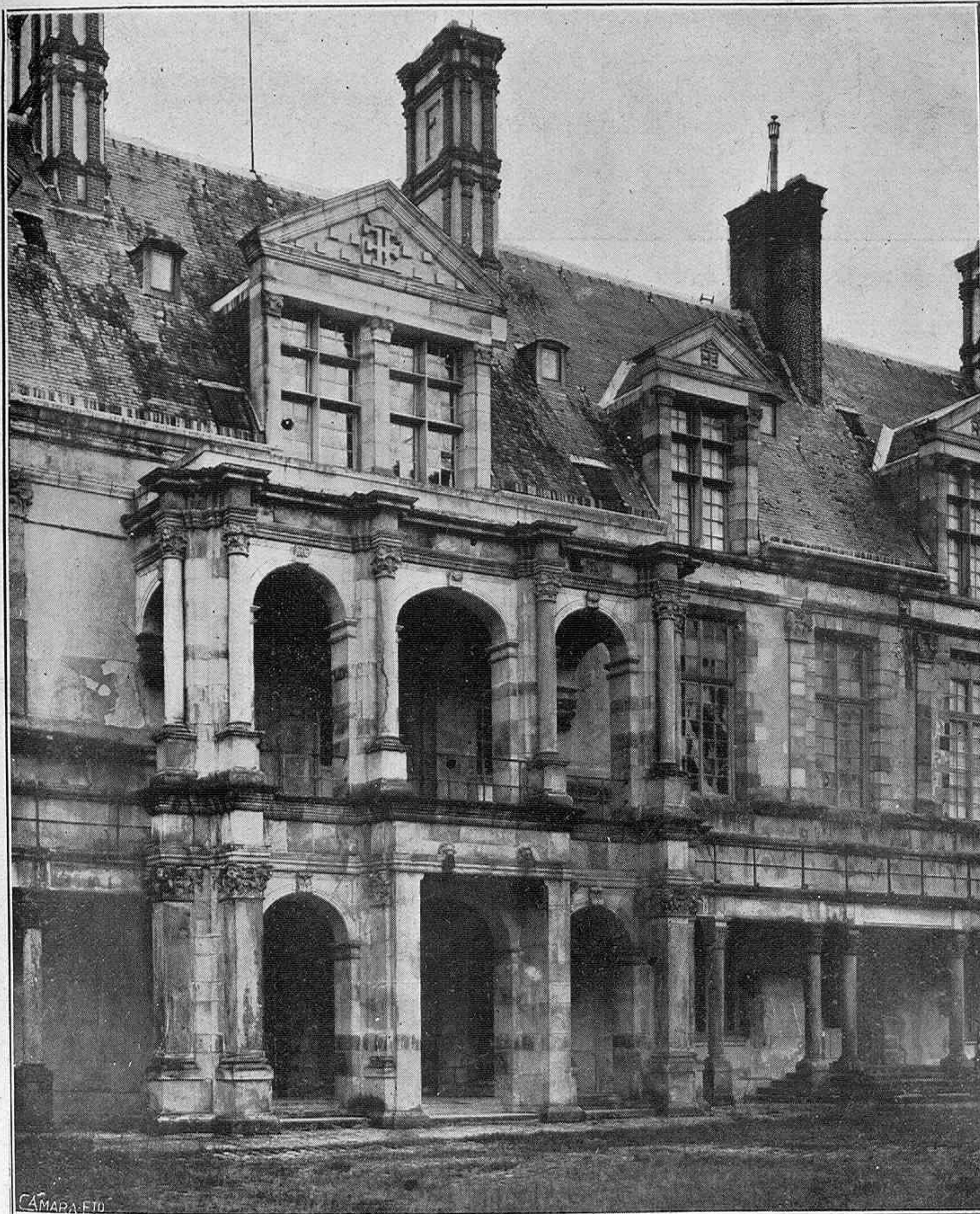
Pero el velador calla; sólo suena la voz blanca, sin matices, del *speaker* que nos invita á ver en la biblioteca el borrador de la abdicación.

Allí está, en efecto; pero profundamente encerrado en una vitrina que le roba á nuestra inquisición grafológica.

¿Para qué seguir buscando á los espíritus que huyeron presurosos cuando profanamos la capilla alzada sobre el lugar en que oró San Luis?



Alcoba de Mme. de Maintenon, amiga primero y esposa secreta después de Luis XIV



Puerta de entrada al castillo de Fontainebleau

## HABITACIONES DE MARÍA ANTONIETA

La voz del guía sigue cayendo como agua de una fuente malsana que hiela el corazón y no calma la sed.

Un detalle del decorado parece detenerla y darla un intenso color sugestivo rompedor del misterio.

«Lo encargó María Antonieta; pero lo estrenó la emperatriz Josefina.»

María Antonieta, *tout court*, la emperatriz Josefina. Huéspedas de un día en aquellas estancias que la historia pretende momificar con apariencias de cosa viviente y perdurante.

Filosofía de la Historia y filosofía de la vida llegan así á su centro común; Fontainebleau es solo un hotel más y más lujoso de viajeros en un turismo tremendamente desalentador.

El eterno viaje de los seres humanos sumido en el tiempo, en la infinita grandeza del eterno rodar de las horas, se pierden y se esfuma, aun tratándose de vidas tan grandes como la de Napoleón ó tan trágicas como la de María Antonieta, en esa vulgar sucesión de huéspedes efímeros en una hospedería más solemne y perdurable que un *palace* moderno. Castillos que huelen á sangre y á dolor y enseñan, si no al turista, al viajero, al hombre, cuán poco vale, efímera y casi estéril, la existencia humana.

La Maintenon sucediendo á la Montespan; la emperatriz Josefina pasando las veladas en el *boudoir* de María Antonieta...

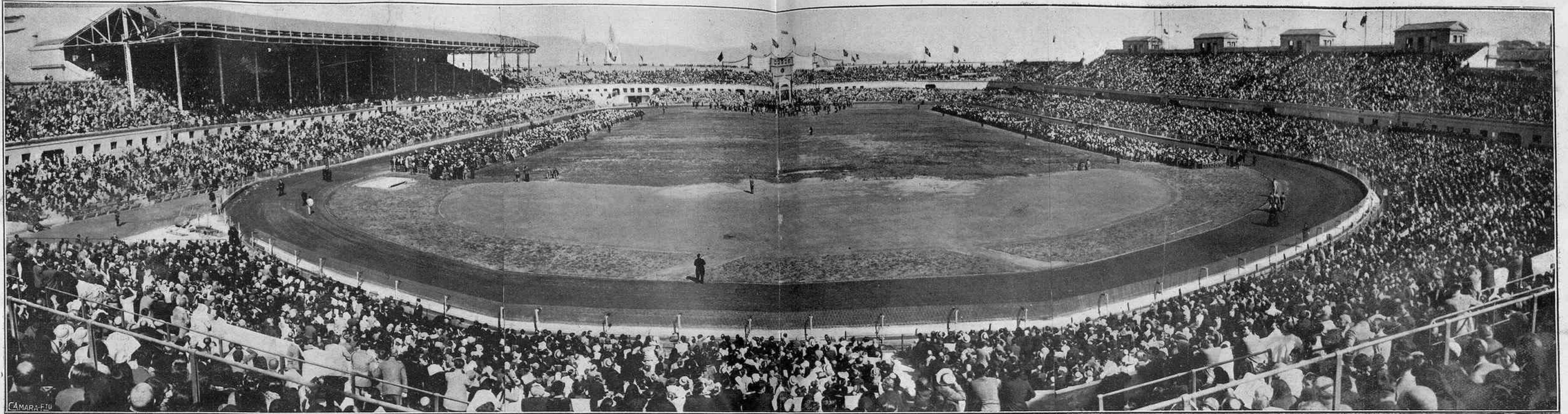
El sombrero simbólico de *El Emperador* á cien pasos del borrador de la abdicación... Esplendor y decadencia de las grandes figuras que detienen nuestra mirada inquisitiva cuando hojeamos libros de historia. Dinastías que surgen, dinastías que desaparecen. Desde la ventana del mar perdurable de los castillos históricos, podrían ser repetidas cada noche las palabras de Orosio en el último acto de *Realidad*.

¿Vale la pena de seguir visitando? ¡No! Salgamos para que vuelvan los espíritus que huyeron.

Pero, ¿cómo salir? La ronda sigue; el guía no perdona una estancia. Correría el riesgo de perderse en el dédalo histórico, roto el hilo de la relación trabajosamente aprendida. El girar de la noria humana sobre el pozo seco nos prendió una vez más. ¡Hay que seguir girando estérilmente! Dejemos al cuerpo que torne con la masa, y dejemos al espíritu que vuela en busca de los espíritus que huyeron.

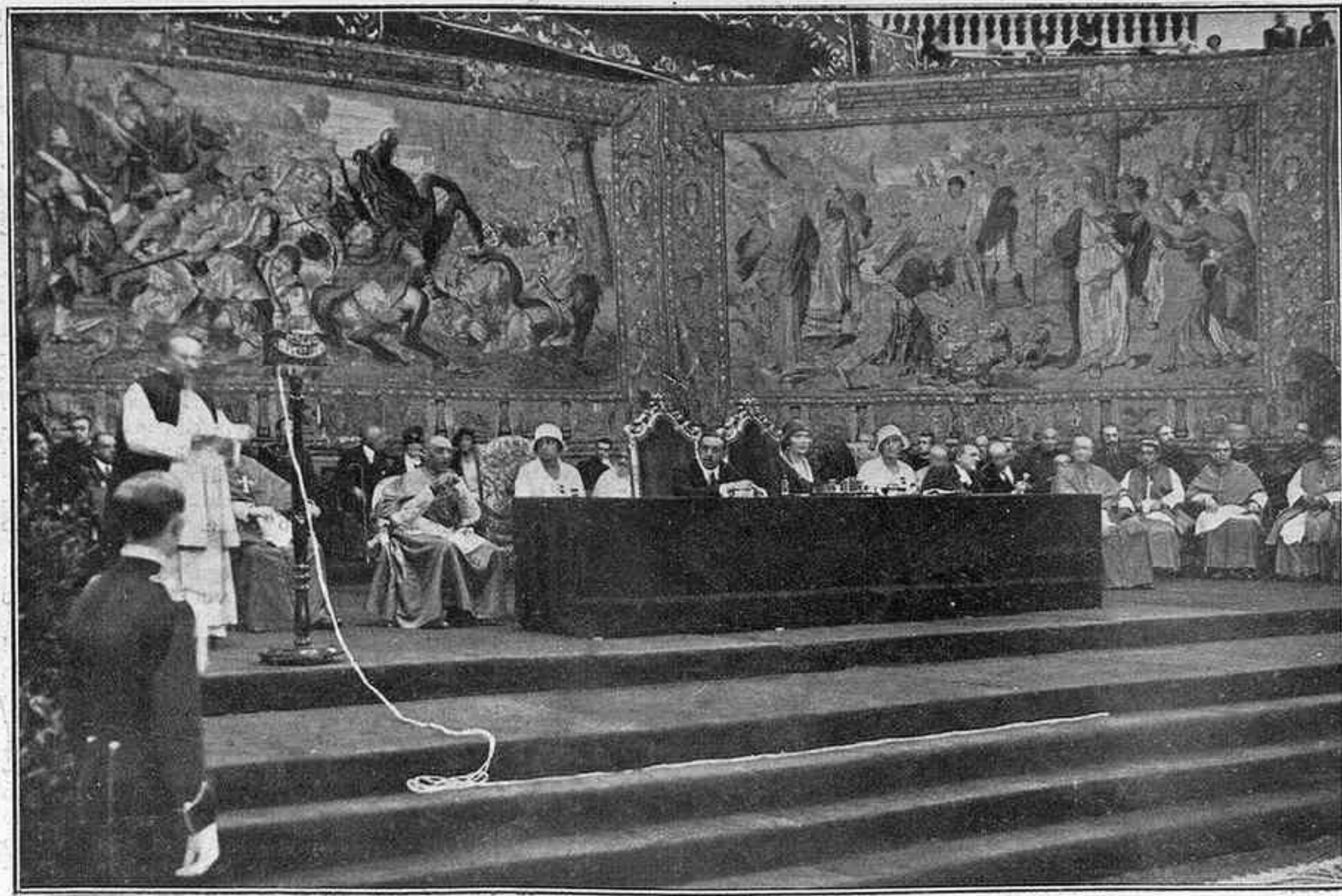
SANTIAGO HERRERA



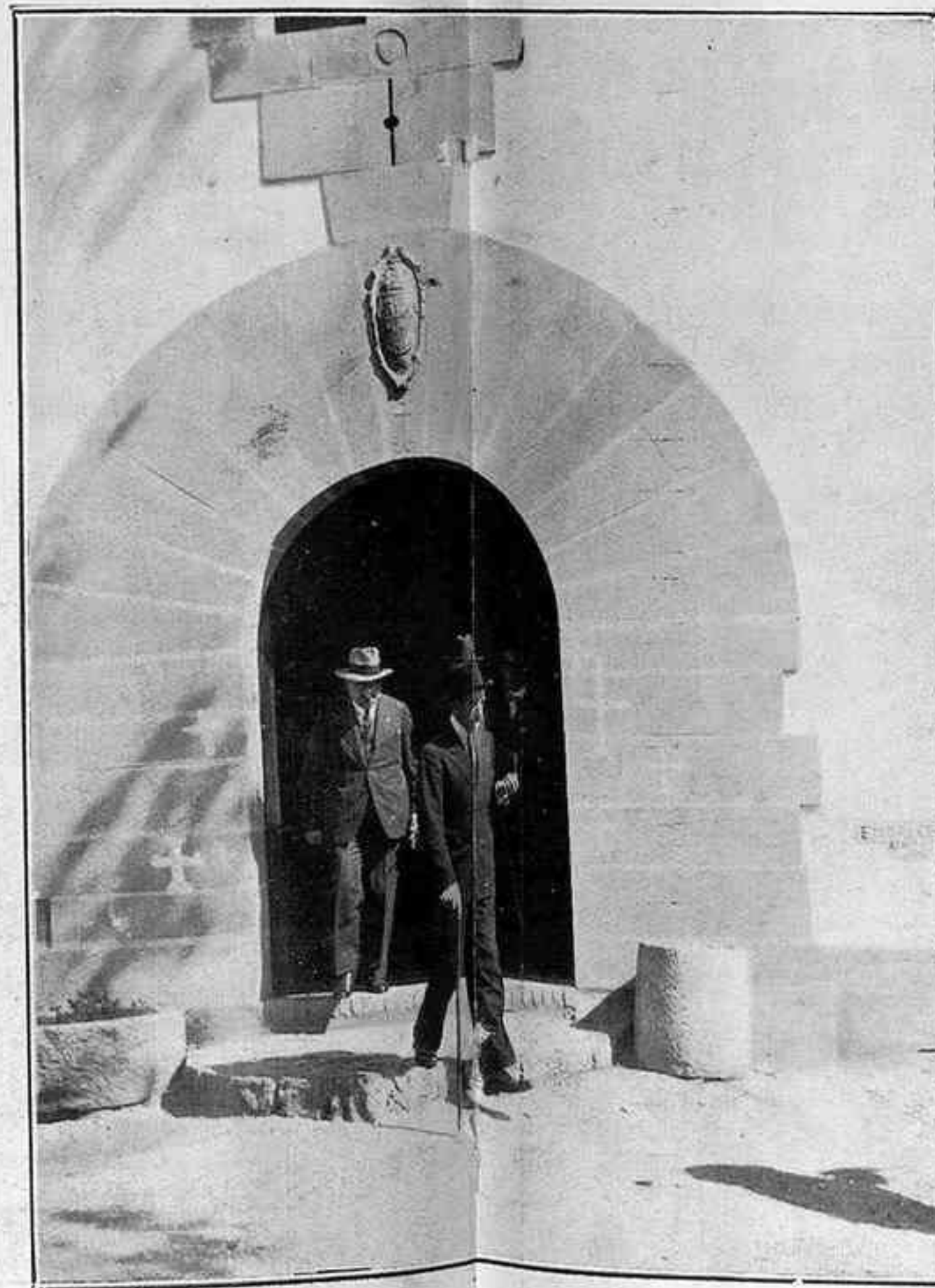


Aspecto imponente que ofrecía el magnífico Estadio de la Exposición de Barcelona, durante la solemne Misa Pontifical que fué oída por Sus Majestades y Altezas Reales, y más de sesenta mil espectadores que llenaban todas las localidades del amplio recinto

### El Congreso de las Misiones y la Misa Pontifical en el Estadio de la Exposición



Barcelona.—Sus Majestades D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Victoria, acompañados de Sus Altezas las Infantas D.<sup>a</sup> Beatriz y D.<sup>a</sup> Cristina, presidiendo la solemne sesión de clausura del Congreso Misional celebrado en el Palacio Nacional de la Exposición



Barcelona.—El Monarca saliendo de la visita que hizo a los ganaderos  
(Fots. Gópar y Sport)

### De la estancia de Sus Majestades y Altezas Reales en la Ciudad Condal



Barcelona.—La Real Familia durante la Misa Pontifical celebrada al aire libre en el Estadio de la Exposición, á la que asistieron más de sesenta mil fieles



## SEMANA TEATRAL

## DOS ESTRENOS TÍPICOS - CALVO, AL ESPAÑOL

Dos estrenos muy característicos hemos presenciado durante la semana á que se refiere esta crónica: el de *¡Tararí!...*, de Valentín de Andrés, en Lara, y el de *Seis pesetas*, de Luis de Vargas, en el Cómico.

Si hemos de juzgar por esas dos obras, nada más antitético, en cuanto á orientaciones teatrales, que sus autores. Luis de Vargas, joven aún y con escaso, aunque muy perdurable, repertorio, es el prototipo del autor viejo, que, según la fraseología de la época á que corresponden sus comedias, conserva cuidadosamente sus moldes; Valentín de Andrés, joven también, pero con obra literaria realizada antes de llegar al teatro, es el prototipo del autor nuevo que busca en el género dramático un medio de más intensa y amplia difusión de ideas. Luis de Vargas tiene por respetables, y cuenta con que su público querrá respetarlos también, todos los viejos convencionalismos escénicos y sociales. A Valentín de Andrés, por el contrario, le parece que no todo está bien en la sociedad en que vivimos ni en el teatro de que disfrutamos.

Para Luis de Vargas, el teatro es un fin; para Valentín de Andrés, el teatro es un medio. El



LUIS DE VARGAS

Autor de la comedia «Seis pesetas»

autor de *Seis pesetas* ha buscado, evidentemente, ideas, ó, por lo menos, frases que puedan parecerlo, para rellenar lo que los franceses llaman un *canevas*, y nosotros podríamos llamar un cañamazo preconcebido: la armazón de una obra apriorística. Valentín de Andrés tenía, evidentemente también, cosas que decir, y las ha colocado sobre un cañamazo tejido *a posteriori*. Luis de Vargas es un constructor de comedias que, prolongando el simul de la construcción, podríamos llamar «de vecinos» ó «de venta»: comedias como esas casas con arquitectura «de bazar», igual para todos, en cuyos pisos, como nichos, nadie prevé quién dormirá. Valentín de Andrés ha construido una comedia con personalidad, infinitamente menos acomodaticia; pero que, sin embargo, pareció muy habitable al público de Lara, que, por lo visto, no es ya aquel famoso público burgués para el que se inventó aquel no menos famoso teatro digestivo.

•••••

¿Por qué? Pensando con el máximo optimismo, debemos creer que el público de Lara ha evolucionado hacia un teatro de más enjundia ética y social, y que gusta de oír verdades más ó menos crudas, en lugar de chistes y agudezas, discreteos vulgares todo lo más, sin más finalidad ni trascendencia que la de pasar el rato.

Un escéptico pensaría, seguramente, otras cosas: que el público de Lara, en esta temporada «extraoficial», no es público blanco, y, por lo menos, muy desvaído de las temporadas oficiales;



Una escena de la comedia «¡Tararí!...», original de Valentín de Andrés, estrenada en el Teatro Lara (Fot. Piortiz)

quizá, más pesimista aún, que fueron sólo los chistes y agudezas—sin verle la sátira, sino lo más superficial y gordo—lo que los espectadores vieron y aplaudieron de *¡Tararí!...*

Aun admitiendo esta interpretación un poco ofensiva para el público, y que no creo justa, sería perfectamente lógico aplaudir á Valentín de Andrés: el teatro que ha pretendido tener consistencia ideológica ha sido generalmente, en nuestra dramaturgia de secano, un teatro enfa-

doso, insoportable, en que la forma bastaba para quitar fuerza y vigor á las ideas, aun en el caso más general en que no carecían de ella por ser manidas y gastadas. Valentín de Pedro ha hecho una comedia para todos que, en el caso más desfavorable, tiene dentro una comedia para algunos. Ninguna obra humana puede tener, con motivo, la pretensión de ser comprendida por todos.

Hoy, como en el remoto ayer, el autor, al es-



Otra escena de «¡Tararí!...»

(Fot. Piortiz)



cribir la última palabra de su comedia, debe decir: *qui potest capere...*

Vista en su integridad, *Tararí!*... es una comedia hondamente revolucionaria, no naturalmente, porque en este caso menguado no estaría tan bien contra un régimen político, sino contra más hondos males sociales. Podríamos decir que, sobre todo, contra la imposición de dogmas, por cosa tan distinta de la fuerza de la razón como la fuerza armada. En un plausible primitivismo guñolesco, el gendarme viene á ser la víctima final y definitiva.

Para decir lo que pensaba Valentín de Andrés, ha tenido la feliz idea de contraponer la razón—la razón de la mayoría—á la sinrazón—la razón de los menos—, y llevar las cosas de tal modo, que finalmente los encargados de imponerla no sepan discernir cuál es la verdadera razón. Ante una casa de locos, el «príncipe del terror»—André de Lorde—sólo hizo una comedia grandguinesca; Lorde mismo, con Binet, un drama de honda enjundia psicológica; Benavente, un cuadro de fina sociología...; comedias de locos han hecho muchos; pero Valentín de Andrés ha hecho una, que no es una más, para enseñar á los más reflexivos que harán mal si se envanecen de su razón, porque, al fin, también en la vida es todo convencional.

•••••

Luis de Vargas no es, ni tiene obligación de ser, un revolucionario. *Seis pesetas* es una comedia de un optimismo muy burgués, del optimismo de que ya protestó hace un siglo, ó poco menos, el poeta, diciendo: «Dios premia al bueno; pero viene el malo, le quita el premio y le sacude un palo.» En el teatro de Luis de Vargas, el telón cae antes de que el malo realice ese colmo de in-



Caricatura de Ricardo Calvo, por Fresno

justicia. Es posible que la vida no sea así; pero, ¿por qué hemos de seguir pidiendo al teatro que sea reflejo de la existencia? Conque sea tal como ambicionaríamos que fuera, ya puede proporcionarnos buenos ratos.

Al público del Cómico le gusta, evidentemente, ese teatro; pero cabe la duda de si le gusta en sí y por sí, ó porque le interpreta Loreto Prado.

A mi juicio, Loreto Prado tiene mucha culpa—si hay pecado—en que así sea: en torno suyo hemos visto sostenerse, por la magia de la actriz, muchas cosas absurdas. *Seis pesetas* podría tener, con más razón que ese rótulo, el de *Charito*. Charito es, efectivamente, toda la comedia, y Charito es Loreto Prado; Chicote y Castro, sus dos *partenaires* principales, tienen esta vez papeles sobrios, que además, y eso es también plausible, han sabido interpretar con sobriedad, demostrando, cuando la casualidad les ha dado ocasión, que son positivamente dos actores, y no dos payasos, como algunos autores les hicieron parecer. ¡Lástima que Loreto, Chicote, Castro, y con ellos, María Luisa Romero, Costa y Paquito Melgares, sean víctimas del patrón y el molde, los dos enemigos capitales de todo buen arte escénico!

Luis de Vargas, sin embargo, puede considerarse triunfador: el público llenará el Cómico muchas noches, reirá y aplaudirá, aunque á veces todo aquello pese. ¿Qué más puede pedir un autor tranquilo y apacible?

•••••

Ha surgido, como todos los años, ó poco menos, el problema del Teatro Español: Díaz de Mendoza no regresará de América hasta mediados de Noviembre, y el teatro municipal no puede estar cerrado.

Afortunadamente, el problema tiene una solución inmediata y elegante: Ricardo Calvo hará una temporada, y el Teatro Español tendrá, durante unas cuantas semanas, su repertorio natural y legítimo.

Ricardo Calvo es, no hay que repetirlo, el mantenedor de las tradiciones de nuestro gran teatro: clásicos y románticos tienen en él su intérprete único, ó poco menos, entre los actores actuales, y su fina percepción artística le hace seleccionar un admirable repertorio.

Ricardo Calvo tiene perfecto derecho para hacer en el Español no sólo esa campaña efímera, interina, sino otras más prolongadas y definitivas. Cuando se recuerda aquella temporada en que el gran actor era figura integrante y culminante de la Compañía Guerrero-Mendoza, para estrenar *El Dragón de fuego*, por ejemplo, viene al espíritu una pregunta, que en Francia ha servido de divisa para grandes empresas: ¿por qué no? Se habla constantemente de la indisciplina, de la incompatibilidad y aun de la megalomanía de nuestros actores; pero esos vicios, y aun podríamos decir esas enfermedades, que son como

el sarampión de la infancia, enfermedades de los primeros tiempos de vida artística, no pueden afectar ya ni á Fernando Díaz de Mendoza ni á Ricardo Calvo: cada uno de ellos tiene su personalidad sólida y perfectamente definida, perfectamente intercambiable también. Juntos ó separados, el uno seguirá siendo Fernando Díaz de Mendoza, y el otro, Ricardo Calvo.

Tampoco serían incompatibles. Por fortuna, el campo de nuestra literatura dramática tiene suficiente amplitud para que en él quepan, con terreno sobrado, las tiendas de todos nuestros buenos actores, y en una Compañía como la propia del Español hacen falta, si su repertorio ha de tener la necesaria flexibilidad, más de dos matices diversos.

Pero, ¿para qué discurrir sobre lo que pudiera ser? Conformémonos con aplaudir lo que será, señalando como digna de encomio la presencia de Calvo en el Español, aunque sea efímera. Seamos optimistas, y pensemos que tal vez sea ése el mejor camino para que llegue á ser definitiva.

Con ello ganaría el arte; pero también ganarían—todo hay que decirlo en estos tiempos, forzosamente positivos—los actores. Ricardo Calvo tendría quizá más útiles colaboradores, y su labor, excelente ya, podría serlo más y ganaría la fuerza misma que ganara la réplica, muy acrecentada.

Pero... dejemos al mundo correr, y conformémonos ahora con aplaudir el propósito actual.

No podría pedirse una solución más afortunada. Por esta vez, el Municipio acertó plenamente.

ALEJANDRO MIQUIS

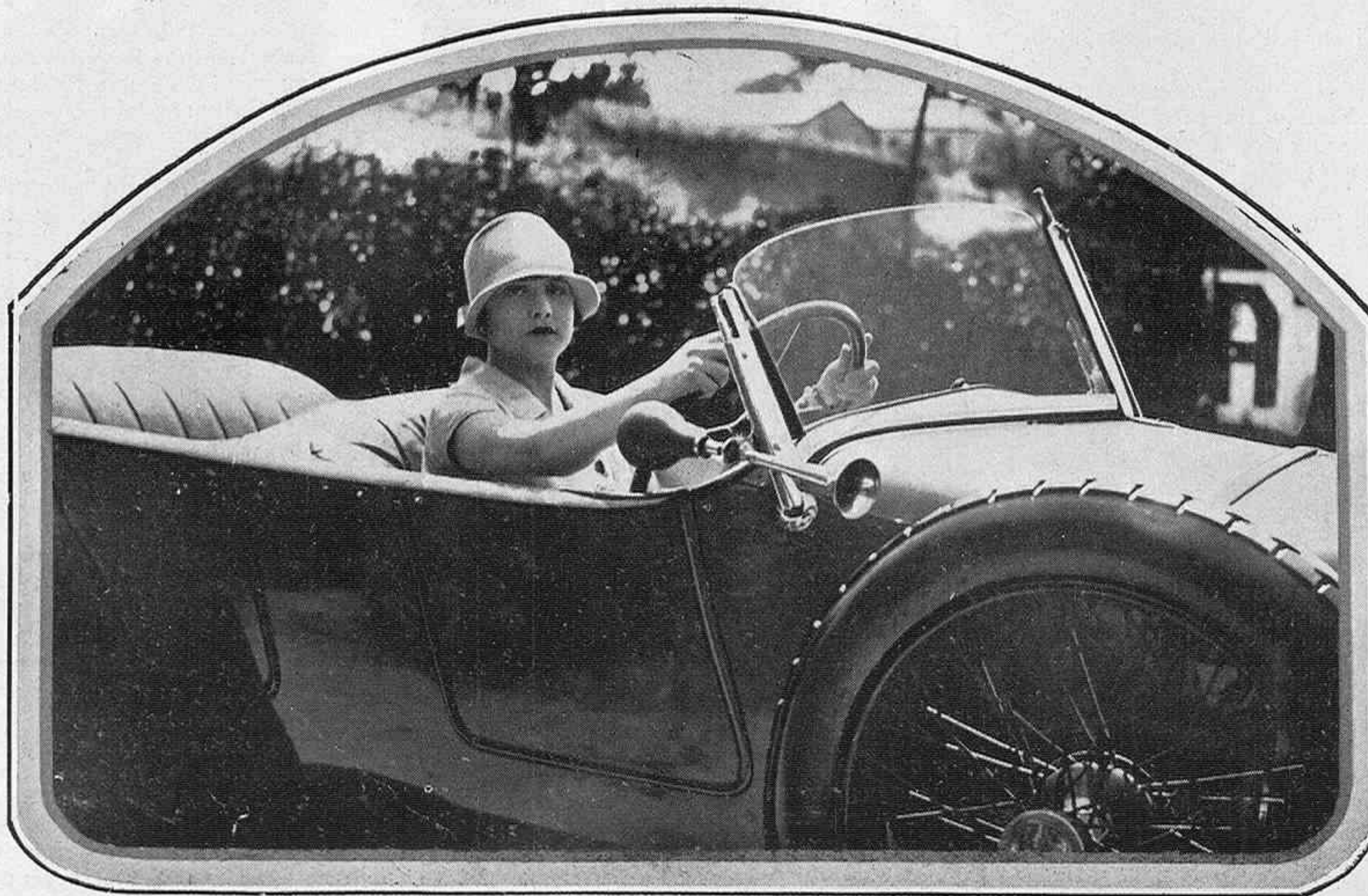


Ricardo Calvo en «Hamlet»



Ricardo Calvo en «Don Alvaro ó la fuerza del sino»





Una «sportman» conduciendo su coche

## LA MUJER-MUJER. ¡QUE NO DESAPAREZCA!

CREO que Thomas Carlyle meditó—nada menos—sobre los modos de vestir. No sé, en este instante, de ningún moralista que se haya tomado el trabajo de conceder excesiva importancia á la vestimenta y á las mil frivolidades á ella anejas.

Y, sin embargo, se me figura que trajes y fruslerías tienen bastante importancia, ya que nos vamos convenciendo de que se debe juzgar á las personas no sólo por su fisonomía, sino por sus atavíos, ó sea por su mayor, menor ó ningún acatamiento á lo que es de última usanza.

Y no digamos nada si se trata de *les gens du monde*, la gente que más bulle y se exhibe. Debieramos fijarnos lo mismo en cómo miran, cómo ríen, cómo lloran y cómo se mueven, que en cómo se visten, para ir luego nosotros de deducción en deducción...

¿Quiere decir que el estudio de los trajes es capítulo esencial de la psicología? Así parece. Ocupándose de esto Hubel Hermant, alega, como prueba bastante expresiva, una en el teatro de la Comedia Francesa, con ocasión del reestreno de la obra *Demi Monde*, coincidiendo su opinión con la de algunos críticos, partidarios de que esta obra debió representarse vistiendo sus personajes según la moda en que el drama se estrenó, hace bastante más de medio siglo. Modas segundo Imperio. Y si la obra, que en su tiempo parecía tan realista y tenía gran novedad, resultó recientemente repleta de convencionalismos y anticuada, aun á los mismos parisenses, fué principalmente por el afán que pusieron sus intérpretes de «refrescarla».

*Naujac* resultaba ridículo, dentro de un *chaquet* del día.

La baronesa *d'Ange* hubiera convencido más llevando uno de aquellos chales de cachemir de la India, por ejemplo, y así sucesivamente. Los deportes, y los trajes que los deportes requieren, tienen asimismo tanta «expresión» como importancia. Unos y otros hablan en pro ó en contra, no lo sé de cierto, de la educación física que hoy entusiasma y que ayer era desdeñada.

Hoy se entienden y practican los deportes de manera muy distinta á cómo los entendían y practicaban nuestros padres, tan contentadizos, por regla general, que solían considerarse satisfechos haciendo gimnasia ó bogando.

Se me figura que en las mujeres es donde se nota más la influencia de las aficiones «deportivas»; influencia que abarca lo mismo su vida física que su vida normal, ya que ahora se les tolera aquello mismo que antes hubiera servido para censurarlas.

Ayer la equitación fué un detalle de educación superior. Hoy han disminuído considerablemente las Amazonas. Hay algunas elegantonas extranjeras que suelen llevar, sin omitir detalle, la vida archiexquisita de *chateau*, ó las Amazonas de los circos. Pare usted de contar.

Vino luego la bicicleta... Las entusiastas del pedal fueron muchas. Parecían las partidarias de la emancipación—¡horror!—; los movimientos, el traje, la valentía eran acusadores de un mal entendido feminismo—¡terror!—, pro-

clamando los grandes progresos del siglo—¡furor! Pero hay que reconocer que el deporte este no prosperó, á pesar de que, según voces que corrían más que la bicicleta, la mujer se propuso demostrar de ese modo que podía llegar á ser una comodísima compañera del hombre; y, además, que si éste concluía por no querer viajar con ella, también ella acabaría por no necesitar de su tutela, ni siquiera de su galantería—¡qué cosas!...

El traje ó disfraz elegido para pedalear resultó enojoso á los hombres, que calificaron de «maniobras inútiles» las ya indicadas intenciones.

En suma: que el deporte ciclista, con ó sin falda, apenas influyó en el porte y en el carácter de la mujer.

En cambio, el automovilismo vino con ímpetus verdaderamente innovadores. Si de las ciclistas murmurábase que no eran bastante recatadas, de las automovilistas se dice, por el contrario, que son recatadísimas, distinguidísimas y elegantísimas. Realmente, en cuanto á recato, en efecto, no cabe mejoría. Con sedas ó con gasas, con abrigo ó sin él, de todas maneras suelen ir muy envueltas en telas, ó *affublées en fourrures*, con gorra, con sombrero, con capucha, con velo ó con anteojos, resultan en sus excursiones tan tapadas, que es difícil reconocerlas.

¿Y el valor y la sangre fría de atreverse á dirigir por caminos difíciles el automóvil, desafiando todo lo que hasta ahora atemorizaba á una mujer? Parecía que la facultad de guiar una mole así debiera estar reservada á los hombres. Todo lo que haya podido inventarse en pro de la psicología experimental para medir, por ejemplo, el tiempo que emplea una sensación en llegar al cerebro y producir un movimiento, quizá no descubra ni valga lo que revela y supone el volante de un automóvil...

¡Dice tanto una accidentada excursión de muchos kilómetros, recorridos sin fatiga, sin vacilaciones ni temor!

Este éxito da ocasión á nuestras contemporáneas para poder presumir de esforzadas y animosas, de una salud á toda prueba, de una rapidez de percepción admirable, de una constancia grande...

¡Inesperado todo ello en el llamado sexo débil!

Las ventajas morales ó sociales de este moderno deporte son importantes.

Aunque se deje al hombre toda la responsabilidad; aun cuando la mujer se contente con ir á su lado, ya es una valiente, puesto que participa del riesgo y de la embriaguez de la velocidad... Todo esto ha ido formando el novísimo carácter femenino; todo esto contribuye á su transformación.

¡Y ahora, y así, es cuando y como surge el verdadero tipo de la mujer que muchos hombres prefieren: «la mujer camarada»!

¿Y la mujer-mujer?  
¡Va desapareciendo!



LILI ALVAREZ  
Gentil tenista, con una elegante «tenue» de tenis

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE





ARTE MODERNO

«Casa solariega», apunte original de L. C. Iborra





Grupo de jóvenes aviadoras que tomaron parte en la carrera intercontinental organizada por el Aero Club de Cleveland. De izquierda á derecha: Edith Folets, Margaret Perry, Mary von Mach, Louise Thaden, Gladys O'Donell, Keith Miller, Bobby Trout, Blanche Noyes, Ruth Elder, Thea Rasch y Phoebe Omlie

## LAS PRUEBAS AÉREAS INTERNACIONALES DE CLEVELAND

# Un nuevo triunfo del autogiro español

**E**STAMOS en pleno reinado del aire.

Los pueblos civilizados se disputan la hegemonía del espacio, y ya son *raids* fantásticos de los más pesados ó viajes trasatlánticos de los más ligeros, proezas que asombran al mundo entero.

En un plazo brevísimo, quizá en quince ó veinte años, las gentes se familiarizarán con los aviones; y cuando el más pequeño pueblo tenga al lado de su modesta edificación el aeródromo indispensable, como ahora tiene los *garages* que dan albergue á los automóviles que lo necesitan, el avión será el instrumento indispensable para la industria, para el comercio, para el turismo.

Actualmente, las grandes fiestas aéreas sirven en todas partes de medio eficazísimo de propaganda. Viendo acometer esfuerzos inasequibles hasta para los mismos pájaros, el pueblo se confía, acepta con entusiasmo el bautismo del aire, y en el noventa por ciento de los casos, cada pasajero que disfrutó de los encantos de un paseo por el cielo, sobre la ciudad que conoce palmo á palmo, por los alrededores que ha disfrutado en

excursiones gratas, es un devoto de los goces del aeroplano y un paladín decidido de los viajes por el aire, más rápidos, tan confortables é infinitamente más sugestivos que á ras de tierra.

Los norteamericanos, que cuentan con una extensa red de líneas aéreas de comunicación, son los más decididos propagandistas de la aviación civil. Recientemente, la ciudad de Cleveland organizó una gran semana de fiestas de aviación, que por su importancia constituyeron un verdadero acontecimiento aeronáutico. Las más altas autoridades de la Armada Aérea prestaron su concurso, y la población de Cleveland pudo asistir á un espectáculo inusitado, maravilloso: por el cielo de la ciudad centenares de pájaros evolucionaron con asombrosa seguridad, hicieron toda suerte de movimientos, y aterrizaron, sin que ninguno sufriera el más leve desperfecto, después de emocionar á la muchedumbre.

No faltaron los *virtuosos* que en el concurso de acrobacias se entregaron á toda suerte de malabarismos, teniendo siempre á las gentes pendientes de las temerarias maniobras,



El autogiro del ingeniero español Sr. La Cierva, tomando tierra en el aeródromo de Cleveland, después de un descenso vertical





Dos escuadrillas de aviones volando sobre la ciudad de Cleveland durante el reciente «derby» internacional. La admirable fotografía permite apreciar el trazado maravilloso de la moderna ciudad

tanto más emocionantes cuanto que, sin tomar tierra, cada piloto, apenas presenciaba la hazaña de otro pájaro, se creía en la obligación de intentar otra audacia más peligrosa.

Las mujeres no podían faltar ya en el programa de una fiesta aérea importante, y el Aero Club de Cleveland reservó á las *girls* que tienen el título de piloto aviador una prueba digna de sus arrostos juveniles: la travesía del Continente norteamericano. De las catorce muchachas inscritas, sólo una sufrió un accidente, que, aunque grave, no puso en peligro su vida. En estas planas publicamos la fotografía de las aeronautas intrépidas, momentos antes de tomar los mandos de sus aparatos en el aeródromo de Clever Field para hacer rumbo hacia Cleveland. Entre ellas, el lector que en otro tiempo haya repasado estas páginas de LA ESFERA encontrará un bellísimo rostro conocido: es el de Ruth Elder, la lindísima norteamericana que el año pasado se lanzó á la travesía aérea del Atlántico. No



El ingeniero español La Cierva, acompañado de Mr. Harold F. Pittairn, momentos antes de iniciar uno de los vuelos que han causado sensacional expectación en Norteamérica

(Fots. Agencia Gráfica y Ortiz)

logró rematar la extraordinaria empresa, pero tuvo la fortuna de salvar la vida; y su paso por nuestra patria conquistó la atrayente simpatía de las gentes, que la rindieron el homenaje doble que se merece la admiración á la belleza y al valor.

En este certamen de Cleveland, donde se han presentado numerosos aparatos de volar, con modificaciones complicadas, con dispositivos extraños, con tentativas innovadoras que señalan los constantes esfuerzos hacia el mejoramiento de la máquina aérea, no podía faltar el autogiro de La Cierva. El curioso avión, que ya decidió el problema del descenso vertical y tiene casi resuelto el del ascenso en brevísimo espacio de terreno, ha confirmado en Norteamérica sus inmejorables condiciones aeronáuticas, la facilidad de su manejo, la sencillez de su dispositivo original—que es el trazo más fuerte y estamos casi por decir que el único serio—, para hacerle el aparato de la navegación civil del porvenir más inmediato al alcance de todo el mundo. Es justo, y es además un orgullo para nosotros, hacer constar que el autogiro del ingeniero español Sr. La Cierva ha sido el aparato que más ha llamado la atención en el mitin de Aviación de Cleveland, y al que los técnicos, sin distinción alguna, han dedicado los más fervidos y extensos elogios.



## EL AÑO HISTORICO

## EL CONDE DE VILLAMEDIANA



«Felipe IV», cuadro de Velázquez

Toros se lidiaban y cañas se corrían en aquella bonancible tarde del 12 de Octubre de 1629, para celebrar la boda de la Infanta D.<sup>a</sup> María, hermana de Felipe IV, de España, con el rey de Hungría, Fernando II. La fiesta popular, y en cierto modo palatina, expandía su regocijo en la famosa Plaza Mayor, ideada por Juan Gómez de Mora y construída por Felipe III en las afueras de la puerta de Guadalajara. Era entonces la plaza, con sus balcones corridos y sus cuatro lados de soportales, el salón de actos de la Villa y Corte, de actos bien contrapuestos, pues lo mismo iluminaban las balconadas los hachones de una fiesta regia, que doraban las pilstras de sus pórticos los resplandores de las hogueras de un auto de fe. Precisamente apenas

iban pasados ocho años, que en otro día del mismo mes de Octubre, el pueblo, atónito, había visto alzarse en el propio y despejado lugar la horrible armazón del patíbulo y visto rodar en él la cabeza del desgraciado marqués de Siete Iglesias, su opresor un tiempo, cuya entereza ante la muerte, por altivez interpretada por la plebe, había hecho nacer una frase que aun sobrevive: «Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca».

¿Quién se acordaba ahora de la tragedia, ante el aire risueño de la plaza, el tremolar de flámulas y gallardetes, las colgaduras de vivos colores de los balcones y los ricos reposteros de la casa de la Panadería, que por algo era uno de los edificios aristocráticos del lugar, el pretorio en que

celebraban sus juntas los regidores, rival del de enfrente en predominio y no odiado como él por el pueblo, que con justicia ó no descontento, murmuraba de éste, que, erigido para Carnicería municipal, adolecía de iguales vicios que las otras dos públicas de la población: la de los hijosdalgos, en que se pesaba sin sisa, y la de los pecheros, en que se pesaba con sisa! También tan irritante diferencia se borraba de la memoria artesana: doce millones de reales costaban las fiestas nupciales. ¡Bah! Los palacios de los magnates se regalaban con el manjar blanco de pechugas de ave; el arrabal y la plebe intramuros tenía su chorizo. ¡A divertirse! *Panem et circensem*, que decían los eruditos de gafas de oro, que sólo hablaban en latín.





«Conde-duque de Olivares», cuadro de Velázquez, existente en el Museo del Prado



La puerta del Palacio de Oñate cubierta de tapices y reposteros

El programa de los festejos era, poco más ó menos, el dispuesto para agasajar al Príncipe de Gales seis años antes, como prometido de la Infanta que ahora se casaba con el húngaro, y que entonces no matrimonió por divergencias cancillerescas entre el conde-duque de Olivares y el conde de Buckingham, que para nada tuvieron en cuenta el corazón de los contrayentes. La diplomacia sólo contó siempre con cabeza, las raras veces que contó. La gentil española y el gallardo magiar, ya esposos. A sus costados, el dulce rostro de la reina Isabel de Borbón y la mandíbula saliente del rey Felipe; detrás, los pómulos «de negro» del valido conde-duque de Olivares; rodeándolos, el marqués del Carpio, el conde de Monterrey, cuñados suyos; don Luis de Haro, su sobrino; D. Baltasar de Zúñiga, su tío... ¿No pasaba por aquellas embotadas mentes cortesanas la enseñanza del muy reciente allí mismo ajusticiado D. Rodrigo? No pasaba... ¡Reían en el decorado balcón presidencial, haciendo obligado eco á las risas de los soberanos!

Dieron juego los bichos, sin detrimento de los diestros, aplaudiéndose la novedad de retirar las reses muertas, las mulillas, y lucieron sus habilidad con las cañas los más ágiles caballistas de la grandeza. Pero la nota de la fiesta fué la de aquel Garrido conde de Villamediana, gozaba fama de valiente, de ingenioso y de enamorado y de gustar de las letras, que no se desdeñaba en cultivar. Los adeptos de Góngora le calificaban de gran poeta, acaso porque el duque

había enviado «al maestro» su cómoda litera, para que se trasladara de Córdoba á la corte. En contraposición, los partidarios de Lope de Vega le tildaban de poetastro. Todo el mundo sabía que acechaba en vano á la virtud de la famosa comedianta la Amarilis, impasible á sus versos y sus

dádivas. Y lo que todo el mundo vió confirmado fué la especie que corría, ha tiempo, por el Mentero de San Felipe... «Esa Belisa á quien el conde dedica la incesante ternura de sus endechas es la reina...»

El murmullo es unánime... Todas las miradas se clavan en la soberana, bellísima aquel día más que nunca... El señor de Tarsis ha aparecido en la plaza, haciendo caracolear su corcel, saludando con suprema gentileza, obligando á arrodillarse á su potro ante el balcón regio... Viste de seda obscura, tachonada su ropilla de monedas de plata de á real y ostenta un significativo lema: «¡Mis amores son reales!» ¿Qué mayor prueba? Es una confesión...

Ido el tiempo, en una tarde de estío, una carroza llega al portalón del palacio del conde de Oñate, emplazado en la calle Mayor, frente á la de Esparteros, al galope de su tronco de mulas.

Apéase un mancebo de la más linajuda nobleza, que pide auxilio al portero y á los criados. Entre todos sacan del coche al conde de Villamediana bañado en sangre. Acaba de recibir un ballestazo de un asesino que se dió á la fuga. Fué junto al callejón de San Ginés. No ha lugar al socorro facultativo.

El prócer se muere.

Allí mismo se le administra la Extremaunción.

El areópago de San Felipe pronuncia su veredicto: el epílogo de la corrida.



Primera esposa de Felipe IV

ALFONSO PEREZ NIEVA



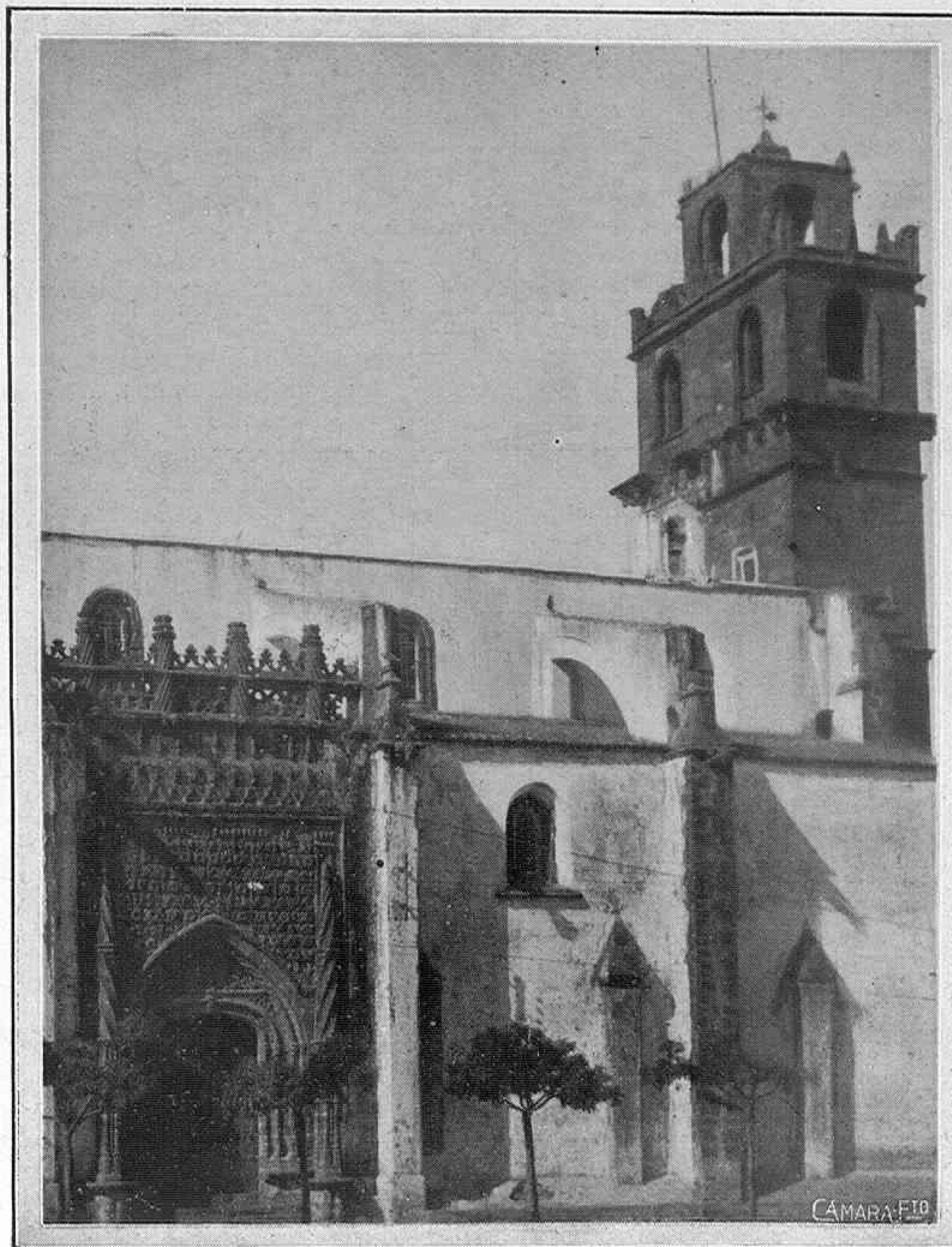




La iglesia barroca de Azuaga.—Espadaña florida y alegre. Toda encalada, hasta las cúpulas, ¡blanca y femenina como un joyel de plata!

## TRADICION ESPAÑOLA ORIGINALES TEMPLOS DE EXTREMADURA

EN toda España es inmensa la riqueza de tipos arquitectónicos que ofrece la Iglesia. En la construcción del templo ha puesto el pueblo tanto desinterés y tanto amor que bien puede decirse que sirve para valorar su capacidad artística y su originalidad. Prescindiendo de las catedrales, donde aparece ya una intención menos local, es curioso y tiene su encanto ir viendo cómo han dado forma los pueblos, hasta las pequeñas aldeas, á ese ideal colectivo. Alguna vez—muchas—acudieron á constructores de fuera, que dieron un modelo repetido indistintamente en cualquier región y que con mayor ó menor fortuna cumplieron su encargo. Otras se atuvieron á los recursos y elementos propios levantando edificios que concuerdan con el género de construcción civil. Esas iglesitas vascas, sin torre, puesto que basta la espadaña, pero con atrio cubierto, son la forma natural del templo aldeano y armonizan maravillosamente con el suelo, con el cielo y hasta con la figura é indumento de los fieles. Las iglesias románicas del Noroeste—pequeñas, macizas, tan prendidas sus raíces de piedra en la tierra fecunda que acaba por fundirse con ella y ser entre roca y tronco—han tenido unas sucesoras locales en santuarios gallegos, como el de Masoncos, de Castroverde, Lugo, tal como aparece en el aguafuerte de Castro Gil, arquitectura popular, barroca, como tallada en ma-



Iglesia parroquial de Azuaga.—Portada gótica; torre ruda de aspecto castrense

dera, de líneas rechonchas, que les da carnalidad y gracia infantil. Y esas ermitas adustas que aparecen en la Sierra, á orilla del camino, casi siempre más bajas, mostrando el tejadillo y el esquilón, escuetas, pobres, como cabañas de pastores. Y esos santuarios andaluces que parecen cortijos, alegres, encalados hasta las campanas, rodeados de una vibración azulada hecha de su propia blancura y de la fuerza de la luz...

Sin salir de una sola región—Extremadura—encontraremos diversidad y originalidad realmente singulares. Cierto que Extremadura es la región de las sorpresas y que no es posible dar un paso por ella sin encontrar cosas nuevas, formas modestas, que no deslumbran como prodigios de arte universal, sino que se limitan á ser bellas, á tener personalidad.

Podría traer aquí como prueba de una creación magnífica las torres de Jerez de los Caballeros—la parroquia de San Miguel, ó San Bartolomé—, hermanas de las mejores torres mejicanas, modelos de la arquitectura colonial; pero no quiero acudir sino á lo más genuino. Plasencia, Cáceres, Coria, Olivenza, todas las ciudades históricas tienen soberbios ejemplares que no son de arquitectura extremeña, sino española. La caracterización se la da el contorno. A veces la yuxtaposición de estilos. Otras, el abandono ó el enlace con construcciones de tipo urbano.





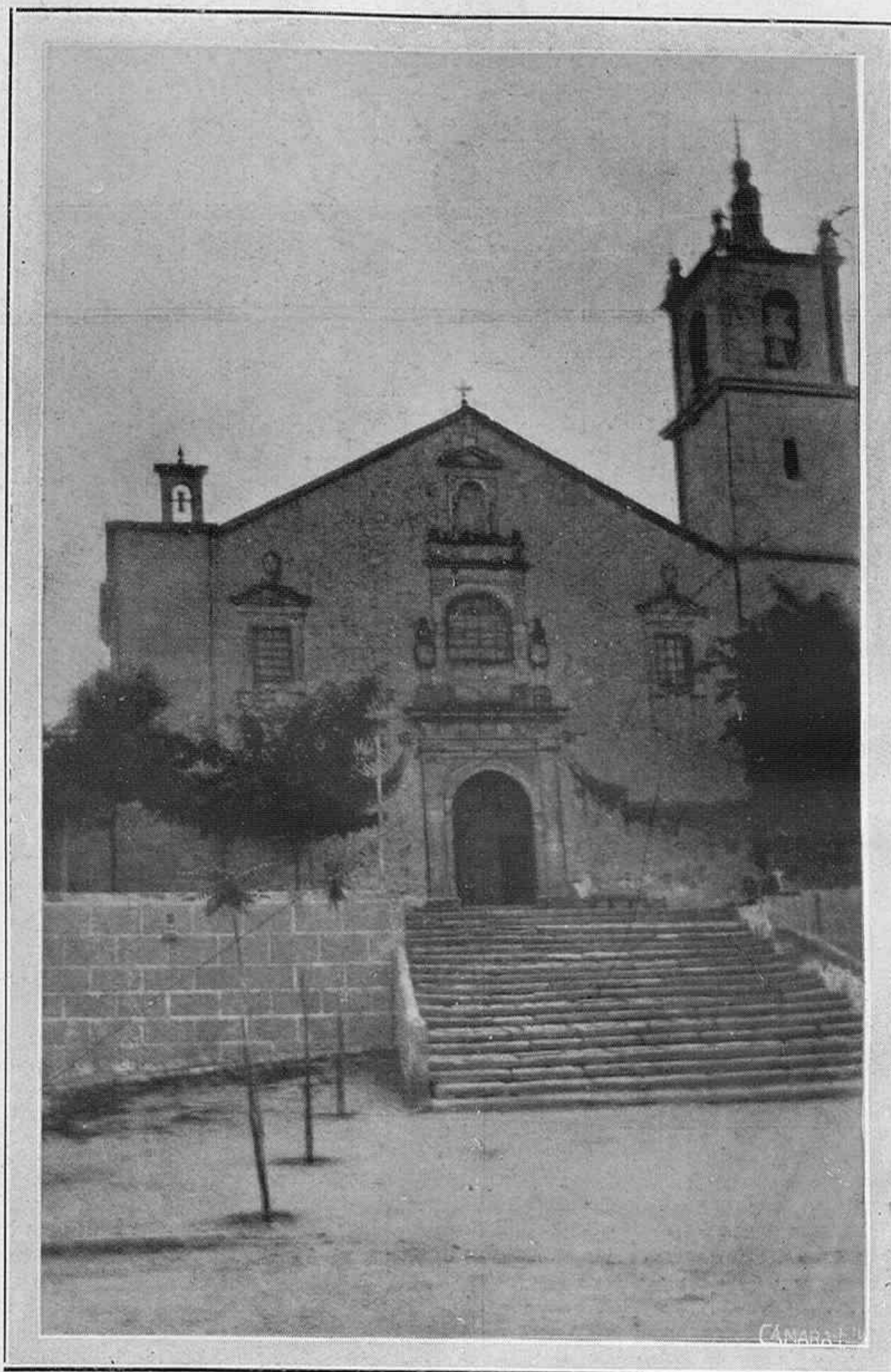
Una capilla junto al camino de Logrosán á Cañamero

Hay pueblos pequeños—Galisteo, por ejemplo, de señorío, en Cáceres—, que tienen torres, murallas, caserones de factura castellana, desde el mudéjar al renacimiento, transformados por detalles locales de una originalidad verdaderamente extraña. En general, por toda Extremadura, lo que tiene más fuerza es esa inventiva popular.

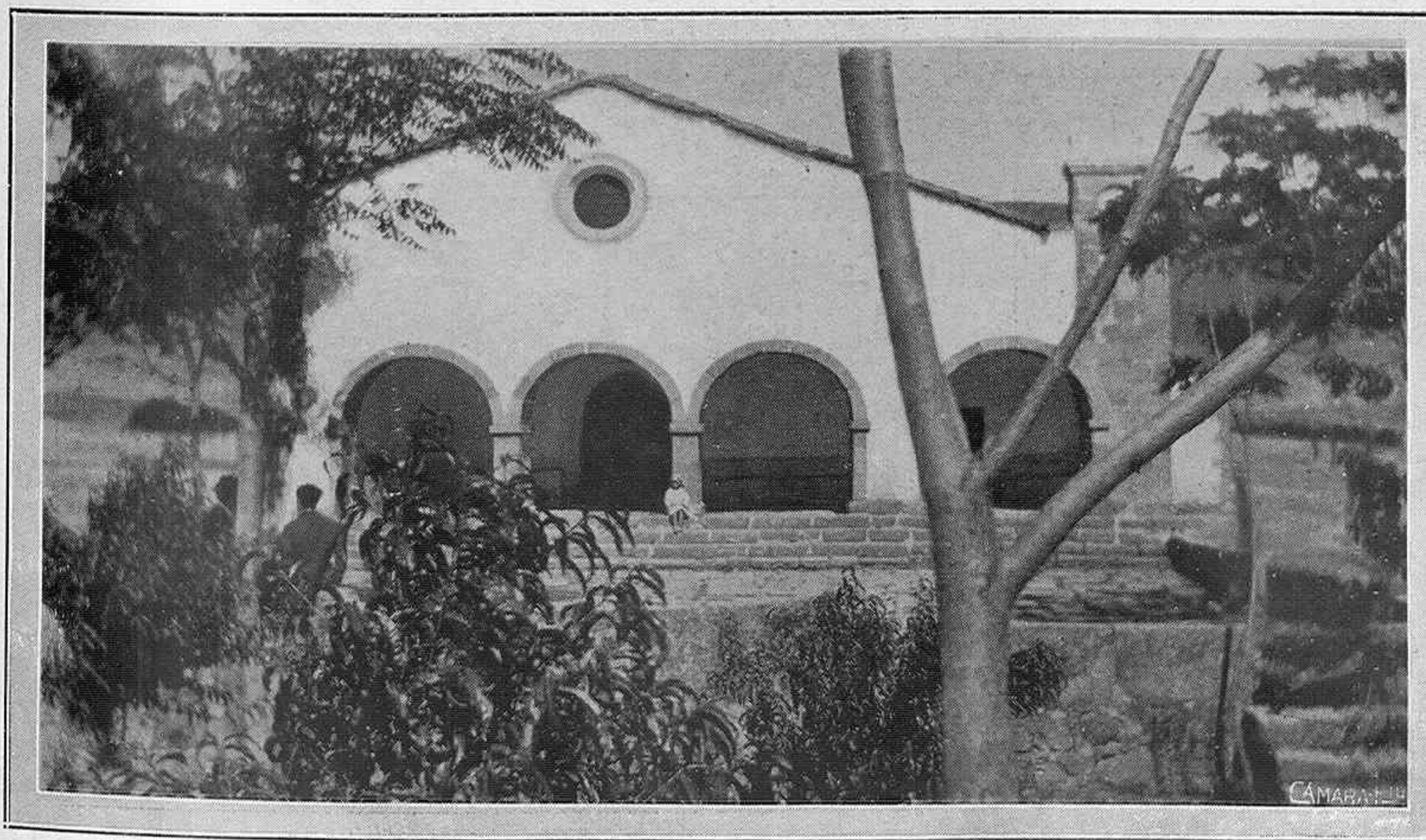
Una ermita junto al camino de Logrosán á Cañamero. Pórtico sencillo. Arquería clásica, con sus gradas de piedra. Nada más simple, más elemental. Y, sin embargo, es difícil llegar con tan humildes elementos á resultados tan bellos. La ermita de los Remedios, cerca de Fregenal de la Sierra, que recogió Mérida en el «Catálogo» de Badajoz. Los arcos del pórtico son de la misma sencillez; pero se extienden por el frontis y por ambos costados. Por sí solos ya tendrían gracia, á manera de orla para exornar la blanca silueta de la ermita en que se destacan la cúpula del camarín y el campanario; pero hay además una tapia corrida, enjalbegada también, y el conjunto es perfecto. La armonía de líneas no sólo se consigue en los grandes ejemplos. Hay también cimas de belleza que no aspiran á competir con el Partenón.

Originalidad desenvuelta, pirueta arquitectónica, gracia y extrema sencillez tiene la iglesita parroquial de Plasenzuela—Cáceres—. El arco gótico de la portada coronado por un escueto arrabá morisco; la torre con su caperuza blanca y el tejadillo prolongado, buscando el enlace armónico con la pared del próximo huerto que lleva exactamente la misma inclinación. Este hallazgo, de Solana, pone á prueba la sensibilidad moderna del artista, que en arquitectura ha dormido demasiado tiempo.

Otro pueblo obscuro, más sonado por sus minas que por sus obras



Una iglesia en Valencia de Alcántara (Cáceres)



La ermita de los Remedios, cerca de Fregenal de la Sierra.—«Hay cimas de belleza que no aspiran á competir con el Partenón»

de arte, es Azuaga, en el límite de Badajoz y Córdoba. Más que la iglesia parroquial gótica, de aspecto castrense, militar, con sus muros sólidos y su fuerte torre cuadrada, me interesa la iglesita extremeña, barroca, donde se guarda una imagen de Montañés. El atractivo de esta construcción acaso no puede precisarse conforme á reglas y á cánones. La gracia flota en el conjunto, y resulta de la presencia del interior en su envoltura externa. Cada uno de sus recintos aparece acusado con la misma fuerza que las cúpulas y las linternas. No hay torre, sino una espléndida y luminosa espadaña, que sirve de campanario, y adosado á ella, con deliciosa sencillez, el acceso, saliendo de la terraza. Vienen del pueblo y vuelven al pueblo esas soluciones sencillas, elementales, de problemas arquitectónicos, que los profanos no vemos sino en el momento triunfal, cuando ya están logradas. Cuando decimos: «Tiene un no sé qué.» De esos «no sé qué» maravillosos encontrará el artista innumerales ejemplos en Extremadura.

LUIS BELLO



## LOS PROGRESOS DEL «CAMPING»

## UN CAMPAMENTO ANUAL

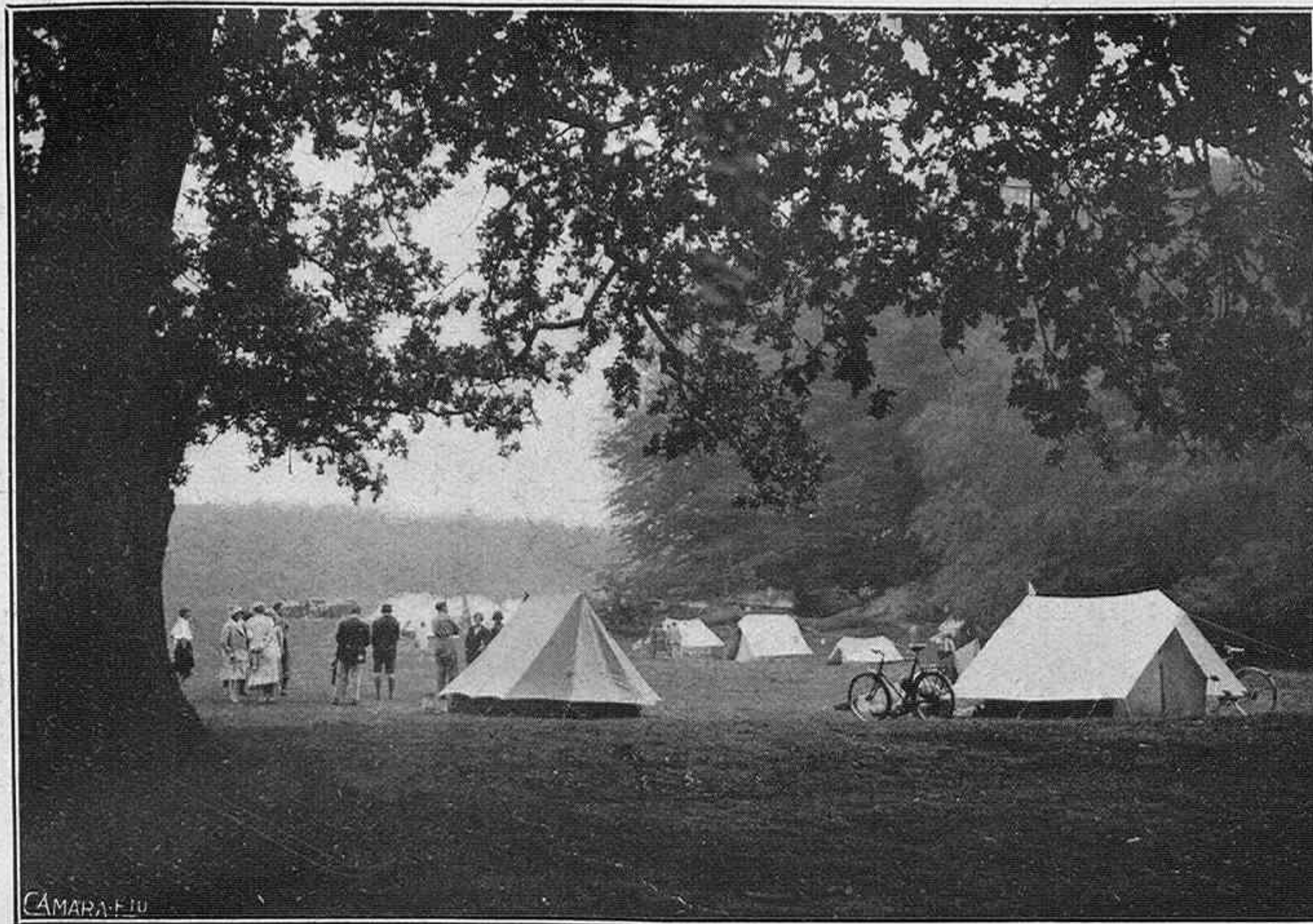
EL sol y el aire puro son, como nadie ignora, elementos fundamentales de la salud; por eso cada día tienen más boga los deportes al aire libre, se abren más sanatorios y escuelas ó clases especiales en que se emplea esa terapéutica y ganan partidarios las excursiones al campo, como medio de reposo de la labor cotidiana.

Si hemos de creer, como es justo, á los higienistas ingleses, la fórmula perfecta de ese tratamiento es el *camping*: la vida absolutamente campes- tre, con un mínimum de elementos de vida urbana y en las condiciones, por tanto, que más aproximen el hombre á la Naturaleza.

En Inglaterra, donde el *camping* ha logrado su máxima divulgación, son numerosas las sociedades constituidas para practicarle, y aquellos personajes que Benavente nos pintó en *La noche iluminada* eran un reflejo fiel de figuras reales que durante temporadas más breves viven en el campo practicando lo que hace algunos años un famoso escritor llamaba el «neosalvajismo», predicándole como único medio de resurgimiento humano.

Una de las sociedades inglesas más famosas y que reúnen mayor número de miembros es el *Camping club of Gt. Britain and Ireland*, que anualmente congrega á sus adherentes para celebrar reunidos una fiesta de confraternidad y propaganda.

Este año, el día elegido para la magna asamblea fué el 14 de Septiembre, y la concurrencia ha sido mayor que en años anteriores. El campamento ha sido extensísimo, y el *Knole Park Svenoaks Kent*, ha tenido una animación extraordinaria.



CAMARA-FIU

Vista general del campamento de «Knole Park», en el que se han reunido para celebrar su fiesta anual los socios del «Camping Club de Inglaterra é Irlanda»

Los más fervientes partidarios del *camping* llegaron á *Knole Park* á pie; para ellos, fieles entre los fieles, el deporte comenzó al salir de sus respectivos domicilios, y al comenzar su vida en común estaban ya tostados por el sol y el aire y muy ganosos de descanso.

La mayoría, sin embargo, llegaron utilizando medios mecánicos de transporte con mayor ó menor intervención del viajero: desde la modesta bicicleta, tan próxima aún, por el esfuerzo personal que requiere, al pedestrisimo, al ferrocarril, en trenes de lujo, pasando por las ruidosas motos y por los autos suntuosos, porque entre los fervientes del *camping* los hay de todas las categorías sociales.

En la reunión de este año se ha notado, y esto no sería tan fácil en otros países, un predominio del sexo femenino. La mujer ha alegrado la fiesta anual del *Camping Club* con su presencia y

respetaban, ni nadie las echaba de menos, las reglas de galantería que se empeñan en imponer los alcaldes madrileños.

Los grupos femeninos fueron los más decididos excursionistas, demostrando nuevamente la fuerza deportiva de la mujer moderna y su entusiasmo por la vida al aire libre, tan prometedores de generaciones sólidas, más fuertes y sanas que las actuales.

Cada tienda fué, además, lugar de animadas fiestas particulares, y, en suma, la reunión del *Camping Club*, sobre altamente demostrativa, fué animadora, y basta para suponer que aun lo serán más las sucesivas.

El desarrollo del *camping* es, efectivamente, mayor cada año. Cada participante novel en un campamento es un convencido y un propagandista, y poco á poco, en Inglaterra por lo menos, todos van convenciéndose de que hay en esas

con la agilidad y regocijo de su acción. Ha sido también notable el aumento del número de niños: futuros campeones del *camping* que han comenzado en momento muy apropiado su vida en la Naturaleza.

Fué curiosísimo, como siempre, el espectáculo de la formación del campamento: los *campingstas*, como es natural, llegaron al campamento en breve espacio de tiempo, y en breve tiempo también alzaron sus tiendas, y el bosque quedó transformado con su nueva y trashumante población.

El aspecto del campo resultó, como de costumbre, pintoresco, y pintorescas también las escenas desarrolladas en él. El reparto de víveres, por ejemplo, ocasionó desde los primeros instantes el espectáculo de las colas populares, en las que, por cierto, no se



Uno de los grupos femeninos del «Camping Club» llegando al campamento al regresar de una excursión



La cola formada por los socios del «Camping Club» ante el furgón en que se hacía la distribución de la leche



# Elegancias

EL *cocktail* empieza á ser, más que una costumbre, una necesidad imprescindible. En Biarritz, Deauville y en todas las playas de moda no hay ya villa ó chalet que no tenga su habitación destinada á bar, en la que, á la hora del *cocktail*, se reúne un buen número de amigos de la casa para charlar animadamente y flirtear en la mayoría de los casos, pues ningún ambiente es más propicio que éste, en el cual la intimidad se alfa con las finas bebidas alcohólicas y el humo perfumado de los egipcios. Pero las casas madrileñas no todas tienen el espacio suficiente para sacrificar una habitación en aras de un capricho que puede ser fugaz; en muchas será preciso aprovechar un rincón adecuado, la irregularidad de una pieza, para poder lograr un bar gracioso y confortable.



A la izquierda: nuevo modelo de toquita de fieltro negro, guarnecida á los lados con dos pequeños colgantes de velo.— A la derecha: vestido de noche, en «taffetas» negro, adornado con «strass»

(Creaciones de Bruyère)

(Fots. G. L. Manuel Frères)



La decoración de este interior debe estar en consonancia con la ligereza de un *cocktail*. Nada de muebles sobrios ó recargados, sino muebles laqueados, cortinajes exóticos y modernidad absoluta.

En la casa donde hay espacio y el bar ocupa una sola pieza, la decoración y arreglo de ésta puede dar amplio margen para que se manifieste bien elocuentemente el gusto personal de los dueños. Nosotros hemos visto muchos de estos interiores, y recordamos uno lindísimo.

Las paredes pintadas en un temple naranja moteado con el aerógrafo en marrón ó dorado viejo. La iluminación, muy laminada por medio de unas placas aplicadas en los cuatro ángulos de la habitación. Los muebles, en naranja y negro. En un rincón, un confortable diván y dos grandes butacas. Una anaquelera en forma de pirámide, en la que en poco espacio hay servicio suficiente hasta para una docena de *cocktails*. Cortinas de pana naranja rayadas en negro.

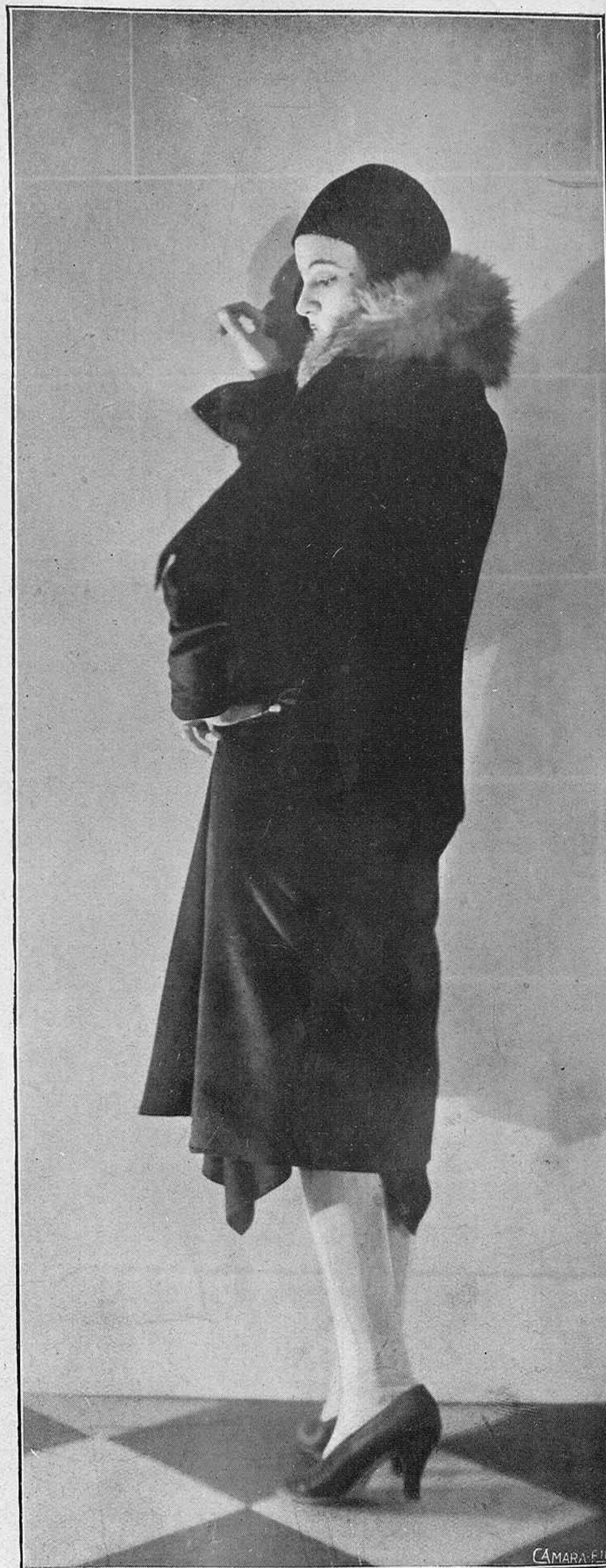
•••••

El servicio de vasos, cockteleras, etc., puede ser de cristal ó plata, ó de ambas cosas combinado. Hay muy lindos servicios de cristal de Bohemia en colores opacos, pero de una gran transparencia.

Los licores y los vinos generosos pueden servirse en sus propias botellas; pero es mucho más elegante trasladarlos á unos lindos canecos decorados caprichosamente con pinturas de esmalte lacre.

Muchas son las personas que han aceptado ya la moda del bar doméstico, pero también hay muchas refractarias á ello. De todas maneras, será difícil rehusar esta costumbre de tomar el *cocktail* en nuestra casa, y, andando el tiempo, no podremos prescindir de esta instalación, en la que obsequiaremos á nuestros amigos á esa amable hora del mediodía y por la tarde, cuando los focos eléctricos han surgido al ocaso del sol.

ANGELITA NARDI



A la izquierda: modelo de sombrero, forma de «taupé» rojo.—A la derecha: abrigo de paño de raso negro, guarnecido con piel

(Creaciones de Bruyère)

(Fcts. G. L. Manuel Frères)

CÁMARA-FILM



# LAS MATANZAS DE SEPTIEMBRE EN PARIS



La tristemente célebre prisión de «La Force», ante la que fué asesinada por las turbas la Princesa de Lamballe

AUNQUE los horrores de la revolución rusa han superado con mucho á los presenciados por Francia á fines del siglo XVIII, no pueden leerse sin intensa emoción las documentadas páginas que acerca de uno de los más terribles episodios del Terror del año 93, *Las matanzas de Septiembre*, acaba de publicar el ilustre historiador francés Teodoro Gosselin (*Jorge Lenotre*), basando su trabajo en los relatos de algunos supervivientes de las espantosas jornadas de sangre y de violencia que tuvieron por siniestro escenario las prisiones de la abadía y *La Force*, y el convento de Carmelitas de la calle Vaugirard, de París.

Para que tengan explicación las *Matanzas de Septiembre*, preciso es recordar las circunstancias que las precedieron. Las elecciones para la Convención estaban próximas. Fué entonces cuando la *Comuna* acordó imponerse por el terror sacrificando á los detenidos por sospechosos de realismo en las cárceles revolucionarias. Y el pretexto para estos crímenes hubo de hallarse en los progresos de la invasión extranjera.

«El día 10 de Agosto, y durante los posteriores—dice *Lenotre*—fueron encerrados en las prisiones de *Rue du Roi de Sicile* y de *Rue Pavée*, cierto número de sospechosos detenidos en todas las secciones de París, ya por ser afectos á la Familia Real ó simplemente por lamentar en público la caída del régimen monárquico. Al finalizar Agosto sabíase en toda la ciudad que las prisiones estaban abarrotadas de aristócratas; que el Gobierno y la Comuna revolucionaria, en sesión permanente en el *Hotel de Ville*, estudiaban el mejor modo de desembarazarse de los detenidos, bien por la deportación ó de cualquier modo, por radical que fuese.

Los oradores callejeros excitaban mientras tanto á la plebe, fomentando en ella el odio contra los aristócratas y realistas. Era éste uno de los procedimientos empleados por el Gobierno revolucionario para trabajar al pueblo, y del cual han hecho mención frecuente los historiadores. El 27 de Agosto se efectuaba con gran pompa el entierro de los patriotas muertos por los aristócratas durante el ataque de las Tullerías. Los cadáveres de las víctimas eran paseados por las calles en un catafalco arrastrado por bueyes. Y detrás de los muertos, vistiendo largas túnicas blancas con escarapelas negras, marchaban las viudas y los huérfanos de los patriotas que inmolara la furia realista. Por si esto no era bastante, para cal-

dear los ánimos, hízose circular entonces la noticia de que los prusianos se hallaban á las puertas de la ciudad y la amenazaban con un bombardeo, razón por la cual todo hombre útil debía proveerse de armas y hacer frente al enemigo. ¿Qué ocurriría si en su ausencia quedaban las mujeres y los ancianos á merced de los contrarrevolucionarios presos en las cárceles y que habían jurado exterminar á los patriotas?

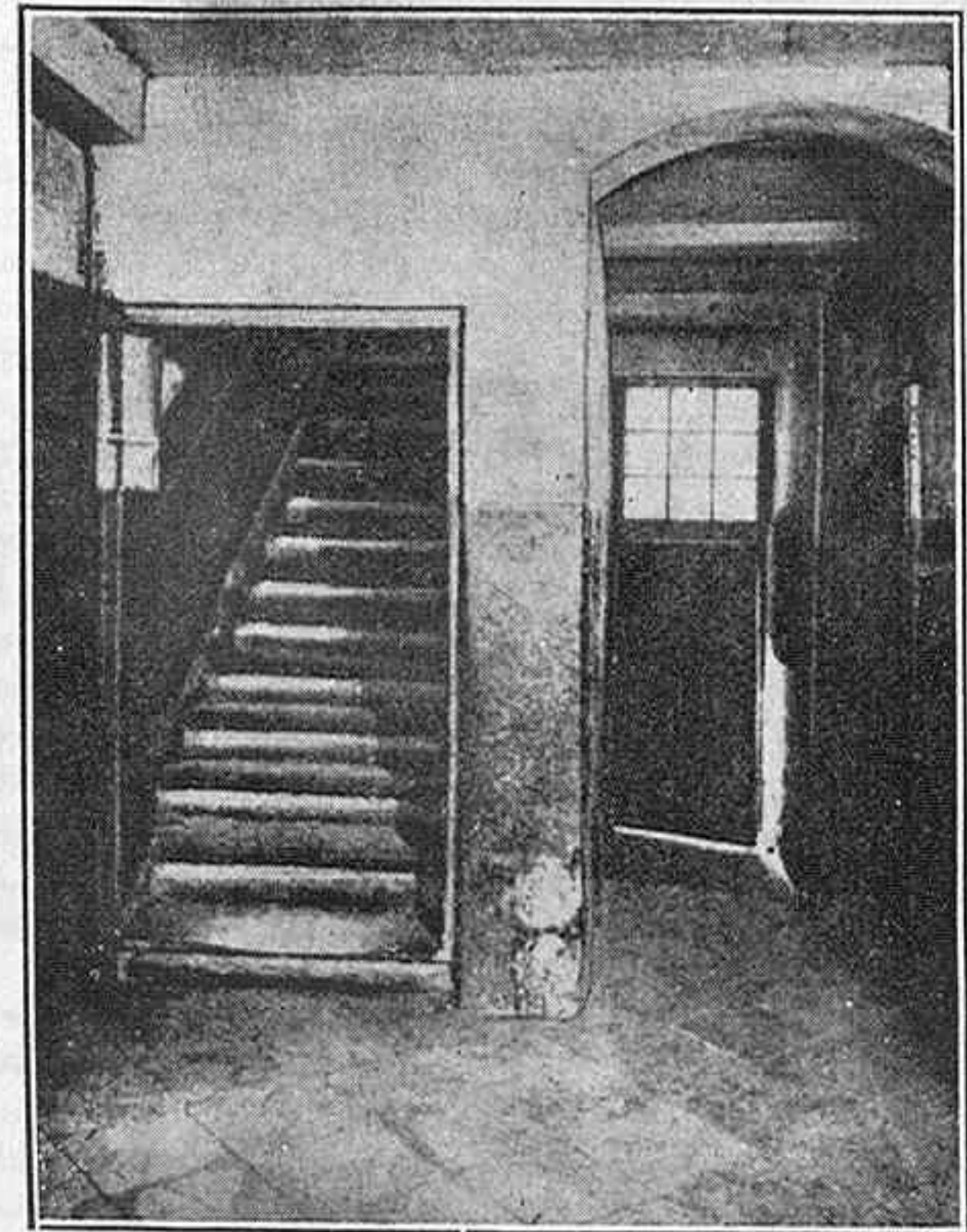
Tal era el escenario dispuesto para representar el más sangriento de los dramas: aquella farsa tan espantable que ni aun el *Grand Guignol* más truculento podría reproducir ni en la mitad de su horror.»

El procedimiento seguido con el acusado no podía ser más simple: una breve comparecencia ante el Tribunal constituido en la misma prisión y un fallo inmediatamente ejecutado. Que los asesinatos de Septiembre no fueron consecuencia de una explosión de la cólera popular, sino resultado de infernal maniobra y previo acuerdo de los jefes revolucionarios, lo demuestra que los jueces de *La Force*, en evitación de escenas de violencia dentro de la cárcel, no dictaban jamás la sentencia de muerte ante el acusado.

Limitábanse, en efecto, á pronunciar esta frase: *Conduisez Monsieur á l'Abbaye* (Lleved é este señor á la prisión de *La Abadía*). El desventurado prisionero, creyendo que sólo se trataba de llevarle de una cárcel á otra, seguía dócilmente á sus verdugos. Por su parte, los jueces de *La Abadía* empleaban esta fórmula: *Conduisez Monsieur á La Force*. El resultado era el mismo. No bien franqueaba el prisionero el umbral del aposento inmediato al Tribunal, era muerto á sablazos y puñaladas por los asesinos allí apostados para rematar la siniestra farsa del Tribunal enjuiciador. Otros prisioneros, como la marquesa de Tourzel—salvada al fin por un pobre menestral—eran asesinados en la calle ante las mismas puertas de la cárcel; pero antes de darles muerte les obligaban los asesinos á subir sobre los montones de cadáveres y prestar el juramento de fidelidad á la nación.

Pronto no bastaron estos crímenes para aplacar la sed de sangre de los hombres del Terror. Y á las ejecuciones de las cárceles siguió la matanza á través de las calles, la cacería salvaje de presuntos realistas en los conventos. Así fué como perecieron los sacerdotes no juramentados que buscaron refugio en el convento carmelitano de la calle de Vaugirard, á los que aplicó un Tribunal revolucionario, constituido en el mismo monasterio, análogo procedimiento que en *La Force* y *La Abadía*.

Una de esas víctimas, salvada por verdadero milagro, Journiac de Saint-Méard, escribía lo siguiente: «Lo que más nos preocupaba era la posición que debíamos adoptar para recibir la muerte del modo menos doloroso posible cuando llegásemos al lugar del suplicio. De vez en cuan-



El siniestro aposento del Convento de Carmelitas, de la calle Vaugirard, donde actuaba uno de los tribunales revolucionarios

do enviábamos uno de nuestros compañeros á una ventana del torreón para que nos dijera la actitud de las víctimas en el momento de ser agredidas, y elegir entonces nosotros la más favorable para la muerte instantánea. Así, supimos que los que levantaban los brazos sufrían más tiempo porque la fuerza del sablazo era amortiguada antes de que la hoja hiciese el cráneo. Hubo algunos casos en que cayeron á tierra antes que el cuerpo del condeñado las manos y los brazos. En consecuencia, averiguamos que la mejor posición para morir era someterse á los golpes asesinos llevando las manos atrás é inclinando la cabeza...»

Difieren los historiadores y cronistas en el punto referente al número de víctimas de las matanzas de Septiembre, pues mientras unos lo hacen ascender á 1.400, otros, basándose en los registros de cárceles, afirman que fueron 438 los ejecutados por las hordas septembristas. El autor del libro á que nos referimos fija ese número en 1.176. Igualmente incierta es la cifra relativa á los *septembriseurs* ó asesinos á sueldo de los terroristas. Calcula un historiador que debieron sumar tres centenares; pero M. Lenotre, estableciendo sus cálculos sobre datos fidedignos, asegura que fueron pocos, relativamente, los verdugos retribuidos: doce ó quince en *La Force*, veintitantos en *La Abadía* y diez ó doce en el Convento Carmelitano, debiendo añadirse á este medio centenar de asesinos pagados quizá otros cuarenta ó cincuenta que actuaban voluntariamente ó que sólo eran espectadores de las matanzas.

«Cuando pasaron aquellos días trágicos—dice M. Lenotre—se incoó un proceso á repetidas demandas de la opinión pública. Detúvose á varios individuos que aparecieron comprometidos en las matanzas de Septiembre y se efectuaron las actuaciones, con un resultado desilusionante. Como que de los cincuenta inculcados sólo resultaron merecedores de castigo los tres asesinos *Grand Nicolás*, *Damiens* y *Bourre*, á quienes se condenó por sentencia del 23 y 24 del mes *Floreal*, á veinte años de presidio. En cuanto á los restantes, aunque se comprobó, merced á sus firmas, que habían recibido paga por su trabajo durante las jornadas de Septiembre, falló el Tribunal que no *aparecían convictos del delito*. Ello significaba, en suma, que los feroces *septembriseurs* inspiraban todavía miedo á la misma República.



Sesión de un tribunal revolucionario en la cárcel de «La Abadía» durante el «Terror» (De un grabado de la época)

D. R.



## EVOLUCIONES PINTORESCAS

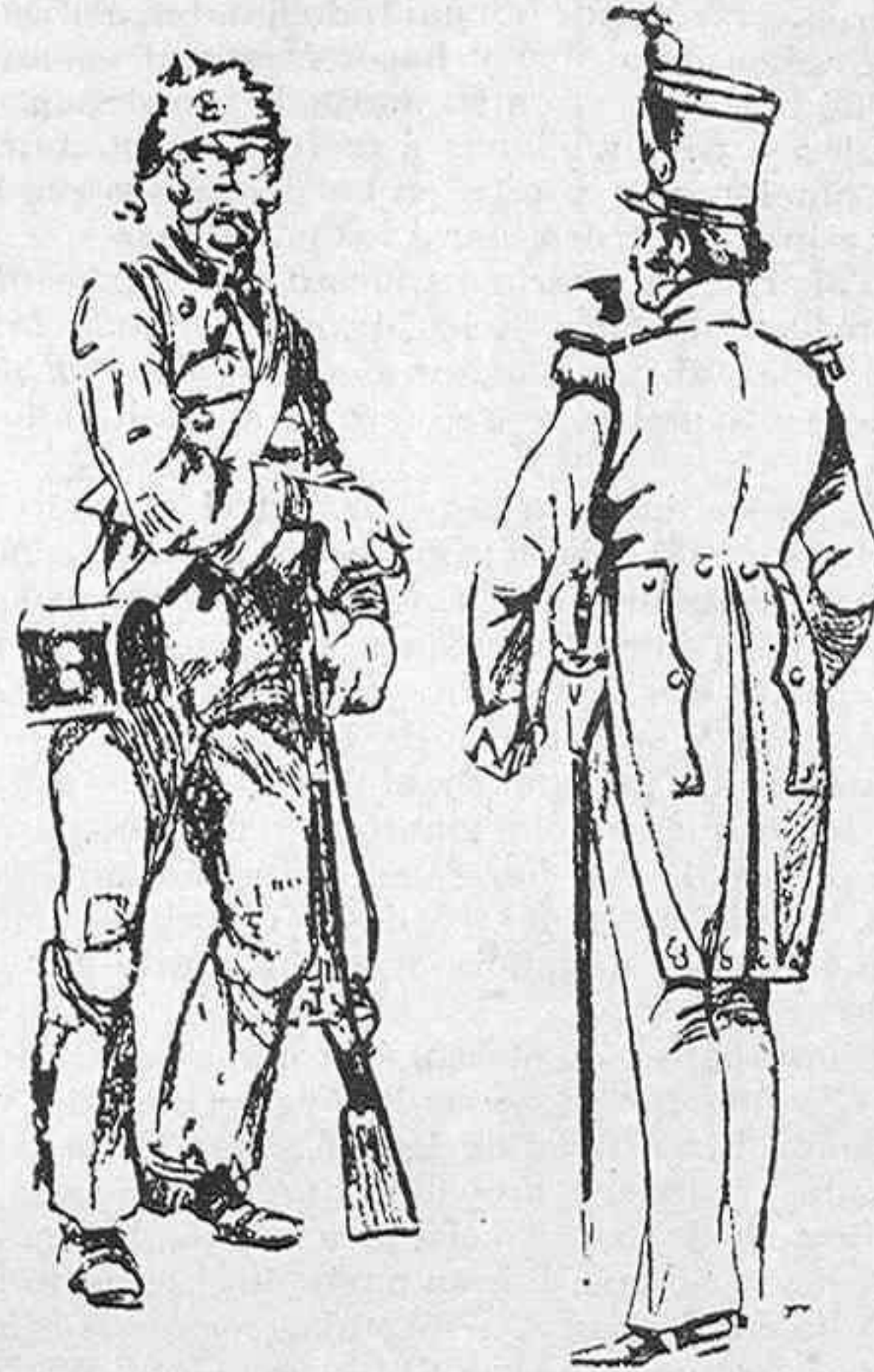
## CIEN AÑOS DE INDUMENTARIA MILITAR

Los belgas están preparando ya los cortejos con que, entre otras fiestas de mayor importancia, conmemorarán el año próximo venidero el centenario de su independencia.

En ellos, naturalmente, habrá de figurar una reproducción de lo que pudiéramos llamar el ejército salvador: de los voluntarios que avanzaron sobre Bruselas para conquistarla, y con la capital, la independencia de la nación; y con este motivo, una revista belga ha publicado un interesante número monográfico, en que muestra muy al pormenor la evolución de los uniformes militares durante un siglo, desde 1830 hasta el año actual. Una evolución muy interesante, no sólo por las transformaciones de indumentaria que hace ver, sino mucho más aún, por la evolución de las ideas que esas transformaciones expresan muy claramente.

Su interés es aún mayor, porque los cambios y mudanzas que constituyen esa evolución no son privativos de Bélgica, son universales, y en lo esencial se han dado igualmente en todos los países. Por mucho que de unos á otros hayan variado los detalles, las líneas generales y, sobre todo, las características de las ideas dominantes en el universo, han sido en todas partes las mismas; y así, la evolución de los uniformes belgas puede ser tomada como tipo de la evolución universal.

En los mismos detalles, la uniformidad de los uniformes á través de las fronteras ha sido mayor de lo que podría pensarse; no hace muchos días, un periódico francés hacía notar que, sin la guerra y sus consecuencias en la indumentaria militar, el año próximo hubiesen podido los franceses celebrar el centenario del pantalón encarnado: ¿qué ejército de los países europeos no



Voluntario de 1830 y artillero de 1831

hubiese podido celebrar, si no el mismo año, poco después, análoga conmemoración?

Del francés le copiaron los demás, y con carácter general, ó limitándole, como nosotros, á ser típico de un arma, le usaron durante muchos lustros, aunque no fué necesario la enseñanza cruenta del último conflicto mundial para hacernos saber que semejante color era, en campaña, muy peligroso para los que le vestían.

En la guerra mundial, la experiencia pudo ser hecha en mayor escala; pero los cadetes de Saint Cyr, que en 1914 juraron que entrarían en fuego con uniforme de gala, pantalón rojo y plumero tricolor en el chacó, lo hicieron á sabiendas de que juraban morir por la patria. Como para nuestros oficiales en Marruecos el brillo de sus divisas, para los subtenientes recién salidos de la escuela de infantería francesa, esas pompas del uniforme de gala eran una sentencia de muerte.

Hay en Toledo, en el Museo de Infantería, una colección muy completa de uniformes de los cadetes del arma, durante un siglo tal vez; si al lado de ellos se pone alguna vez el que actualmente usan los alumnos de la Academia General Militar, se verá fácilmente cuánto han cambiado las ideas: el que como alumno de una Academia del mismo nombre vistió el general Primo de Rivera, como tantos otros héroes que dieron su vida por España, era pomposo, brillante, de parada podríamos decir; el que ahora usan los cadetes españoles, gérmenes de héroes dignos de sus antepasados, es humilde, modesto, sin pompas ni vanidades; «uniforme de campaña que significa, más aún que el pasado, sacrificio y abnegación».

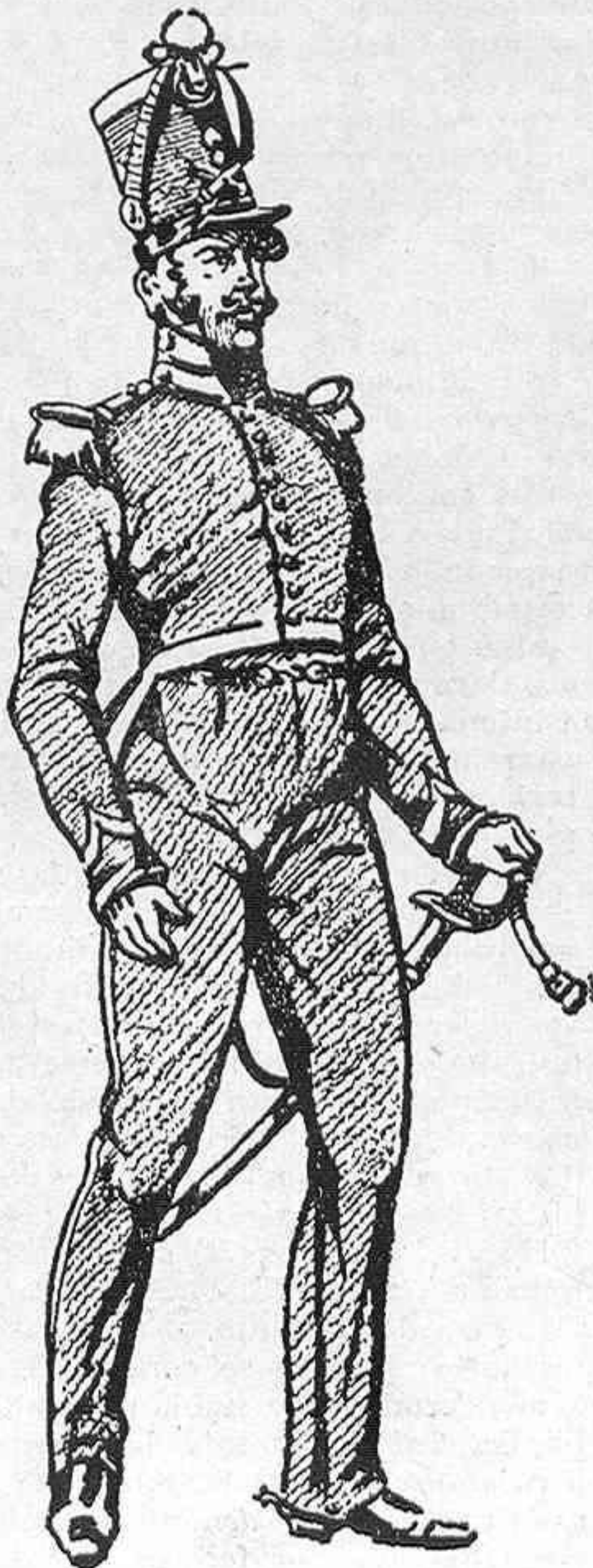
Los antropólogos antimilitaristas han perdido en esa evolución del traje—en nuestro país, como en los demás—dos argumentos en que apoyaban su oposición: uno, que era el brillo del uniforme el que llevaba á una parte importante de la juventud á las Academias militares; otro, que los atavíos bélicos implicaban un atavismo natural: eran como las pinturas y máscaras terroríficas con que los salvajes pretenden amedrentar en el combate á sus adversarios.

En realidad, tal como nos los presenta la información hecha por la revista belga, un zapador de 1831, ferozmente barbudo, cubierto por un formidable morrión de piel hirsuta; un cora-

zero, un lancero ó un gendarme de la misma época; un zapador de 1832, con casco y coraza, ó un gendarme del mismo período, llevando sobre su cubrecabeza una piel de oso, ó poco menos, parecían efectivamente ideados para imponer terror al enemigo; pero, ¿para qué todo eso en la guerra moderna, guerra á distancias enormes ó de trincheras profundas, en que apenas se ve al enemigo?; la sencillez del uniforme fué siempre, pasada la época napoleónica, fruto de las guerras mismas, que demostraron cada vez más la inutilidad de todas aquellas complicadas indumentarias características de los ejércitos de Napoleón y que constituyeron más tarde los uniformes de parada. En ese sentido, la guerra europea y la simplificación de los uniformes, á partir de ella, parece definitiva.

Mucho antes, sin embargo, había comenzado esa simplificación, transformando uno de los detalles característicos de los viejos uniformes: la altura desproporcionada de los cubrecabezas: morriones, chacós, *spaks*, hasta las mismas gorras cuarteleras, con cuya altura parecía querer agrandarse, hasta imponer el pánico, la estatura real de los soldados.

Uno de los primeros actos de rebeldía de Nicolás Estévez, siendo cadete, tuvo por origen la altura desmesurada del morrión que usaban los de su época. Aquellos cadetes, que cortaban sus cubrecabezas hasta reducirlos á una altura tolerable, fueron precursores de los transformadores de la indumentaria militar, que encuentra en la

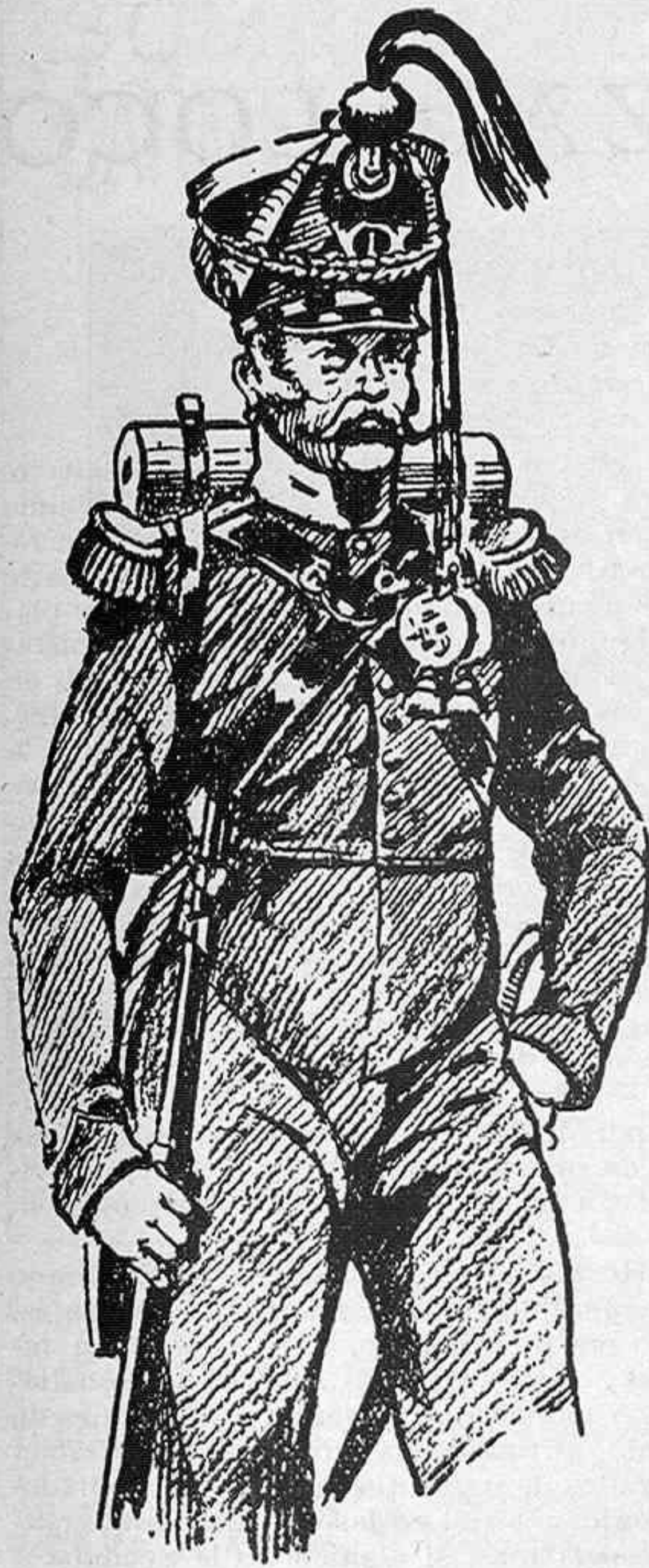


Suboficial de Artillería de 1831



Zapador belga de 1831





Soldado de cazadores á pie y marino, de 1831. A la derecha, oficial de gran gala en 1833



Cazadores voluntarios de Bruselas

boina y en la gorrilla de cuartel, resucitada para la legión, el más cómodo remate cefálico del uniforme, que sólo puede tener rival en el casco de cuero duro, pero sin dimensiones exageradas, más defensivo del cráneo.

La gorra de un coracero belga ó el sombrero de un oficial de guías—ambos de 1833, sin acudir á los morriones de que fueron buen ejemplo los de nuestros milicianos—, dan idea de la magnitud de esos artilugios, que si para algunos Cuerpos fueron achicándose, para otros aun conservaban en 1913 proporciones desmesuradas.

En los cortejos que los belgas preparan, figurarán, naturalmente y con motivo, soldados uniformados—hasta cierto punto—con sencillez enormemente mayor que la usual ahora: los que conquistaron la independencia que en 1930 será centenaria, llevaban, en su mayoría, un mínimo de uniforme; una blusa y un gorro eran—aparte el correaje y el armamento—las únicas características de la indumentaria de aquellos soldados que, capitaneados precisamente por un *flamande* de origen español, D. Juan van Halen, lograron la victoria del Parque en Bruselas, y con ella, la independencia belga. Hay en la evolución del traje militar en Bélgica, como en casi todos los países, un momento crítico, hacia 1860, en que hay como un renacimiento de los tipos barrocos de uniformes del ejército imperial francés: detrás de ellos se ve pasar la silueta de Napoleón, héroe perdurable de los ejércitos, á que todos rinden culto. Fué la guerra francoalemana del 70 la que truncó aquel renacimiento.

¿Figurarán también en los cortejos los uniformes de la Marina? Es posible; pero no seguramente con los tipos que ha elegido la revista belga para mostrarlos, que más que equipos bélicos, parecen figurines de opereta: el aspirante es una corista bien vestida, y el marinero con el loro, un personaje de «Robinson.»—D. T.



Zapador de 1833



## LOS MISTERIOS DEL KREMLIN

## EL TESORO OCULTO DEL ZAR LOCO

Como ocurrió en España cuando la expulsión de los judíos y en Francia después del estallido de la Revolución del 93, la busca de supuestos tesoros ocultos por sus propietarios en el abandono de sus hogares constituye ahora en Rusia la obsesión de todo el mundo, lo mismo de la clase popular que de los dictadores gobernantes.

El «cazador de tesoros» es hoy en Rusia una ocupación seria y á veces altamente reproductiva, puesto que en los suntuosos palacios de los antiguos nobles se logra á veces descubrir en insospechados escondrijos riquezas tales como las halladas hace dos años en cierto lugar recóndito de la regia morada de los Príncipes Yusopov, en San Petersburgo, y que fueron evaluadas, si mal no recordamos, en un millón de rublos. Pero ha de añadirse que no siempre da resultados tan espléndidos esta persecución de la Fortuna disimulada bajo la adustez de unos viejos sillares ó al pie de un árbol varias veces centenario ó en el rincón más sombrío de un parque señorial. No son pocos los casos en que luego de haber derruido un palacio hasta los cimientos y arado á fondo un jardín, no aparece entre escombros y tierras removidas ni siquiera un miserable *kopek*.

Con todo, esta fiebre del tesoro oculto, aunque con menos intensidad que á raíz de la gran convulsión bolchevique, prosigue en las principales ciudades del desventurado ex imperio. Y ha contribuido á recrudecerla en estas últimas semanas la orden comunicada por el Gobierno soviético al sabio arqueólogo, profesor Ignacio Stelletzki, hombre de ciencia de universal reputación, de emprender sin pérdida de tiempo los trabajos de excavación en los subterráneos del palacio imperial del Kremlin, lugar donde desde los tiempos de Iván *el Terrible* se hallan emplazadas las cámaras sepulcrales de los Zares de Moscovia.

A principios de Marzo del año actual había presentado Stelletzki á los dirigentes de Moscú una Memoria y planos relativos á dichas excavaciones, que habrán de tener por objeto descubrir el sitio en que el *Zar Loco*, aquel abominable tirano que llevó el nombre de Iván IV, *el Terrible*, escondió su célebre colección de códices y las joyas de las coronas de Moscovia, Kipchak, Siberia, Astrakán y Kazán, ceñidas por el Nerón del siglo XVI.

En la referida Memoria, que poco antes de la caída del Imperio había elevado á la *Sociedad Arqueológica Rusa* el sabio Stelletzki, presentábase pruebas históricas tan convincentes, basadas en las afirmaciones de los cronistas imperiales y en la documentación hallada en archivos monásticos y particulares, que la docta corporación no titubeó en presentar al infortunado Emperador Nicolás un informe por extremo favorable á la iniciación de las excavaciones. Hombre tímido y supersticioso, el difunto Zar opuso al proyecto razones sentimentales y de orden religioso que le impedían acceder á lo que consideraba gran profanación del sepulcro de sus antepasados. Y las excavaciones no pasaron del mencionado proyecto.

Tales reparos no hubieron en verdad de turbar un día lo más mínimo la conciencia de Pedro *el Grande*, que, conocedor de la antigua tradición relativa á la llamada *Biblioteca de Oro* del zar Iván IV, y necesitado de fondos para la construcción de San Petersburgo, dispuso que se removieran hasta los cimientos del imperial hipogeo en la búsqueda de las supuestas riquezas, llevando á las obras más de dos mil hombres de su aguerrido ejército, cuyos trabajos solía ani-



Retrato del zar Iván «el Terrible», que se conservaba en el palacio imperial del Kremlin, en Moscú

mar en ocasiones manejando él mismo la piqueta y el azadón. Mas aunque se descubrieron en las obras muchas riquezas ocultas en las sepulturas imperiales, jamás se logró dar con la supuesta *Biblioteca de Oro* del Zar sanguinario y bibliófilo. Un siglo después de Pedro *el Grande* renovaba el intento Napoleón. Durante la desastrosa permanencia del Corso en Moscú, en 1812, ordenó á sus granaderos que explorasen las criptas de la ciudadela del Kremlin, donde, según la popular creencia, se escondían los más valiosos tesoros del tirano moscovita.

Y he aquí que ocurrió entonces algo impensado. Aquellos viejos granaderos de la guardia que, impávidos, afrontaran mil veces la muerte en los campos de batalla, huyeron como corderos, presas del pánico, cuando al abrir una de las sepulturas imperiales y poner mano en las riquísimas joyas amontonadas sobre la momia, advirtieron con terror que ésta parecía estremecerse en su tumba como protestando contra la profanación. Sin duda todo ello no era sino el efecto de la corriente de aire establecida al abrirse el sarcófago y que debió bastar para sacudir con violencia aquellos frágiles restos. Pero el prodigio, obrando sobre las rudas inteligencias de los veteranos napoleónicos, fué suficiente para que, propagándose el suceso en el ejército invasor, hiciera peligrosa la insistencia del Corso en su propósito de explorar las criptas del Kremlin. Y ante el temor de que las tropas se sublevaran en tan críticos momentos, dió orden el Emperador de volar el Kremlin para que la explosión, menos respetuosa que la *Vieja Guardia*, revelase el escondrijo de la *Biblioteca de Oro*. Anticipándose los moscovitas al bárbaro designio, pusieron fuego á la ciudad y originaron la memorable retirada de la *Grande Armée*, causa del espantoso holocausto del Beresina.

•••••

Digamos ahora algo acerca del origen de la *Biblioteca de Oro* del zar Iván *el Terrible*. Fué ella el fruto de la constante persecución por parte del déspota, durante su entero reinado, de cuantos manuscritos preciosos, especialmente de los iluminados, se conservaban en los templos y monasterios. El procedimiento seguido por el monarca era, como todos los suyos, expeditivo: la confiscación ó simplemente el robo á ma-

no armada por la soldadesca enviada al efecto. Y ahora sigue el epílogo trágico de esta manía coleccionista del *Zar Loco*. Cuando tuvo ya reunido su tesoro libresco, del que formaban parte millares de códices encuadernados en oro y plata, y algunos centenares de ellos con incrustaciones de piedras preciosas, mandó construir en uno de los más tortuosos subterráneos de la fortaleza unos aposentos secretos destinados á la *Biblioteca de Oro*. Terminada la obra, y para que nadie sino su poseedor supiese el lugar del emplazamiento, ordenó la ejecución en masa de los albañiles, canteros y carpinteros que habían llevado á cabo los trabajos. Según la tradición, en los referidos aposentos secretos siguió guardando el zar Iván las inmensas riquezas acumuladas con el robo y el asesinato durante su siniestro reinado.

De qué monta podían ser las riquezas del terrible Emperador dará idea lo que acerca de las mismas escribió el viajero inglés Horsey, que visitó á Iván IV en su palacio del Kremlin en 1536.

Dice Horsey, en efecto, que el cetro del tirano era un colmillo de foca cubierto de diamantes. El trono era de oro puro, y le adornaban incontables piedras preciosas, entre ellas 2.000 diamantes. Y por lo que se refiere á sus trajes de ceremonia, afirma el viajero inglés que estaban tan cargados de joyas que Iván IV no podía levantarse de su sitio en las grandes fiestas religiosas y palatinas, si alguien no le ayudaba á ponerse en pie.

Cuando Pedro *el Grande* dió principio á las excavaciones del Kremlin, en busca del tesoro, después de su triunfo sobre Carlos XII de Suecia en Pultawa, en 1709, hizo derribar varios aposentos subterráneos que rodeados de gruesos muros, fueron apareciendo durante las excavaciones. Los ataúdes descubiertos durante la exploración de las tumbas imperiales, si bien rindieron una considerable cantidad de lingotes de oro y plata y de monedas extranjeras, no revelaron, sin embargo, el gran secreto del *Zar Loco*: el lugar donde podría hallarse su maravillosa librería.

Ciertos documentos históricos aseguran que la princesa Sofía, hermana de Pedro *el Grande*, poseía unos planos, guardados por ella celosamente, en los que se podía precisar con facilidad la situación del escondite zaresco. Amenazada de muerte por su hermano Pedro, le entregó en cierta ocasión dichos planos, utilizados luego por el monarca en sus excavaciones del Kremlin. Ahora bien; el profesor Stelletzki, luego de buscar la comprobación de estos testimonios escritos, ha corroborado su absoluta falsedad. Y declara así en su antes referida Memoria: «Sólo los métodos modernos, la exploración sistemática y la precisión en el ataque, pueden descubrir el tesoro. Los procedimientos brutales empleados por Osipov en tiempos de Pedro *el Grande* no eran sino dar vueltas con los ojos cerrados.» Declara, por último, el sabio Stelletzki, que, aun admitiendo que la imaginación popular y la leyenda han aumentado indudablemente hasta llegar á fantásticas proporciones, el tesoro del *Zar Loco*, la cuantía real del mismo, tanto más cuanto que debe hallarse intacto, acaso fuera suficiente para resolver muchos de los problemas económicos que ha planteado á Rusia la revolución. Y esta afirmación optimista es la que ha impulsado al Gobierno de Moscú á ordenar á rajatabla el comienzo de los trabajos en las criptas del Kremlin.

A. READER



# SOMBREROS CARMEN DE PABLO



*Modelos de París*  
Alcalá, 66  
MADRID

NUEVOS NÚMEROS DE LOS  
TELÉFONOS DE PRENSA GRÁFICA

**50.009 \* 51.017**

## El armamento de la Infantería norteamericana

Pese al Pacto Kellog y á la intensa propaganda pacifista que lleva á cabo cierto sector de la novela de postguerra—la reciente obra de Remarque, *Sin novedad en el frente*, es uno de los más formidables alegatos que pueden esgrimirse contra las luchas armadas—, los pueblos continúan preparándose febrilmente para destrozarse sobre los campos de batalla. Todas las grandes naciones militares consagran enormes sumas de su presupuesto á dotar de medios de destrucción, cada vez más perfeccionados, al Ejército y la



Marina, manteniendo por medio de maniobras terrestres, navales y aéreas, el entrenamiento de sus fuerzas y preparándolas de un modo eficiente para la hecatombe más ó menos próxima. La adjunta interesante fotografía, relativa á las maniobras de primavera celebradas en los Estados Unidos, muestran en conjunto los recursos bélicos de que hoy dispone la infantería norteamerica-

## La «geisha» se moderniza



Agotada la primera tirada de  
**LO QUE CURA  
Y CÓMO CURA**  
**EL DR. ASUERO**

POR  
**A. GONZÁLEZ**

se ha puesto á la venta una  
segunda edición

Pedidlo á corresponsales de  
**PRENSA GRÁFICA**  
\* \* y buenos librerros \* \*

Al occidentalizarse el Japón en su incesante progreso en todos los órdenes, perdura, sin embargo, inmovible, una de las figuras tradicionales, característica de la vieja civilización nipona.

Esa figura es la poética *geisha*, popularizada por la novela, el teatro y las artes plásticas.

Mientras la mujer, en general, ha aceptado en el Japón la indumentaria y las costumbres de su compañera de Occidente, la *geisha* permanece fiel á la tradición nipona en todos sus aspectos.

Sobre todo, es patente su hostilidad racial hacia los deportes, que tanto seducen á la hija de Eva europea y americana, que consideran incompatibles con la gracia y la suavidad femeninas. Por eso causa sorpresa contemplar ese grupo de lindas *Madamas Crisantemos* deleitándose con la fotografía en uno de los perfumados jardincillos de Tokio.

## PELUQUERÍA RAMOS DE SEÑORAS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA  
Y BISOÑES DE CABALLERO  
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS  
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN  
**Ondulación Marcel y Permanente**

Huertas, 7 dupl.º — Teléfono 10667

SUCURSALES:

Plaza del Rey. 5. Duque de la Victoria, 4  
Teléfono 10839      Teléfono 512

MADRID VALLADOLID

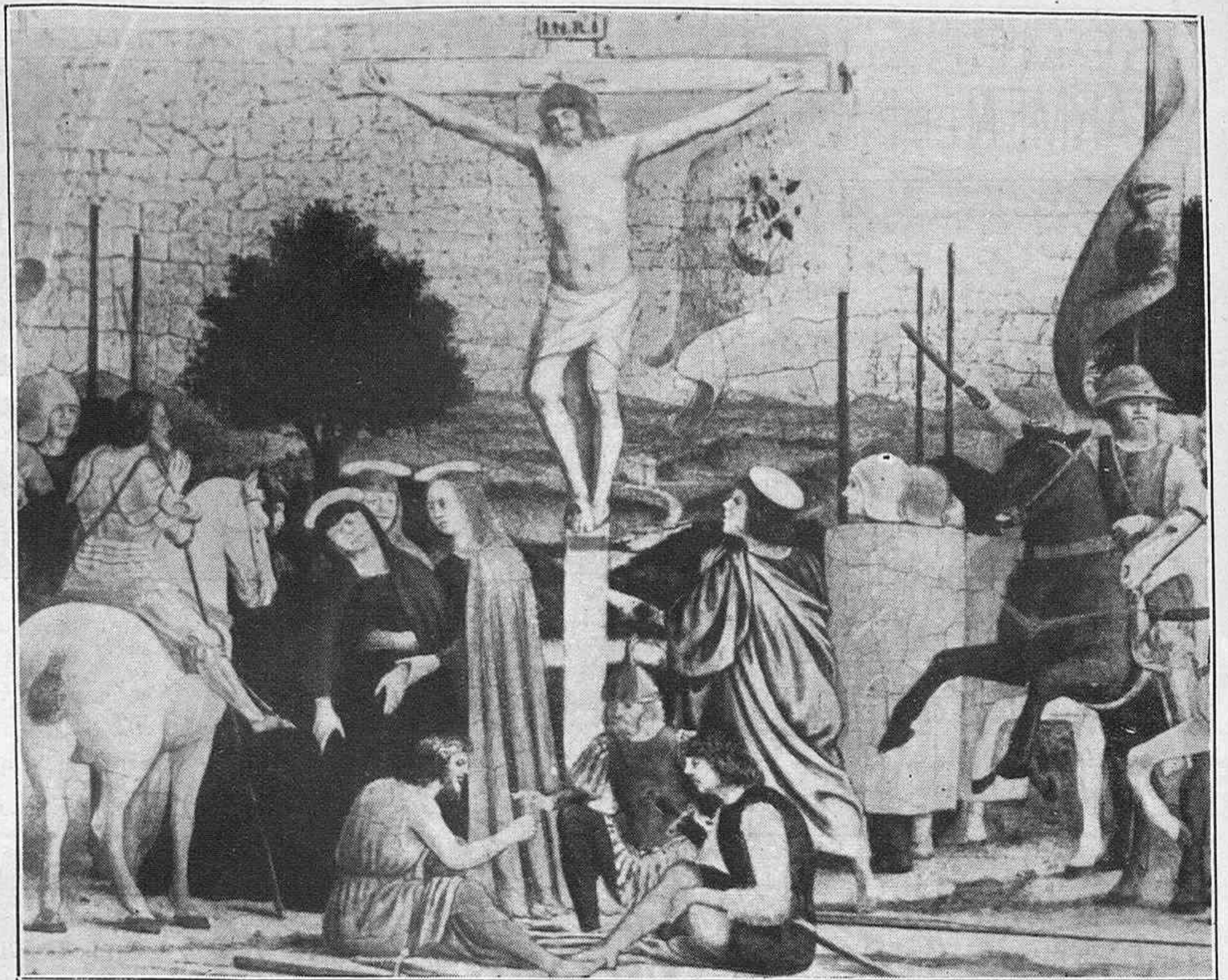
cana, y que, por lo demás, poseen ya todos los ejércitos organizados á la moderna. En la mencionada ilustración puede verse que el infante yanqui actual dispone para el ataque y defensa de las siguientes armas: la granada de mano, el mortero de trinchera, el fusil y la bayoneta, la granada de fusil, el tanque, el fusil automático, el cañón de 37 milímetros y la ametralladora.



## Diez millones de francos por un cuadro

EN la gran venta de cuadros del Renacimiento que acaba de celebrarse en Nueva York, y en las famosas «Galerías Anderson», ha alcanzado el cuadro *La Crucifixión*, de Piero della Francesca, la fantástica suma de 390.000 dólares, ó sea unos diez millones de francos, lo que representa la cantidad más alta pagada por un lienzo antiguo en los Estados Unidos. El comprador ha sido el coleccionista inglés sir Joseph Duveen.

Piero della Francesca, nacido en Borgo San Sepolcro en 1416, fué uno de los más celebrados pintores de la escuela florentina, siendo más conocido en la historia del arte por *Il Benedetto* y también por *Piero Borghese*. Aunque trató con fortuna las escenas bíblicas ó históricas, su especialidad fueron los retratos, algunos de los cuales, como los de *Federico Urbino y su esposa*, son verdaderas obras maestras. Entre sus numerosos cuadros de asunto religioso, el más conocido era hasta ahora el *Bautismo de Jesucristo*, que se conserva en la Galería Nacional de Londres.



PARIS

BUENOS AIRES

# JANSEN

DÉCORATION

ANTIQUITÉS

EXPOSICIÓN DE BARCELONA

*Un representante está a la disposición  
de la clientela en el*

**PABELLÓN ALFONSO XIII**